JEAN-MARC ROUILLAN

ODIO LAS MAÑANAS

Llaüt

La escritura de Rouillan, más que dar cuenta de las miserables condiciones de vida en los centros de exterminio, da voz, al sufrimiento físico y psicológico que viven los presos. Su mensaje es claro, hay una realidad concreta: La lucha y su infatigable deseo de ver destruida toda esa maquinaria de muerte llamada cárcel, junto al sueño iracundo de libertad que no descansa… «No hay otro aprendizaje que la práctica permanente de la subversión».

Jean-Marc Rouillan

Odio las mañanas

ePub r1.1
Titivillus 19.09.2023

Título original: *Je hais les matins*
Jean-Marc Rouillan, 2001

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Nota a la edición

«No hay otro aprendizaje que la práctica permanente de la subversión».

Odio las mañanas es más que un libro que describe el horror de las cárceles y su funcionamiento. Su autor conoce bastante bien esa realidad y los castigos que allí se muestran a diario. Más allá de hablar de las miserables condiciones de vida que se viven en los centros de exterminios, más allá de mostrar los castigos, sus consecuencias físicas y psicológicas. Aquí el mensaje es claro, y este, habla de una realidad concreta: La lucha y su infatigable deseo de ver destruida toda esa maquinaria de muerte llamada cárcel junto al sueño iracundo de libertad que no descansa.

Con la edición de este libro queremos rescatar la fuerza de un compañero que pese a los años tras las rejas del Estado Francés, no ha claudicado ni renegado de su pasado/presente de lucha revolucionaria. Pese a las dificultades que esto le ha traído, ha decidido mantenerse firme en sus posiciones y hacerle la guerra al Estado desde su trinchera carcelaria.

La memoria colectiva nos hace traer al presente cada instante de agitación y hermosa lucha contra las estructuras de dominación, nos hace sembrar hoy, presente y futuro de rabia transgresora, pero no solo como recuerdo artificial sino como algo tangible, como una herramienta más para subvertir y transformar la vida de forma radical.

Se nos dice y enseña que «la historia la escriben los vencedores», y repetir esto una y otra vez, nos hace cómplices de la autoridad y de sus intentos de acallar, poniendo cercos gigantescos alrededor de las distintas experiencias de hombres y mujeres, que a lo largo de la historia, se han hecho parte de un proyecto revolucionario que apelaba por construir una nueva forma de vida, sin explotación ni explotadores.

Muchos compañeros anónimos, entregaron sus vidas y fuerzas luchando por aniquilar el proyecto del Capital, al igual que hoy otros lo hacen, ya que la matriz central de la maquinaria es la misma, y esta, siempre intentará sepultar en el olvido toda experiencia y legado de lucha, es por eso, que hoy, desde acá, queremos contribuir al fortalecimiento de la memoria rebelde.

Jean-Marc Rouillian viaja recordando con sus escritos sus experiencias pasadas (y actuales) que comienzan allí en Toulouse a finales de los 60, con esa bella explosión de fuerza y creatividad destructiva que fue Mayo del 68, atacando todas las formas en donde se desarrollaba el poder, dando inicio así, a lo que se conoce como el segundo asalto proletario contra la sociedad de clases, de donde Jean-Marc Rouillian es parte.

Esta explosión post 68 se extendió como un germen por toda Europa y el mundo. Este, contagiado por el reguero de rebeldía, más sus cercanías con viejos militantes anarquistas que pelearon en la guerra civil en España del 36, junto a sus inquietudes, lo llevaron a ser parte de la creación de grupos con una clara orientación anticapitalista e internacionalista, dando continuidad a los viejos sueños de rebelión.

Durante los años 70 participó junto a compañeros tolosanos y catalanes en la formación de un pequeño grupo de agitación en su ciudad natal, Toulouse. Su nombre venia a dejar en claro las posiciones revolucionarias que de este emergían. Viva la Comuna 1871 GRUPO AUTÓNOMO LIBERTARIO, desde la cual llevaron diversas acciones de agitación y propaganda, tanto en la Universidad como enfrentándose a los cuerpos de seguridad del Estado, en largas jornadas de combate. Pero fue de esta pequeña pero enriquecedora experiencia que comienzan a crearse redes, amistades, complicidades con distintos grupos e individuos tanto en Francia, España y Europa. Es así como junto a varios compañeros crean y conforman el MIL.

El MIL, más que un producto de la confluencia de tendencias ideológicas, o perspectivas novedosas entre militantes de la «ultraizquierda» y jóvenes anarquistas (como el espectáculo les gusta llamar), es el resultado de la propia historia de lucha de clases.

> «Su aparición va unida a las grandes luchas proletarias desmitificadoras de las burocracias —reformistas o grupusculares— que quería integrar esta lucha a su programa de "partido". Nace como grupo específico de apoyo a las luchas y fracciones del movimiento obrero más radical de Barcelona. Tiene presente en todo momento la necesidad de apoyar la lucha proletaria y su apoyo como grupo específico es material, de agitación, de propaganda, mediante el acto y la palabra».
>
> (Extracto del comunicado de autodisolución, 1973).

Tras años de acciones en apoyo directo a las huelgas y grupos obreros más radicalizados, comienza un periodo de discusiones internas tendiente a superar sus acciones actuales o mejor dicho, pasar al ataque directo contra las estructuras materiales del poder. Es así como se llega a la autodisolución, dando paso a los Grupos Autónomos de Combate en distintas partes de España o los G.A.R.I. (Grupo de Acción Revolucionaria Internacionalista) en Francia, Bélgica y Holanda.

> «El terrorismo y el sabotaje son armas actualmente utilizables por todo revolucionario. Terrorismo mediante la palabra y el acto. Atacar al Capital y a sus fieles guardianes —sean de derechas o de izquierdas— tal es el sentido actual de los GRUPOS AUTÓNOMOS DE COMBATE que han roto con todo el viejo movimiento obrero y promueven unos criterios de acción

precisos. La organización es la organización de tareas, es por ello que los grupos de base se coordinan para la acción. A partir de tales constataciones, la organización, la política, el militantismo, el moralismo, los mártires, las siglas, nuestra propia etiqueta, han pasado al viejo mundo.

Así pues, cada individuo tomará —como queda dicho— sus responsabilidades personales en la lucha revolucionaria. No hay individuos que se auto-disuelven, es la organización político-militar MIL que se autodisuelve: es el paso a la historia lo que nos hace dejar definitivamente la prehistoria de la lucha de clases».

(Extracto del comunicado de autodisolución del MIL, 1973).

Los G.A.R.I. se dan a conocer tras el secuestro del director del Banco de Bilbao en París, el 3 de mayo de 1974 en respuesta por el asesinato de Salvador Puig Antich a causa del garrote vil. Tras 19 días es liberado en los bosques de Vincennes. Con esta acción los G.A.R.I. querían llamar la atención pública, conseguir dinero y negociar la libertad de Oriol Solé Sugranyes y Josep Lluis Pons, miembros del MIL que se encontraban presos en España.

Las acciones de los G.A.R.I. tenían como finalidad llamar la atención internacional sobre los hechos que sucedían en España. Es por ello que realizaron actos de sabotaje en las líneas de ferrocarril entre Francia y España, voladura de puentes entre España y Francia y colocación de artefactos explosivos en organismos oficiales e instituciones españolas en Francia, Holanda y Bélgica.

La represión no tardó en llegar y muchos miembros fueron encarcelados tanto en Francia como en España. Tras dicha experiencia de organización práctica, Jean-Marc Rouillian junto a otros compañeros funda en 1976, ACTION DIRECTE, grupo conformado por la unión de algunos G.A.R.I. y los N.A.P.A.P. (Núcleos armados para la autonomía popular), cuyo objetivo era conseguir «coordinar político-militar al movimiento autónomo». El grupo actúo en Francia y fue responsable de más de 50 ataques; a edificios gubernamentales, del ejército, compañías en complejos industriales-militares e, incluso, al Estado de Israel. Llevaron a cabo expropiaciones a bancos como medio de recaudar dinero. Además, dieron muerte al ingeniero René Audran, responsable de las ventas de armas del gobierno francés en 1985 y a Georges Besse, ex presidente de la automotriz Renault en 1986, responsable del despido de 5000 obreros.

Jean-Marc es detenido el 21 de febrero de 1987, junto a 3 miembros de Action Directe (Nathalie Menigon, Joelle Aubron y Georges Cipriani) juntos fueron condenados a cadena perpetua.

Tras 21 años de encierro, el 26 de septiembre del 2007, un tribunal de París le concede el régimen de «semilibertad», consiguiendo salir a la calle el 17 de diciembre, teniendo que regresar a dormir al centro carcelario. Su régimen fue denegado tras una entrevista realizada al periódico *L'Express* el 2 de noviembre del

2008, en la cual le plantean la pregunta sobre el arrepentimiento a su pasado, a lo cual el responde:

> «Tengo prohibido expresarme sobre eso… Pero el hecho de que no me exprese ya es una respuesta. Pues es evidente que si escupiese a la cara de todo lo que hicimos podría expresarme. Esta obligación de silencio nos impide también hacer un verdadero balance crítico de nuestra experiencia».

Fue encarcelado en uno de los tantos centros de exterminio, esta vez cerca de un centro Hospitalario ya que está aquejado de una extraña enfermedad como es el síndrome de Erdheim-Chester (Jean es el caso 186 de esta enfermedad que afecta al sistema óseo). El Estado lo encierra como forma de castigar su rebeldía, a quien no se rinde a las normas impuestas y decide no doblegarse frente a las leyes del Estado.

Le fue concedida la libertad condicional el 18 de mayo de 2012.

Este libro habla del combate, de la memoria, del recuerdo. Los escritos de un compañero que se sigue enfrentando al Estado y a los Estados, quizás con algunos años más, con algunas reflexiones teórico-prácticas pero sobre todo con el mismo anhelo irreductible de ver destruido el viejo mundo.

Odio las mañanas

Al despertar, la cárcel se le tira a uno a la garganta. Como un animal al acecho de la última pesadilla. El primer sentido que despierta me avisa de su presencia agazapada. Un trozo de pared que emerge del alba, el olor a desinfectante, las abluciones varias de los congéneres, el roce de la manta de reglamento y el asco indecible. La cárcel me penetra de golpe. Me fuerza con ese trago de aire que inhalo al filo de este ahogamiento madrugador. Me mete la lengua en la boca y me folla con su muerte cotidiana, sin flores ni coronas, en lo más hondo de las criptas de hormigón, con los «no lo haré más» y las infames cobardías. Tiránica soberana, ahí está la mala muerte de la lepra moderna y carcelaria y también dentro de mí. No hay forma de librarse de ella. Hasta lo más remoto del último destierro notaré esta náusea.

Uno no se acostumbra nunca a la cárcel. Y cuanto más tiempo pasa, más duelen las mañanas. Trece años. Más de 4750 mañanas. ¿De dónde sigo sacando fuerza o inconsciencia para llegar a la noche? ¿De qué vana esperanza? Ni siquiera de la ilusoria santidad del anacoreta. De nada. A no ser de la pasmosa espera de un acontecimiento quimérico. O también de lo insoportable convertido en norma hogareña del hombre en batería.

A mi vecino de enfrente lo amedrentaba ese despertar reglamentario tanto como el cáncer que lo consumía en la última pira. Le tenía miedo, le recordaba demasiado a esa enfermedad que lo aquejaba y a su desenlace. Enfrentado con ese aborrecimiento, acabó por poner la noche del revés y acostarse de madrugada. Irrisoria morisqueta hecha al destino.

En cuanto al Max se levantaba de pronto en plena noche, a eso de las 3 o las 4 de la mañana, tanto en invierno como en verano, y se marcaba vertiginosas series de flexiones. Tenía la esperanza de pillar por sorpresa a la mañana y seguir siendo el más fuerte.

Borrar el tiempo igual que a él le habían robado la vida. Veinticinco años. Me gustaba el Max. Aquel muchachote, oriundo de la región del Jura, había conservado, de sus montañas natales, un acento cansino y una manía por las tareas domésticas. Limpiaba a diario la celda a cuatro patas con un guante de ducha. Un día esa afición a sacar brillo lo salvó. Al volver del paseo, le llamaron la atención en el acto unas huellas de pasos. Encontró también una cuchilla de 25 centímetros que un sinvergüenza había escondido. Ya estaban avisados los guardianes. Tuvo el tiempo justo para lanzarla por la ventana. Pero dos días después cayó en otra trampa y le tiraron encima una cazuela de aceite hirviendo. El Max le resultaba molesto a la dirección porque tenía demasiada tendencia a pirarse y, seguramente, tenía demasiado que ver conmigo; y les resultaba no menos molesto a los caballistas veteranos de la partida de cartas. Se quemó el cuello, el pecho y los brazos. La cara y los ojos se los

protegió de milagro la visera de la gorra americana que no se quitaba ni a sol ni a sombra para disimular la calva. Nada más volver del hospital, aún baldado de dolores y con los brazos vendados, lo metieron en la zona de incomunicación de la cárcel de Maguelone acusándolo de intento de evasión.

Las siete y cuarto. El chapoteo de la bayeta en las baldosas de la galería da la hora con la misma exactitud que un reloj suizo. Las vaharadas de Surfanios[1] invaden las celdas.

Bastó con eso para que a uno de esos desequilibrados jóvenes que la administración tiene tendencia a emplear como esclavos por 480 francos mensuales se le ocurriera la idea de inyectárselo como si fuera un AZT milagroso. Nos costó dios y ayuda disuadirlo.

Las siete y veinte. Uno tras otro, los cerrojos de la galería del primer piso sueltan su chirriante queja; viene luego el chasquido habitual de la apertura automática de las rejas. Los trabajadores salen para los talleres. Todo está cronometrado. Una auténtica partitura carcelaria. Y me sé bien la música. Llevo seis años aquí, en la misma planta, del mismo lado. Mi ventana da al patio de las cocinas.

Las ocho menos cuarto. Empieza a girar el gigantesco extractor y soy el primero en enterarme de qué tenemos de comer.

Seis años pasados en la segunda planta sur del pabellón B. A esa planta la llaman «la Sierra» porque al final han acabado por reunirse aquí todos los presos políticos y todos los rebeldes. Los retratos del Che están por todas partes, en las puertas, en carteles o en tarjetas e incluso en pintadas en las paredes de las celdas.

Así es como se va creando, a contracorriente del nombre usual, una toponimia paralela. «Furiani» es la sala grande común de la planta baja. Hubo una temporada en que los corsos la convirtieron en su feudo y ha conservado la huella de su paso aunque en la actualidad la usen los jugadores de ping-pong, la mayoría moros.

Todos los pabellones tienen dos patios de paseo; en el B, al patio de la derecha lo llaman de los Crudos, por los trabajadores y por unos cuantos zombis que se van ahí en cuanto empieza a hacer bueno. Bajan a jugar a la petanca. Después de haberse pasado todo el invierno sin ver la luz, tienen la piel de una palidez trasparente. Cadavérica. En cambio, enfrente, por descontado, está el patio de los Coloreds.

El «vuelo», por *Alguien voló sobre el nido del cuco*, es como se le llama al pasillo por el que deambulan arriba y abajo los «enfermos», tanto en invierno como en verano. Da igual que haga bueno o que llueva, se apiñan en esos cien pasos, sin más meta que la caricia de las idas y venidas, que los acuna. Una fauna patológica. Nunca he entendido por qué, pese a sus variopintos delirios, acaban todos por acostumbrarse a reunirse en ese sitio. Observando el «vuelo» se tiene una somera visión psiquiátrica del penal en tiempo real, mucho más clínica seguramente que los informes del psiquiatra, que nunca se da una vuelta por aquí.

Las ocho. De pronto al marasmo de la sierra le da por la serenata. Los despertadores guiñan intermitentemente con pinta de canto de ranita de san Antón en primavera. Algunos croan más despacio, con mayor timidez; otros son imperativos. Se abren las puertas: primeras conversaciones, murmullos en las duchas. Los presos se cruzan en la oscuridad del pasillo. Algunos van de albornoz, otros de pantalón corto con la toalla al hombro. El crepitar de las chanclas pone un toque de ópera china.

Entro en apnea según me acerco al local de los cubos de la basura.

Las cuatro duchas están ocupadas enseguida.

Durante una temporada, convirtieron la mayor en bañera. Michel se quedaba allí metido una hora, y hasta dos. Charlaba con los que iban llegando o dormitaba a remojo en el agua hirviendo. Cuando se hartaba, se volvía directamente a la celda, desnudo y chorreando, con esos andares erráticos que le venían de la bala con que un policía le atravesó la cabeza.

Unas semanas después de haberse escapado de la cárcel de La Santé, lo hirieron en un tiroteo. Recordaba la voz de un policía, antes de entrar en coma: «A este ya lo hemos rematado». A veces, le pesaba que no lo hubieran hecho. Estuvo mucho tiempo con el lado izquierdo paralizado y se arrastraba bocabajo por el suelo de la celda de la zona de incomunicación de Fresnes. Los guardianes le ponían el plato en el suelo. Comía a cuatro patas. Le había quedado un odio indescriptible, autodestructivo, y unas cuantas ideas peculiares. Un día, por ejemplo, me enseñó muy ufano su sauna. Había fabricado, debajo del colgador, con bolsas de basura grandes, una tienda en la que se sentaba en una caja de fruta. Encendía la estufa y cuando ya no había quien respirase allí se iba corriendo a refrescarse a la ducha.

Por entonces, el limpiador de la planta era un árabe alto y flaco. Muy majo. Una sombra indolentemente apoyada en una escoba. Venía directamente del norte de África. De Francia no conocía casi nada, aparte de las comarcas carcelarias. Lo apodaban «Cien millones». Contaba que en su tierra le dijeron:

«Vete a Francia; atracas un banco, pides cien millones y te vuelves». Eso fue lo que hizo y, claro, el asunto salió mal. Le cayeron quince años.

La vacilante desnudez de Michel lo espantaba. Juntaba las manos y hundía la cara en ellas. Sin dejar de sujetar la escoba con el codo, a ciegas, preguntaba:

«¿Se ha ido ya? ¿Se ha ido ya?».

Un día, acabó por estallar y arremetió contra la bañera con la escoba. Con el filo de esa cimitarra, como un jinete de Solimán. Las tablas volaban por los aires. Una ola de agua jabonosa, invadió el pasillo.

—¡Que yo no soy ningún marica! ¡Te la voy a cortar!

Tras muchas conversaciones conciliatorias y con la mediación del «amigo de un amigo» se llegó a un arreglo amistoso. Michel hizo otra bañera, pero ya no salía sin dar antes una voz de aviso. Y el limpiador, entonces, se largaba a su celda o a la cocina.

En ese mundo recoleto en donde la ropa de marca y el último modelo de deportivas relucen más que el oro de los viejos golfos, daba pena ver a «Cien millones» con aquellas alpargatas viejas. Un acaudalado donante le regaló un par de Nike Air Neuve estupendas. 1000 pavos por lo menos.

Al día siguiente, al final de la galería, «Cien millones» lucía una sonrisa ufana. Por el asombro de dos o tres individuos que pasaron por su lado, me di cuenta de que les había metido mano a las Nike con un cuchillo para convertirlas en babuchas. Y había tenido buen cuidado de pinchar las burbujas.

Como es natural, las burbujas agujereadas se llenaban de agua jabonosa cuando fregaba el pasillo. Y durante todo el día iban soltando una melopea de silbidos.

8h30. Voy contra corriente de los que salen de la galería para el primer paseo. Apretones de manos. Por costumbre, por indiferencia, para demostrar que no estás en guerra. En el caso de algunos, haces un esfuerzo. A otros no se les hace caso. A lo largo del pasillo, de todas y cada una de las puertas entornadas se escapa el alma radiofónica del ocupante. Reconozco a los cronistas por la entonación y el timbre de voz. Y, por todas partes, MCM emite su programa de promoción. Es el pensamiento único. Es la música insípida. Es el mercado, que nos acosa incluso aquí.

La antepenúltima puerta es la mía. La entrada de mi pellejo de hormigón desnudo, de mi concha, de mi caparazón. Los ojos catódicos de esta segunda piel celular me espían. Me miran a la cara. La televisión, sin sonido, derrama sus imágenes chillonas. La dejo que funcione en vacío. Una costumbre que tengo desde que vivo incomunicado. Para engañar al animal social: la impresión de estar acompañado, de estar con algo vivo. Y también la pantalla del ordenador espera su ración de exprime limones. Lo retribuyo como es debido, con signos binarios agrupados y triturados. Bebo tazones de café y allá voy. Maltrato el teclado con dos dedos irascibles. «Aporreas como un madero», sí aporreo con odio. Con tanta fuerza que los vecinos nuevos siempre se preguntan qué será ese tableteo de ametralladora.

«Desde lo hondo de su celda, escribe, redacta peticiones…» dijo con sorna una periodista de *Le Nouvel Obs*. Escribo para no reventar, por temor a la muerte lenta y a la gangrena de la amnesia, en la que se pudre toda una generación. Escribo desde los tiempos de la zona de incomunicación, cuando mi propio ritmo tenía que ser más riguroso que la propia tortura blanca. Entonces escribía a lápiz en cuadernos escolares. El lápiz se iba desgastando en serpentinas pequeñas de madera. Y cogía otro del estuche de tela escocesa que estaba en la mesa de hormigón gris. Escribía. Pasaban los días, las semanas, los meses. Y yo escribía. «Jean-Marc, ¿podrías parir algo acerca de la cárcel?». ¡Pues claro! Un estupendo engendro acerca del tiempo que pasa, de la soledad y la podredumbre. El tipo de cosa ideal para reafirmar los terrores de la gente y sus eternas disculpas para no correr ningún riesgo y que nada cambie. Tipejos que se forran echando pestes sobre el porqué de la cárcel y cómo acabar con ella y se van luego a su casa teniendo buen cuidado de cruzar por donde se debe.

Los autores de los textos carcelarios más hermosos son los que han estado muy poco en la cárcel y no les ha dado tiempo de conocerla bien.

> Que despacio pasen las horas
> como en un entierro remisas
> llorarás la hora en que lloras
> porque pasará a toda prisa
> lo mismo que pasan las horas[2].

Describieron el cercenamiento de la vida de fuera. ¿Qué iban a escribir si no? Cuando uno lleva aquí tanto tiempo que ya ha perdido de vista las orillas. ¿Hacia dónde navegar? ¿Qué describir? ¿Qué tierra? Dejas que te arrastren los torbellinos de la corriente. Los primeros meses, los primeros años, aún sabías algo. Durante una temporada no se pierden los puntos de referencia, igual que cuando se juega a la gallina ciega. Y luego das vueltas y vueltas y todo y todos desaparecen.

Escribo mientras noto cómo me sube por dentro la bomba de explosión retardada de estos años de soledad. Me da miedo perder la dignidad, sumirme en la locura, olvidarme de la ética de justa rebeldía. Y ese temor se ha vuelto ahora tiránico.

Sigo escribiendo, tras apagar el ordenador, cuando por fin bajo.

Escribo mientras ando por el patio triangular de los Colored. Con la cabeza llena de palabras. Y las vomito al ritmo de este viaje en redondo, como vomitaba su ira el viejo Leo Ferré. Medito con música acerca de la escritura. Me acuerdo de aquella mañana del mes de marzo de 1974, cuando me dijeron que habían ejecutado a mi camarada Puig Antich. Garrote vil. Me encerré con Ferré y su Basta. En Barcelona almorzábamos juntos con la Sten encima de la mesa. La mañana era un alivio en aquel tiempo. Si veíamos la luz del día, eso quería decir que la poli no nos había encontrado. Por la noche, colocábamos granadas sin casquillo metidas en vasos junto a la puerta de entrada. Al despertarme, iba a recoger la cosecha de pinas pequeñas bajo campana de vidrio.

«No nos tienen que coger vivos».

Pero te cogieron, a media tarde, un día de otoño, en el metro Girona. Una bala te destrozó la mandíbula, a pocos metros de mí. En la cama de hospital, te hicieron escribir doscientas hojas de «declaración espontánea» en menos de dos días. Con los sociales[3], hasta los mudos y los agonizantes acaban por hablar. Teníamos veinte años, pensábamos, con razón, que no tendríamos muchas oportunidades de hacernos viejos; te moriste a los veinticuatro. Estuviste cinco mesecitos de nada en la Modelo antes de que te mandasen al otro mundo. A eso lo llamaban juicio sumarísimo.

En la zona de incomunicación, escribí una novela policíaca. Treinta días en la oscuridad del calabozo de Fresnes. Hablaba de la Chaussée d' Alsemberg que mojaba la lluvia de invierno, de tranvías amarillos, de mujeres de la Resistencia enamoradas. La tuve mucho tiempo en la cabeza. Hoy se me va borrando, igual que el recuerdo de aquel mes de julio de 1987.

«El relato es una forma de escritura peculiar, tiene que ir muy pegado a la historia».

Quieres que te cuente historias. ¿Y mi estilo?

Cortaba en rodajitas los autocares de la policía por las calles de París y tú quieres que escriba según las normas. Que ponga en formación las palabras y las haga circular al paso. A golpe de silbato.

No, no tengo estilo. No tengo talento para esa actividad literaria. Escribo porque todavía no se me ha ocurrido nada mejor para matar definitivamente las mañanas carcelarias. O porque no he tenido valor para hacerlo. Escribo para que esas mañanas sin vida se encarcelen y se hundan en el dolor de las palabras y de su frágil arquitectura.

En Territorio Bandoliér

El barco está encallado en la meseta. Lo dejó abandonado ahí un diluvio de la seguridad pública. Una cárcel legada por Peyreffite y que apenas si tiene doce años. La época de las cárceles de alta seguridad; y la construyeron para ser solo eso. Un templo de la diosa seguridad, con sus altares de rejas y hormigón. Penal de ocupación limitada, lo que quiere decir, hablando en plata, «centro de eliminación para los casos más difíciles».

No sé por qué eligieron Lannemezan para albergar a este monstruo, pero me da la impresión de que a veces existen los guiños históricos. No porque en esta ciudad pequeña estuviera ya uno de los mayores hospitales psiquiátricos del país, ni porque la seleccionaran dentro del programa de campos de concentración de Vichy. Aquí todo el mundo parecía muy dispuesto a aceptar el sistema carcelario. Estábamos en tierra bandolera.

En la meseta, todo lleva ese nombre: bandoliér. El dulce local: el bandolero. El pâté de la cantina: el bandolero. El grupo folclórico, que ya ha venido a cantar aquí: Los Bandolets. El área de descanso en la autopista. ¡Qué amor a los forajidos! A mis compañeros los sorprendía siempre enterarse de qué quiere decir la palabra en gascón. El que pertenece a una banda, el proscrito.

En la ciudad de Lannemezan hay huellas de los proscritos hasta en la primera piedra. La fortificación se construyó para defenderse de ellos. Desde las edades más remotas, andaban por las landas, landas del macho cabrío para orgías del sabbat, culto de las piedras y superticiones pastoriles. Las bandors de réprobos, de infieles y de rebeldes se refugiaron aquí tras haber participado en las guerras civiles a favor de los cruzados franceses y en contra de los señores cataros de Toulouse, a favor de los «ingleses» de Aquitania, a favor de los protestantes. Pocos son los viejos robles de la meseta que no llevan dentro los gritos de un condenado al suplicio.

«Ahora estos maricones nos matan a fuego lento», comentó con voz cansada un chaval que llevaba días llorando a su compañera, muerta del sida allá por Fleury.

> ¡Ay, que llegue esa muerte que solo al flojo espanta,
> ay, vengan los horrores de una inquisición,
> mejor que el aislamiento, tortura que no acaba
> crisol que nos disuelve la imaginación[4]!

Aquí, con escasas excepciones, éramos todos asesinos. Para bien o para mal, qué más da en fin de cuentas, sabíamos lo que era la muerte. La habíamos tocado con la yema de los dedos, con la punta del puñal. Habíamos sentido su escalofrío y ya no nos

asustaba. Pero esta podredumbre lenta… El peor de nosotros, el más carente de moral, jamás habría imaginado un suplicio así.

No, ya no ahorcan de las ramas, estamos en la era del capitalismo democrático, de la representación ideológica del *No letal system*.

> «Mirad bien al centro de la pantalla: el sistema es el mejor, el sistema es buen chico, el sistema no mata…».

Somos actores en el espectáculo de un gigantesco Disneyland. Y, sin embargo, fuera, a millones de personas las liquida el *arbeit macht frei*[5] y los infortunios de los guetos. Intramuros, asesinan a base de «fatalidad» jurídico administrativa. Eliminan al incompatible. Lo diluyen en el ácido del tiempo. Lo liquidan como a una bacteria.

Somos como esas carpas viejas a las que sacan del agua y se pasan horas y horas agonizando en el cesto. Dos perpetuas para este, cincuenta y cuatro brejes para Michel, setenta y dos para Jacques, veintiocho para Kiki la rana… Y hacemos lo que podemos con las branquias. Aspiramos el aire a fondo igual que se hace con una colilla de canuto, esperando un alivio. Y el aire cada vez nos abrasa más. ¡Nos fumamos el filtro!

Fíjate, los pocos que se marchan es porque se van a reventar a otra parte. ¡Y a toda mecha! Las puertas de las celdas son de colores diferentes y el recuerdo arlequín remeda la ruleta de un casino fatal. No va más.

«¡Puerta verde!»: Jeannot, un ex jefe de banda marsellesa. Mi vecino de enfrente. Una ráfaga larga en un aparcamiento de la costa lo cortó en dos. A él y a su mujer. Siempre en guerra. Decían de él que cortaba a sus enemigos con soplete.

Cuando le dieron un permiso, no se lo dijo a nadie, ni siquiera a ese amigo suyo que lo seguía como su sombra. Se fue corriendo, cruzando maizales, hasta el aparcamiento de la autopista.

«¡Puerta burdeos!»: Jean-Jacques, un musculoso joven. Pero no lo bastante musculoso. La policía le dio alcance en una calle de Cannes y un tiro burló el chaleco antibalas.

«¡Puerta azul!»: Marco, un chiquillo. Solo una bala en la nuca cuando iba andando por un sendero del monte bajo de Pruno, junto a la carretera de Alata. ¿Una antigua vendetta? Seguramente no se sabrá nunca. Aquí todo el mundo lo quería mucho.

Un lunes por la mañana, pocos minutos después de haber regresado de un permiso, tenía que ir a que lo viera el médico en el hospital. El jefe de vigilancia exigió que lo encadenasen de pies y manos. Trabado así y acompañado de una escolta armada hasta los dientes, pasó por delante del bar en el que había desayunado como un hombre libre pocas horas antes.

La bola gira en la ruleta. Un brinquito y se detiene. El crupier dice: «¡Puerta verde manzana!». Maurice. Cinco balas del 11.43 en la terraza soleada de un café. El pago que le corresponde a quien se va de la lengua.

¿A quién le toca ahora? Esto es como un carrusel, pero aquí mucho ojo con no darle a la anilla al pasar por debajo.

Existe el país de Jauja, y el de las Maravillas, pero nosotros sobrevivimos en el país de los bandoliérs.

> «¿En un futuro lejano será probable que existan productos con la etiqueta "terroristas" para turistas interplanetarios?».

Los bandoleros vivían en libertad en estas montañas; hoy, vivimos en este zoo, igual que los osos de Saint-Lary. En el foso.

Y, en el foso, el pasado, el presente y el fantasmagórico futuro se mezclan a lo largo del día. El pasado y el sueño de lo que vendrá después son tan concretos como la ausencia de la vida en presente. El Arbizon, el Grand Signal de Bassia, el pico del Midi descuellan sobre la cárcel. Los bosques de abetos parecen tan cercanos como los anchos pastos. Conocía la zona desde que era pequeño.

Veníamos de Auch, en un 4x4 azul. Iba apretado atrás entre mi hermana, el cesto de los gatos y las cajas. Tras la encrucijada de la media luna, íbamos siguiendo la tapia gris del hospital psiquiátrico. Siempre nos acordábamos del amigo de mi padre, un ex talonador del FCA a quien se le fundieron las neuronas en un accidente doméstico. Para mí Lannemezan fue durante mucho tiempo esa tapia gris. ¡Ya entonces! Luego, Sarrancolin, Arreau, el puerto de Peyresourde. Y el pueblecito de Germ.

El rumor del torrente en la noche. El sabor del regaliz silvestre. El brezo áspero del Prat Cumiau. Las esquilas. El agua fresca de los abrevaderos. Tan lejano todo en mi memoria y hoy tan próximo a mí, como una tentación aún más fuerte.

En esas montañas fue en donde empezó todo de verdad muy al principio de la década de 1970. Del otro lado de la montaña. En la Sierra del Cadí. La primera noche, cuando pasé a España, me quedé de guardia entre dos rocas que dominaban un camino forestal. Con una ametralladora Naranjero en la mano. Los últimos resplandores del crepúsculo volvían sobrenaturales los colores. El verde oscuro del bosque, la palidez de la carretera empedrada, el tono anaranjado de la tierra de las laderas.

Una vaca se acercó, curiosa y me echó el aliento en el cuello, sobresaltándome. Luego otra; y otra más. ¡Las vacas deben de tener el don de la telepatía! Así pasé mi primera noche de guerrilla, entre vacas. Con los ojos irritados de escudriñar la oscuridad. En el valle, divisaba los faros de los coches que subían hacia Puigcerdá. Un compañero del grupo me contó que una noche, a finales de los años 50, cuando

volvía a casa con su familia por una carreterita de Cerdaña, se cruzaron con unos maquis. Tres coches avanzaban despacio sin luces. Solo se acordaba de uno de los hombres, en el que se fijó, entre todos los demás, porque le recordaba a su abuelo. La boina calada, las mandíbulas mal afeitadas y la cara cincelada con el buril del mal. Duro para sufrir, duro para trabajar, duro para el enemigo. Toda la juventud cultivando campos pedregosos, y, luego, veinte años de guerra civil. Y, delante, a pocos kilómetros, el destierro. De los milicianos, le había quedado la costumbre de llevar la manta enrollada en bandolera y el máuser viejo, que apretaba entre las rodillas.

Yo conocía bien a esos viejos de la revolución española y de los maquis. Después del 68, me trataba con los grupos de la resistencia antifranquista. ¡La propaganda de Madrid decía entonces que Toulouse era la capital del terrorismo internacional! En los años 60, algunos grupos de la guerrilla intentaron entrar y llevar a cabo algunas acciones. Los jóvenes no duraron nada. Unas cuantas semanas, unos cuantos meses como mucho. Todos murieron en combate, o los detuvieron, los torturaron y a algunos los ejecutaron. Éramos la nueva ola. Aferrados a las banderas rojas y negras. No pasarán no era un grito por que sí, olía a pólvora y a sangre. En serio.

Cuando hubimos tomado una decisión, los viejos intentaron enseñarnos unas cuantas cosas elementales, como quien no quiere la cosa. Solo lo que estaba en su mano para que al menos tuviéramos una oportunidad de hacernos con una mínima experiencia personal y superásemos las primeras pruebas.

Yo iba entonces por la tienda del zapatero viejo. Un veterano del estado mayor de la columna Durruti y antiguo guerrillero. Siempre impecable, igual que en la foto de mayo de 1937, en la que estaba disparando la ametralladora con zapatos de charol. También veía aquel Pedro Mateu que se cargó al primer ministro Eduardo Dato en los años 20. Y a María, que se murió el pasado 19 de febrero en Francia. En este país que aprendió a conocer en el campo de concentración de Barcarés. Y, luego, lo fue descubriendo aferrada a la ventanilla del tren blindado que se la llevaba a Alemania. Y vinieron los horrores de Auschwitz.

Franco consiguió que le entregasen la parte de rojos que le correspondían para fusilarlos. La extraditaron con unos cuantos miles de milicianos. Durante el viaje de vuelta, durante un alto del convoy en el campo de Gaillac, consiguió escaparse y reunirse con su compañero, Ángel, en la clandestinidad. Llevaba sin verlo desde la ofensiva del Ebro. Lo mataron los alemanes pocas semanas después.

Hay viejos que lo obligan a uno a ponerse unos patines de fieltro para entrar en su casa. En casa de María, cerca de la puerta, estaba el cajón de la cómoda.

«Tou mets la pistola aquí».

Le habíamos estropeado las sillas del salón con las culatas de las armas. Todos los barrotes de los respaldos estaban rozados del lado derecho. No levantaba la voz. Era aragonesa y obstinada. Repetía:

«Tou mets la pistola tout dé suite».

También el zapatero había estado en la resistencia. Buchenwald y, luego, la Modelo de Barcelona. Una tarde de invierno, yo había quedado con él delante de la Monumental. Llevaba un sombrero de fieltro oscuro, gafas de sol, una holgada gabardina beige y guantes de cuero. Apenas si sonreí cuando se me acercó. Me entregó dos maletas con propaganda. Por entonces nos arriesgábamos terriblemente por unas pocas revistas, por unos pocos textos. Era una época en que un escrito revolucionario tenía aún un sentido, un valor. No se leía un panfleto militante igual que un folleto del supermercado. Detrás de las palabras se perfilaba la acción.

Tres o cuatro veces al mes, yo me iba por los senderos de la montaña con la mochila a la espalda. Éramos dos o tres, cargados como mulas de libros, de piezas para las multicopistas, de tinta de imprenta y de máquina IBM. Una hora, dos horas de caminata, según por que paso fuéramos, entre la nieve y la niebla. Jean-Claude nos esperaba del otro lado. Formábamos un buen equipo Enric, Jean-Claude y yo.

Enric era un pelirrojo alto que vivía en Cazères, no lejos de la meseta. Su familia era cenetista y oriunda de Olot, en la frontera catalana. La de Jean-Claude, de Lérida.

Enric, todavía te veo en mis pesadillas con la cabeza reventada en aquella cuneta roja de sangre. Intento sacarte la cara del agua. No tengo fuerzas para levantarte y tú me dices, en un soplo:

«Déjame, que ya estoy muerto».

También Jean-Claude murió. Una bala. Una noche de una época insignificante sin ilusiones ni esperanzas.

A Víctor se lo cargó la Guardia Civil, en la parte de arriba de Roncesvalles, cuando intentaba cruzar el puerto después de haberse evadido de la cárcel de Segovia. La noche de aquel día de abril de 1976 yo estaba oyendo Alger Chaine 2 en castellano en la oscuridad de mi celda de la sección de presos políticos de la cárcel de La Santé. Llegó la noticia y lloré. Sí, ya sé que a un camarada caído en combate no se lo llora, pero yo lloraba de rabia y de impotencia. Hace unas cuantas semanas, estaba viendo imágenes de Colombia en el telediario. A la orilla de una carretera, se intuía el cuerpo de un guerrillero tendido de espaldas. La cámara le enfocó la mano. Estaba agarrando un puñado de yerbas del campo. En eso se notaba todo el sufrimiento de su instante postrero. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Por sorpresa. Si hubiera podido saber lo cerca que estaba de él aunque estuviera tan lejos.

A veces tengo ganas de irme del país bandolero, de bajar hasta el mar, de marcharme lejos. Me imagino mañanas Nesquick en casa de los Fulánez. Y siempre me da la risa. Me pasa como con las películas de vaqueros de serie B, cuando, alrededor del fuego de campamento los forajidos, recostados en la silla de montar, sueñan con los ranchos de la pradera.

«Sebas que cubra la retirada, como siempre».

Así me llamaba yo en la época de las luchas de Barcelona. Y enseguida estaba en todas, para garantizar que pudieran escapar los camaradas. Disparaba para que los

policía tuvieran que ir más despacio. El tiempo que fuera menester. Para escapar yo, esperaba el momento propicio y me ponía de pie, como el banderillero entre los cuernos del toro. Siempre había un silencio que duraba una fracción de segundo, y luego se reanudaba el tiroteo y me ritmaba la carrera. Bien pensado, creo que lo que más me gustaba eran esas escapadas bajo la lluvia de balas.

Ahora me sigue pareciendo que cubro la retirada. Que soy el último que se ha quedado en nuestra barricada. Estáis todos muertos. Y resulto ridículo con esta última bravata. Estáis muertos y, por lo menos, no veis a los franquistas de toda la vida reciclados en su atuendo democrático. Han cambiado la camisa azul por el terno b, peor aún, por los vaqueros, y siguen estando en el poder.

«Sebas, sería cosa de que pensaras en levantarte, no te vas a quedar ahí esperándolos. Ya no volverán».

Un veterano que había estado en las trincheras de las batallas de Aragón me dijo: «Si cuando te levantas no oyes el tiro, es que te han dado».

La isla del Doctor Moreu

Al pie de la escalera, una puerta azul impide el paso. Es la frontera blindada de nuestros dominios. Diría casi de nuestra autonomía. Cada cárcel tiene su forma de funcionar, de reprimir, de humillar. Los directores y los jefes de vigilancia cambian, pero el sistema, en lo esencial, sigue. Eso es lo que el personal de vigilancia llama con orgullo «el estilo de la casa». En Lannemezan, tras la puerta azul «se administran ellos», suelen decir. Careciendo de todo, teniendo que habérnoslas con relaciones de fuerza y con la miseria humana y sus bajezas más cotidianas, en un lugar en que no existe el derecho, pero sí la desesperación, padecemos esta experiencia penitenciaria.

«¡Es la isla del doctor Moreau!».

La puerta azul recuerda también la puerta de troncos de la isla de King Kong de las películas antiguas. Tras ella, está el cercado de los monstruos, de los mutilados, de los machacas, de los que todavía se aferran a dignidades ilusorias, a mitos de golfo.

Un pasillo largo, unas cuantas salas vacías, una mesa de ping-pong, una tele, una lavadora, cuatro tigres. Dos patios de paseo. Una biblioteca de 50 metros cuadrados. 7 horas al día, 7 días de cada 7, 70 tíos se cruzan y se vuelven a cruzar en este espacio entre muros. Ellos también funcionan como relojes. De tal hora a tal hora, este hace barra fija, el otro da vueltas durante una hora, o dos, en invierno y en verano, llueva o caiga un sol de justicia.

Las 2 de la tarde: los jugadores de cartas colocan el tapete en la mesa. Los que trabajan vienen a hacer la colada, con ojos cansados tras un día de ruido y falta de aire. A las cuatro menos cuarto, abro la biblioteca. A las cinco, Jean-Paul sale con su silla. Le falta poco para llevar treinta años de cárcel. Sentado al fondo del patio de los Crudos, me recuerda a una escultura de Botero. Su vida, en la actualidad, se reduce a unas pocas horas de halterofilia.

«Ayer levanté 240 kilos; el récord de Europa. ¿Te lo puedes creer? ¡El récord de Europa!».

En el césped de los Coloreds el «club» de Viet Vo Dao baila una danza extraña: «Y ahora el vuelo del pájaro».

A la pata coja, imitando con los brazos el impulso de las alas, se entabla el combate imaginario. Tiene gracia cuando se sabe que Yamel, que es quien dirige el vuelo, dirigió otro en helicóptero por encima del penal de Les Baumettes.

En el cercado no hay ningún carcelero. Nos vigilan desde la garita que domina los patios. Pero la vigilancia de verdad es la electrónica, que se basa en la omnipresencia de las cámaras. Es difícil rehuirlas. Pero la Administración piensa en todo y ha tenido buen cuidado de dejar agujeros suficientes en esa meticulosa atención, para que los «monstruos» puedan arreglar cuentas sin que nadie los moleste. A menos que se trate de las cuentas de la propia administración con este o aquel bravo. ¿Qué más da que a

uno o dos desdichados los achicharren con agua hirviendo o los desfiguren con un cuchillo hábil? ¿Qué más da? El informe no llegará ni a tres líneas. La carrera de los «encorbatados» no correrá riesgo alguno. Y además una cárcel se dirige así de bien porque existen esas bruscas violencias fratricidas. Si por lo menos ocurrieran por razones de peso, pero siempre son razones estúpidas. Un machaca de mucha reputación puede decir lo que quiera sin que le pase nada o un racista responsable de un atentado anti árabe puede pasearse tan tranquilo entre los rouya.

Pero siempre hay un individuo retorcido y rencoroso que mantiene encendido un rescoldo de hiél. El fuego anda incubándose semanas y meses y, luego, de repente, unos cuantos presos se aceleran y los golpes empiezan a llover. Los gritos y los pateos retumban en las baldosas, y el ruido de los platos rotos y de las mesas volcadas. Los vencidos intentan alcanzar la puerta azul para huir de la isla. Pasa un muchacho, dejando un rastro rojo por el suelo, con la boca rajada hasta la oreja.

En un momento, salen armas de todas partes. ¡Un calcetín se convierte en algo terrible cuando se le mete dentro una bola de petanca! Un pedazo de plexiglás arrancado de una ventana rota es un sable que corta como una cuchilla de afeitar.

En cuanto corre la primera sangre, los locos se inmutan. Hay pirañas que circulan por los pasillos en busca de presas fáciles. Tras los conflictos, siempre aparecen dos o tres tipos que se la han cargado sin tener nada que ver con los hechos principales. Un muchacho con la cabeza destrozada en el tigre, a quien han pillado por sorpresa mientras meaba. Un tipo con diez pinchazos de navaja sin haber hecho nada.

Cuando un preso está bajo vigilancia, las cámaras siguen sus caminatas interminables por los patios de paseo. Agachan el hocico hacia la yerba cuando él se tumba al sol. En cuanto asomamos fuera de las celdas, nos clavan los colimadores como arpones. Por la escalera. Detrás de todas las rejas, detrás de todas las puertas. En los patios. Al final, hay más cámaras que presos.

Un infeliz se ponía en posición de firmes a veinte centímetros del objetivo de la cámara principal de la galería. Y silabeaba con un tono muy militar:

«Cobaya 848 informando. ¡Todo en orden, jefe!».

Esa vigilancia acaba uno por interiorizarla. Al final, pasa a ser parte de nosotros. Jugamos a la normalidad. Ponemos cara de «quien no quiere la cosa». Interpretamos el papel del buen preso modélico. Solo volvemos a ser quienes somos cuando ocultamos algo. ¡En cuanto burlamos al ojo tuerto!

Tras la puerta azul, no hay ningún aprendizaje, ninguna demostración de un derecho justo, de una igualdad ante la ley. ¡Todo lo contrario! La lucha sigue, aunque de otra manera. Es el aprendizaje de la simple igualdad dentro de la miseria; y sometidos a la brutalidad de lo arbitrario. Jules Valles escribía ya en el siglo pasado: «El letrero: "Prisión celular", el lema: "Libertad, Igualdad, Fraternidad". Libertad es la primera palabra que figura en esta puerta carcelaria. ¡Y la Fraternidad está a la cola! Ay, cómo hiere esto los ojos y el corazón… ¿La Igualdad? ¡Sí! Es el tronco vivo de cuyas

articulaciones penden los otros dos términos, igual que brazos muertos, la igualdad de la disciplina de hierro, del dolor hosco, que gira como una piedra de molino en el inmenso silencio».

Enfrentado con él, ni un detenido puede identificar la ley, o la justicia. Ni aunque se quede ciego. Solo ve un clan rival cimentado en toneladas de estupidez, apaños de mierda, criminal renuncia a la responsabilidad y humillación gratuita. Una banda siempre dispuesta a hacer lo menos que pueda, a evitar cualquier cambio, cualquier puesta en entredicho. Una banda que se ampara en la impunidad. El individuo, al entrar en un penal encadenado de pies y manos, debe saber que se convierte en siervo de un señor de la guerra de poca monta y de sus hombres de armas. Todo lo demás y ese barullo acerca de la ciudadanía carcelaria no son sino estupideces de cara a la galería y a las Comisiones parisinas.

En la isla del doctor Moreau, en nombre de la seguridad inmediata de las carreras de unos cuantos funcionarios, a nadie le da el menor remordimiento reciclar a los ladronzuelos levantiscos para convertirlos en auténticos asesinos. Las familias de víctimas de ex presos que pasaron veinte años tras los barrotes deberían plantarle cara a la administración para pedirle cuentas.

Gégé, un atracador sin pretensiones a quien le había caído ya una pena excesiva para los hechos que se le imputaban, participó en el motín de Ensisheim. La Administración no solo le hizo cumplir la pena hasta el final, casi veinte años, sino que lo humilló encarnizadamente.

«¿Quieres trabajar? ¡Vale! Pero tú lo que vas a hacer es limpiar los retretes de los vigilantes y el local de la basura». Pocos meses después salió en la portada de los periódicos por el asunto de los sangrientos ataques del transporte de fondos.

En este país, en donde el sentido común popular sabe perfectamente que si se pega a un perro atado, este se vuelve malo, se acepta, y parece de lo más normal, que unos cuantos locos del garrote se ensañen con varios miles de hombres encadenados.

En el crisol de la isla del doctor Moreau, el experimento relacionado con la seguridad funciona a tope. Los hombres se convierten en fieras, en serpientes que reptan, en monos perversos, en moscas y en otros insectos. O algo peor aún, en animales desconocidos hasta ahora. En mutantes. Por la noche, cuando están solos, algunos gritan, ululan como lechuzas, lloran igual que ríe la hiena. Otros viven postrados. Tras meses de palizas en la zona de incomunicación de la prisión de Tarbes, un pobre gascón se vuelve loco. Se pasa los días sentado en un taburete, fuma cigarrillo tras cigarrillo en el hedor de su celda, convertida en dornajo de cerdos. Hay uno que masculla durante horas enteras, otro toca el caramillo bailando a la pata coja. Salim tira todas sus cosas por la ventana soltando amenazas vengadoras. Rogers, un dominicano con cuerpo de Tarzán, entra en crisis y tira las barras de musculación por todo el gimnasio. Ahora, la Administración lo trata a la americana, como dicen muy ufanos. Lo esposan en cuanto cruza la reja de su celda de la zona de incomunicación.

A «Impec» le hablaba Dios. Era un hombrecito diáfano con larga melena gris. Llevaba unos pantalones cortos blancos muy anchos tanto en invierno como en verano. En la frente, algo así como una filacteria. «Para captar mejor las ondas de arriba», decía. Contestaba invariablemente, año tras año, a los saludos cotidianos diciendo «¡Impec![6]». Al final, todo el mundo había cogido la costumbre de llamarlo así. Fue el último con cadena perpetua a quien conmutaron la pena en este pabellón. Hace de eso siete años. Pero la conmutación llegó demasiado tarde. Ya no estaba en estado de salir a la calle. No porque fuera peligroso, incluso su crimen había sido un simple accidente. Pero ya no podía vivir solo y en el mundo. Anda ya por los treinta años de cárcel. Por lo visto, en Muret, en donde está ahora, le han dado un permiso de un día, en compañía de un educador.

Hubo también un individuo grandullón con traje de baño y gafas de sol. Se pasaba los días y las noches tumbado en medio de la celda encima de una toalla playera. Un imaginativo de vacaciones perpetuas. Se dejó morir. Lo trasladaron al hospital de Fresnes menos de una semana antes del fallecimiento. Seguro que se fue a un paraíso de arena rubia.

Nos hacen vivir con los locos, forma parte del experimento. Y ningún preso fanfarronea ante ese posible naufragio. ¿A cuántos compañeros se les han fundido así los plomos? Le puede pasar al más pintado, al más equilibrado, a cualquiera de nosotros.

Al tunecino le dio un ataque de locura y reventó todos los cristales de la planta baja. ¿Quién se atrevería a reprochárselo? Los de la partida de cartas se limitaron a ponerse un jersey para seguir la partida.

«Yo creo que nos echan algo en la comida. Siempre estoy cansado». Hasta los más sensatos van cayendo en la paranoia.

Moíse asoma la cabeza por la puerta de la biblioteca. Este antillano que parece un armario de luna pone expresión pensativa y caras como las del humorista Dieudonné:

—El osteópata es el médico que retuerce los huesos.

—¡Sí, los huesos de las patas! —masculla Ricou desde detrás de la pantalla del ordenador.

—¡Eso, tío, el osteópata es el médico que retuerce los huesos de las patas, *all right* —Y Moíse se va, moviendo los hombros.

Estamos en el fondo de la probeta y es «nuestro mundo». Lo de fuera cae tan lejos, es tan abstracto y tan indecoroso. Para nosotros, todo se resume en fin de cuentas en esa cosa de nada, y es algo enorme. ¡En cuanto te alejas un poco, todo parece irrisorio, pero tan tranquilizador! Estamos «en casa». La víspera de un traslado a París, dormí en el pabellón C. Oía los ruidos y los gritos del pabellón de al lado. Solo estaba a quince metros de mi celda. Ya estaba fuera. Y siempre que vuelves, todo resulta tan pequeño. Luego recuperas los hábitos y vuelve la isla salvaje.

Tea for two

A los de detrás de la puerta azul no nos gustan los intrusos. Y ellos lo notan. Los «demás» solo vienen ya en visitas organizadas. Los grupos de visitantes se agolpan, entre dos o tres responsables.

Salim se les acerca corriendo, en calzoncillos de rayas, con un gorro de lana en la cabeza.

—¡Veinte francos una foto! ¡Cincuenta sin pantalón! El grupo acelera el paso, pegado a la pared.

Poco a poco se fue dibujando la frontera; está muy clara. Un preso puede malvivir en la isla durante años y años sin ver nunca a una persona de fuera.

Ni siquiera a una educadora, ni a la JAP[7], ni al jefe de vigilancia, ni al director, ni al servicio médico. Si se queda tras la puerta azul, no se hace notar o se niega a recibir visitas del «otro lado», ese Kobinsón no existirá ya sino para hacer bulto. Sencillamente formará parte del lote. Del rebaño de cobayas.

Los directores vienen muy pocas veces. Y, preferiblemente, de tapadillo. Por la noche, después del rancho, cuando los demás presos están encerrados. Y, además, qué mas da, aunque se los viera a diario, las negativas se muerden la cola: «Imposible por razones de seguridad». La funda nórdica, que en todas partes se permite, menos aquí: «Imposible por razones de seguridad». Las barras paralelas en el patio: «Imposible por razones de seguridad».

Cortaron el agua un día entero para hacer obras.

«Ya nos podrían haber avisado para que pudiéramos coger agua en botellas o en cubos».

—No se podía por razones de seguridad —contestó el jefe.

Resulta ridículo. El 1 de mayo pasado, un muchacho árabe organizó una colecta para regalarles ramitas de muguete a las enfermeras. Cuando leí la negativa del jefe me dieron ganas de exponerla en la biblioteca. «Denegado. Y alégrese de que no se lo denuncie por intento de corrupción». Un director entró dos o tres veces en «mi negociado». Siempre borracho. Haciendo eses y mordisqueando un puro muy gordo. Hecho un auténtico brazo de mar. Trajes claros, «camisa abierta por la que asoman cadenas de oro relucientes». Se agarró a un armario igual que a un trozo de mástil para meterse con un cliente:

—Vas a salir; espero que no me decepciones. ¡Vuelve con una buena reincidencia, coño!

Pocos días antes, tras un ágape oficial, los machacas tuvieron que traerlo al «poblado galo». Así es como llaman a la colonia en que viven, al pie de los muros. El brazo de mar se pasó todo el trayecto vomitando.

«El muy cerdo me echó toda la pota encima».

Una noche, poco tiempo después de mi llegada, se me presentó en la celda.

—Usted es un político; ¡yo también, pero del extremo opuesto!

Francois, corso, ácrata y burlón, lo interpelaba en cuanto lo veía. Lo conocía hacía mucho. Y ya sabía de qué pie cojeaba el individuo.

«¡No habléis con el fascista!», les soltó un día a un par de presos que se le acercaban para hablar con él. Y, volviéndose hacia el director: «Puedo llamarlo fascista porque ya sé que para usted no es un insulto».

Así que pocas veces vemos al director. Y todavía menos a la morenita que ejerce de «Juez de Aplicación de las Penas». Una vez al mes, llama a dos o tres tipos para que vayan al despacho del «otro lado». Nunca entra en la zona de detenidos, se contenta con esas entrevistas durante las que el preso debe convencer en diez minutitos. Algunos lo consiguen con facilidad, sobre todo recurriendo a un desparpajo de timador. Otros llevan mal esas audiencias, se ponen nerviosos y acaban por dar una imagen desastrosa y falsa. Pero la JAP no conoce, concretamente, ni a los detenidos, ni las condiciones en las que sobreviven, ni, por supuesto, su evolución con el paso del tiempo. Solo tiene los informes de los machacas y los de la educadora, si es que la educadora los visita. Y, si no, decide sobre el papel, sobre sumarios de año de la polca.

Yves «el Glotón» llevaba aún las huellas de una operación a corazón abierto cuando vino a alojarse a la isla. Doce horas de quirófano. Los pulmones en una palangana, a la derecha; el corazón en otra, a la izquierda, pero los grilletes en su sitio, uno en cada pie. Ni reeducación ni nada. Dos meses en la zona de incomunicación de una cárcel de la costa. Y, luego, llegó aquí.

Hice por sonreír ante el impresionante costurón enrojecido que le cruzaba el pecho:

«¿Te despertaste mientras te hacían la autopsia?».

Me gusta Yves. Procede del barrio de Saint-Eustache, se crió en la asistencia pública, un poco de sangre mora, rebelde y ácrata. Una vida detrás de los muros; primero en un hogar de acogida, luego en la cárcel. Había matado, sí, desde luego. Pero también fue para él algo así como un accidente de trabajo. Igual que el tejador se cae del tejado y el albañil del andamio. El desdichado se murió y a Yves le cayó la perpetua. Igual que le pasa al labrador, notaba que le estaba llegando el final. Se iba en pedazos como un aparato viejo y usado. El corazón le fallaba, el estómago se escacharraba, tuvo que volver al quirófano para una operación delicada de las cervicales. Los médicos anunciaban una parálisis a plazo fijo.

Volvió del hospital con un collarín y otra cicatriz en la parte alta de la espalda. Parecía Eric von Stroheim en *La gran ilusión*. Ya no sale, solo baja de la planta para sentarse ante una partida de cartas o para dar clases de informática. Detrás de las bromas, se le nota la angustia. Morir en la cárcel. Y si lo dejan salir ¿cuántos meses podrá disfrutar de ese no porvenir?

El año pasado, su pena de seguridad acababa un sábado. El lunes por la mañana la JAP le trajo la negativa de libertad condicional. «Rechazada; no hay proyecto».

«¡También es cierto que para esa burguesucha la muerte no es un proyecto que se pueda tener en cuenta!».

¿Y no es, sin embargo, el único proyecto de reinserción que proponen en realidad con su inconsciencia administrativa?

«No vale la pena ver a la JAP; si en esta cárcel no hay ninguna aplicación de pena…».

En la actualidad, si no contamos a los machacas, solo tres personas siguen entrando por la puerta azul con mayor o menor regularidad. Dominique, un monje benedictino. Tan poco dado al proselitismo que casi podría reconciliarme con los meapilas. La bibliotecaria de Tarbes y la educadora que tiene a su cargo las bibliotecas.

Dejando aparte la misa, Dominique no se mete en nada que tenga que ver con la religión. A este purgatorio solo trae consuelo. Se pasa horas y horas con un preso que se está muriendo de cáncer. Visita a varios «reprobos» que no pueden salir de la celda. Reparte dulces de fruta. Y acaba la gira en la biblioteca, en donde soporta los chistes anticlericales igual que las novicias jovencitas soportaban las provocadoras palabras impías de Cyrano.

Prescindo de los principios y asisto a las misas mayores en las que, con carácter excepcional, coinciden los reclusos de los dos pabellones. Porque lo que no pueden conseguir ni la escuela ni las escasas actividades culturales, el obispo lo impone. ¡Solo estamos a treinta kilómetros de Lourdes!

El grupo de presos políticos ocupa las dos últimas filas del salón de actos. Estamos de visita, con unos cuantos díscolos. Hablamos en voz baja, sin hacerle gran caso a la liturgia.

Por supuesto, el «club de la oración» está en primera fila. El «bienaventurado», que es del norte, lee la bienvenida al obispo. «Miche» es uno con cadena perpetua al que condenaron por el asesinato salvaje de un cura rural. Ayuda a misa como lo hacía de pequeño, hace mucho, los domingos, en su pueblecito minero. Desde aquella época ha crecido poco o muy mal. Pero el caso es que la Iglesia lo ha perdonado con todas las de la ley.

A mano derecha, está un viejo tacaño, un asesino patentado, que reza con desarmante sinceridad. Doblando la espalda en el banco, con la cabeza gacha, los ojos cerrados y balbuciendo igual que aquellos dos hermanos a los que destrozó la cabeza en un bar de Tolón. También ellos imploraron en vano. En la otra punta del salón, «Jojo», que es de Isla Reunión y tiene pinta de hombre de la selva, reza Avemarias apasionadas. Se balancea, de adelante hacia atrás.

Cuando ya está bien metido en el swinging de la oración, todo el salón se sienta. Suelta entonces un hondo suspiro de frustración. Se colocó con zamal[8] y quemó

vivo a un z'oreille[9] durante una turbia historia en que se mezclaron rituales mágicos y tráfico de drogas.

> Thank you Satán!
> Pour les étoiles que tu sémes dans le remoras des assassins Pour les idees que tu maquilles dans la tete des citoyens Pour laprise de la Bastille méme si ca ne sert a rien.
> Thank you Satán![10]

Hay unas cuantas muchachas. Las alumnas de un colegio de monjas de Lourdes; tres filas delante de nosotros, unos vaqueros ceñidos a unas nalgas pequeñas en forma de gota de agua nos hacen añorar los tiempos de los reclinatorios.

—Es la secretaria del obispo —cuchichea una voz bien informada.

—¡Joder! Vaya buen gusto que tiene el maromo.

En cuanto se acaba la misa y se va el de la estola, los parroquianos se pelean por los ramos de flores, como saqueadores. Sor des Anges, ex profesora del centro de Garaison que describe Christian Laborde en *L'os de Dionysos* nos reparte platos de crepés y de golosinas. Guerrilleros revolucionarios, dinamiteros independentistas, veteranos de la guerra civil libanesa, protagonistas estelares de las páginas de sucesos, ya estamos todos reunidos, junto con las inocentes niñas, para una deliciosa merienda.

La cárcel cayó hace mucho en manos del dios catódico. Los lectores escasean cada vez más. No obstante, las visitas de Vonvon a «mi tenderete» son algo esperado. Es la bibliotecaria del consejo general y viene dos veces al mes. Una mujercita simpática con una sonrisa hermosa e inteligente. Con mirada despierta y una libreta a mano.

«Lo apunto». Está pendiente de cuanto digan los demás y cuida mucho el buen humor, como si fuera una especia escasa y volátil.

Suele ir con pantalones de dibujos africanos y gigantescas sortijas kitch en todos los dedos y lleva el pelo corto y teñido de colores vistosos. Da color a estas orillas de hormigón y almas grises.

Va empujando su carrito por el pasillo, que interrumpen las rejas: una entrega de libros para el pabellón B. Otra, para el A. La educadora le va pisando los talones. Una morena guapa, con aspecto de adolescente picara. El pelo muy corto y pantalones vaqueros. Sujeta contra el pecho, con los brazos cruzados, los expedientes. Me recuerda a las compañeras de liceo delante de las aulas.

Es nieta de minero y la conciencia de clase se le incrustó en la piel, igual que a su abuelo los tatuajes negros del carbón.

Viene, creo, de orígenes eslavos, o lituanos y funciona con una peculiar mezcla detonante de sentido del humor y de desesperación.

Se sientan las dos ante mi escritorio. Andamos a vueltas con fichas rosadas, azules y blancas. Ponemos orden mientras charlamos. Algunos reclusos traen sus listas de encargos. Vonvon clasifica y desentraña.

«Tomo nota».

Hablamos de todo y de nada. Para algunos es la única visita que reciben y que van a recibir en mucho tiempo. Ya no les queda nadie fuera. Les cuesta saborear el instante. Se emborrachan de aroma a mujer. Incluso los que no saben leer, a quienes les escribo yo las cartas, andan revolviendo los libros, con cara de Papa, para arrimarse un poco.

Cuando se van las señoras, los más briosos disparan unos fuegos artificiales de obsesiones. Desgranan un Kamasutra de ultrajes que no alcanzan ni con mucho la excelencia estética del libro en cuestión, que encargó el chaval colombiano y Vonvon nos trajo.

«El Glotón» se vuelve hacia mí encogiéndose de hombros.

—Mira, ¿te das cuenta de que muchos tienen la violación a flor de piel? Bastaría con muy poco.

Un chibani resume:

—Baja, alta, bonita, fea, ti metérselo todo en cuanto ti fora, tú. Tú entiendes bien a mí: todo, en cuanto salir fora, en cuanto ti fora, tú.

Y todos cantamos a coro:

«Tea for two and two for tea…».

Una hora antes, cuando estábamos rellenando las fichas, con las tres cabezas inclinadas encima de la mesa, como encajeras de Brujas, una boca «anónima» pegada a la puerta cerrada dijo:

—¡Hmm! ¡Huele a conejo!

—¡Anda, el señor Galliano sabe mi signo del horóscopo chino!, comenta la educadora sin alzar la vista.

Alain, o, más bien, Ali desde que se convirtió al islamismo, no era mal tipo. Al contrario. Lo único que le pasaba que le habían echado una pena excesiva. Una perpetua por cosas de poca monta sin violencia. Hasta el fiscal lo admitía. Lo leí en un artículo de *Le Meridional* en que contaban el alegato de la acusación en un segundo juicio. A todos sus cómplices les cayeron entre cinco y siete años. Él, ante el juez, recién salido del hospital psiquiátrico penitenciario de Cadillac, iba atiborrado de neurolépticos. Insultó a la sala y le tiró un tenedor al fiscal. La venganza de las togas escarlata no se hizo esperar: cadena perpetua.

En Lannemezan ese hijo de la inmigración italiana vivía en chilaba y babuchas y se levantaba de noche para rezar y aprender árabe leyendo el Corán. Mis horas de sueño acusaron esa huella en la temporada en que vivió casi un año a mi lado.

Vonvon le tenía miedo. ¿Por qué? Unos cuantos asquerosos se habían dado cuenta y nos lo mandaban, junto con otros manguis. Planeaban un rato al ras del escritorio y

luego se alejaban, olvidadizos de qué habían venido a hacer.

La isla se distanciaba del otro mundo. Iba, despacio, a la deriva. Y cuanto más escindidos estábamos de los demás, más caían algunos en un rechazo puro y simple. Es algo así como el teorema de Arquímedes: «todo cuerpo extraño sumergido…». Somos unos proscritos y tendemos a considerar proscritos a quienes se nos acercan.

En el otro campo pasaba lo mismo: las personas que se atrevían a cruzar la puerta azul no estaban bien vistas. Una noche, cuando estábamos cerrando la puerta, un jefe le dijo a la educadora, echándole el aliento en el cuello:

—¿Qué? ¿La pone a usted cachonda estar entre tanto tío? —Ella se hizo la tonta.

—¿Cómo dice?

El otro se largó, mirando al pasar las estanterías.

Los caballistas, en fin de cuentas, aguantan mejor a los machacas que son «monitores deportivos» que a la educadora. Claro que había sido machaca en prácticas, como todos los educadores de la Asistencia Penitenciaria. Pero no iban por ahí los tiros. En este mundo de tíos, es una mujer, y además una mujer de lo más deseable. La rodea, pues, una neblina fantasmagórica de deseos ocultos, de celos y de delirios.

Los sumisos monitores deportivos tienen su corte de caballistas, de jugadores de petanca, de tipejos que siempre andan con miedo de que les hagan una cara nueva, de unos cuantos aprovechados que esperan una rebaja en el calzado o un favor. Son muchos los que les hacen reverencias desde por la mañana.

Conocí a uno cuando todavía iba de uniforme. Una semana después de haber dejado la torre de vigilancia con el fusil en la mano, dispuesto a cargarse a quien fuera, en cuanto estuvo en el polideportivo y con chándal, ya estaban los tíos dándole apretones de mano y tuteándolo.

¿Cómo entender ese desconocimiento de las realidades de la isla, del enfrentamiento, de la muerte que nos imponen desde el peldaño más bajo hasta el responsable más alto?

Uno nuevo preguntó.

—¿Cómo decís que se llama? ¿Dédé?

Y yo le contesté en broma:

—No, se llama vigilante.

Y, sin embargo, no es un cabrón sin más. Es quizá el menos malo de todos. Un chaval de por aquí; creo que su abuelo era de la CNT. Dos años en el paro y firmó sin pensárselo mucho.

Su antecesor volvió a vestir uniforme. ¡Tuvo que pasar por unas cuantas celdas para explicar que ahora ya no podía andar estrechando manos como antes!

Dieciocho años sin posibilidad de reducción

Me acuerdo de cuando nos echaron la primera perpetua a mis tres camaradas y a mí. Me acuerdo que entonces no me dio ni frío ni calor. No porque fuera así de temerario, sino que cayó la cuchilla invisible de la muerte lenta y casi noté algo así como alivio. Algo así como una liberación. Estaba entrando en un espacio fuera de las leyes, fuera de la ley. En realidad, no me suponía un gran cambio en lo referido a la clandestinidad de la que me habían sacado pocos meses antes. Y la clandestinidad la conocía bien. Desde la década de 1970, y casi durante quince años, me anduvo buscando la policía; primero la Brigada Político Social de Franco y, luego, todos los cuerpos de la policía francesa. La vida legal se resumió para mí en unos pocos meses como mucho. Solo la amnistía de Juan Carlos en el 77 y, luego, la de Mitterrand en el 81 me permitieron ir de visita al país de la gente que tiene nada más un carnet de identidad.

El jurado de profesionales del tribunal especial de lo criminal me devolvió a un espacio que se resumía solo en lucha, en resistencia para sobrevivir, en lucha contra la opresión y en contra del poder absoluto del orden. Impuso una condena de tutela radical y definitiva. Y yo intuía en ella precisamente lo contrario.

Seis años después, me echaron otra perpetua. Me machacaron otros seis años enterrado en la zona de incomunicación de Fresnes para exhibirme por última vez en el banquillo de los vencidos, como el trofeo de un cesar. Pensaban que iban a poder quebrantarnos a base de meses y años de incomunicación y esperaban que llegaría un instante en que se nos vería contritos y conversos. Querían que nuestro juicio postrero fuera una demostración: «Tiemblan ante la cuerda que los ahorcará». Finalmente, nuestra negativa de besarle los pies al enemigo dejó el asunto en una vuelta de pista con las cadenas puestas. En el territorio bandoliér, los osos pardos que sacaban del monte daban esas mismas vueltas con los *orsatérs*[11] de Bethmale los días de feria y mercado. Durante esta ceremonia expiatoria final, el fiscal pidió otros dieciocho años sin posibilidad de reducción, dieciocho años para que nos diera tiempo de sobra a «entenderlo». Lo leí en la prensa, porque nunca presencié el final de esos juicios ante los tribunales de excepción. Me sacaban tarjeta roja porque no aceptaba la teúrgia. Así que acababa en los vestuarios, y mis camaradas también. No admitíamos los juegos del circo moderno. Cuando íbamos por los pasillos de los sótanos del Palacio de Justicia, me acordaba de los del Coliseo de Roma, que había visto unos años antes. Llegaban hasta el pie de una larga escalera de caracol. Siempre en penumbra. Luego, un pasadizo tortuoso y la puertecita, bastante baja, para obligarnos a doblar el cuello. El condenado tenía que entrar con la cabeza baja. Y aparecíamos en la sala, a plena luz en esa palestra de finales del milenio.

A lo mejor es que no éramos tan entregados como los mártires cristianos y nos negábamos a decir las frases de nuestro papel. Y, por lo tanto, la ejecución administrativa se quedaba a medias. La sala, reducida a la mínima expresión, soltaba su perorata mientras nosotros, los «condenados», nos apiñábamos en los bancos de madera de la trastienda. Intentábamos olvidarnos de la imponente escolta que nos rodeaba. Tras meses de incomunicación, charlábamos, charlábamos, charlábamos… Por la noche volvíamos completamente afónicos. Nos emborrachábamos de palabras, de risas, de ademanes mínimos y furtivos.

Una tarde, un oficial de la gendarmería entró en nuestra guarida:

«Dice el presidente que os riais más bajo porque molestáis para el desarrollo de las audiencias».

Señor fiscal, quería usted que tuviéramos tiempo para entenderlo. Pero ¿qué hay que entender? Sí, ya sé que usted opinaba que había que meternos en la cabeza: la inutilidad de la resistencia, de la ilegalidad, de la violencia contra el mejor de los mundos, al que usted representaba. Pero para conseguir eso, querido fiscal, lo que habría hecho falta era no sumergirnos en sus entrañas más inmundas. Siento decírselo, pero razona como un estúpido. Por supuesto que sospecho que no era más que una retórica indispensable para decorar la condena administrativa. Tenía usted que darle cuerpo y estilo. Sin embargo, si hubiera querido de verdad guiarnos hasta el conocimiento del mejor de los mundos, habría tenido que mandarnos a las playas en donde se tuesta la despreocupación de los propietarios, imponernos el lujo en el que se refocilan dignamente. Habría debido condenarnos a gestionar una cartera de acciones y obligaciones, forzarnos a llevar corbata y Chanel para las señoras, a viajar en coche climatizado con chófer, a presumir en los lunchs enumerando las cotizaciones y las inanidades desmesuradas con las que se deleitan las tribus de la gente guapa. Habría habido que encerrarnos en las fincas que salen en las series de televisión. Y, en esas condiciones, a lo mejor habríamos podido «entender» lo fútil que era la revolución, poner buena cara a las amenazas de los más pobres, encogernos de hombros ante los levantamientos picarescos. Y entonces, hartos y habiendo perdido «el sentido común», tras apurar la vergüenza hasta las heces, hasta la cicuta, nos habríamos soliviantado en nombre de la raza de los herederos. Pero, señor fiscal, en la paja de los calabozos, codo a codo con los más marginados entre todos los marginados, de los más pobres entre los pobres, ¿qué íbamos a poder «entender» que fuera en la dirección que usted quería?

Hace más de trece años que paseo este número de recluso. He desaprendido muchas cosas. He desaprendido la noche. Nunca es de noche en las cárceles de ustedes. Siempre estamos a la luz de focos de nimbo anaranjado, como en las autopistas belgas y en los aparcamientos de los supermercados. He desaprendido el silencio. Siempre hay alguna queja, algún grito, algún murmullo. Se me ha olvidado cómo

huelen los sotobosques cuando íbamos a buscar setas al bosque de Orleáns, pocos meses antes de que nos detuvieran.

¿Y cómo recordar el peculiar ambiente del parque Junot, en lo más alto de Montmartre, después de los tiroteos? Chorreábamos de pólvora y de miedo, de sudor también. Se me ha olvidado cómo chirriaban los neumáticos por los adoquines húmedos. Y el ruido de los pasos entrada la noche por las aceras. Un sueño impreciso me remite a la lejanía de las noches catalanas, cuando pasaba el sereno[12] y de las veladas al compás de los golpes que daba con el chuzo por las esquinas. Tres golpes. ¡Se levanta el telón y amanece!

Una noche de agosto de 1981, cuando salí de La Santé, crucé París a pie, con las manos en los bolsillos. Desde lo más remoto del distrito XVIII hasta arriba de Barbes. Y reconquisté así el extenso territorio de caza, como lo hace el guerrero masai. Me paré en la esquina de la calle de Gay-Lussac, la misma en donde, en 1968, cogí el adoquín que aún hace las veces de pisapapeles en el escritorio viejo de mi abuelo, en Auch. A veces vuelvo a notar en los ojos el picor de los gases lacrimógenos.

Pues sí, señor fiscal, en trece años de calabozo me ha separado usted de las cosas más sencillas. De la vida. Del amor. Ya ni me acuerdo de la infinita suavidad de unos muslos de mujer.

En cambio, debo admitir que todavía podría desmontar y volver a montar un colt 45 con los ojos cerrados y con el mismo arte que tiene usted para liquidar el sumario de un pobre desdichado. Podría meter las balas en los cargadores con el mismo desahogo que usted cuando mira las páginas por encima. Una bala, una página, una bala, una página…

Si me cruzara con usted por la calle, ni lo reconocería. A lo mejor le resulta tranquilizador saberlo. Forma parte de ese rebaño, a medias hombre y a medias uniforme, que me esposó. Y a quien le enseñé el ojete por prescripción reglamentaria. ¡Cada vez que me acuerdo! ¡Habría podido trabajar en el cabaret Michou como modelo en pelota! ¡No me habrían visto en cueros más tíos y los camerinos habrían sido más cómodos!

Mire, señor fiscal, eso sí que es algo que he aprendido durante todos estos años: a enseñar el culo con desparpajo. Cierto es que, en la vida cotidiana, suele tener que ver más bien con la mentalidad, con la metáfora. Uno pone el culo lo mismo que enciende un cigarrillo. Pero aquí es todo en vivo y en directo. Te bajas el calzoncillo, te agachas hacia delante y clavas el ojo único en los ojos del gendarme de turno.

«¡Tosa!».

Ya he aprendido que no se pierde dignidad por enseñar así la intimidad. Bien pensado, va más que cualquier otra cosa en contra del sistema y de quienes lo imponen. Un día, en un corredor del Palacio de Justicia, un juez del juzgado 14 me impuso la fuerza «pública» de cinco policías nacionales. Con las manos atadas a la espalda. Tirado en el suelo. Con un gendarme sentado en la espalda. Otro me quitó a

tirones los calzoncillos y dio unos pasos muerto de risa, ondeándolos como si fuera Thierry la Fronde.

Había que quedarse en cueros cada dos por tres. Y la detención se convertía en una letanía de sesiones de striptease.

Cuando me nombraron huésped del pabellón D5 de Fleury, también ahora en zona de incomunicación total, me sacaban para la instrucción del caso una o dos veces por semana. Un brigadier y cuatro trulleros se presentaban en mi celda del cuarto piso. La única ocupada en toda la planta. ¡Ciento cincuenta celdas para mí solo! Era mi Versalles. Me cacheaban en plena galería. Cacheo cuerpo a cuerpo. Prenda de ropa tras prenda de ropa. Despacio.

«¡Tosa!».

Llegábamos a la planta baja. Y el mismo grupo volvía a cachearme de arriba abajo, en una sala repulsiva, con un hedor rancio a sudor, a meados y a vómitos. Sin ventilación. Tiempo atrás, las paredes habían sido negras. Las ventanas estaban soldadas. Me palpaban la ropa en la penumbra. Operaban a tientas. Sabían perfectamente que todo aquello era una tontería. Lo único que importaba era el ritual. Necesitaban el arresto, desestabilizar al otro para hacerse con ascendiente sobre él, dejarlo desnudo ante el uniforme.

«¡Tosa!».

Cogíamos la camioneta para ir al puesto de mando. Cincuenta metros. El motor rugía. Dos curvas. Y se abría la puerta.

«Nombre, número de registro, fecha de nacimiento. ¡Pase al fondo para el cacheo!».

Ya me estaban esperando.

«¡Ponga los pies en las marcas del suelo! ¡Tosa!».

Luego, la jaula pequeña, de metro y medio por un metro. En la grisura de la penumbra. Solo a través de unas rejas sucias pueden divisarse las otras jaulas en hilera. Pasan una o dos sombras con cajas de cartón. Una bata blanca. Una silueta rubia con minifalda. ¿Es hombre o mujer?

Aquí fue donde me casé en junio de 1999, en medio de una selva de escopetas. Ante el teniente de alcalde, un moro joven y de barrio, comunista y con una espléndida camisa roja muy provocativa en este lugar.

«Estamos en familia», susurró inclinándose hacia nosotros. Y, mirando a los gendarmes: «¡Bueno, casi!».

Se presentaba la escolta especial. Otro cacheo. Les da por la aplicación estricta de las operaciones reglamentarias que les enseñaron al adiestrarlos para policías: autoridad, amenazas y «profesionalidad».

«¿Ves esta bala? ¡Pues es para ti si te pones tonto! ¡Si alguien se acerca al camión te la meto entre los ojos!». Y le quitaba el seguro al arma.

El cacheo era brutal muchas veces. Tenían que humillar al asesino de la policía, incluso aunque no fuera ese el caso. Siempre había alguien que se inventaba algo:

—¡Este fue el que se cargó al brigadier fulano o al general zutano!

—¡Agáchate y tose!

Si me negaba a ponerme en cuclillas como una rana, se armaba una buena. Unos cuantos golpes. Una prolongada espera. Luego, una deliberación. Los más gilipollas llamaban al juez.

—Señoría, tenemos un problema. No quiere ponerse en cuclillas.

Yo oía que contestaba el juez. El oficial volvía:

—¿Por lo menos vas a querer toser?

El camión de transporte de ganado nos llevaba a París, con las sirenas a todo volumen. Dos motoristas, dos coches de policía de paisano, metralletas y fusiles en las escotillas, dos camionetas de policía nacional atiborradas de kepis. Nos llevaban a toda pastilla por las calles de París. Estirando el cuello, podía robar un trocito de acera, un breve instante de vida. Con frecuencia coincidía con las camaradas presas en la cárcel de mujeres próxima. Improvisábamos entonces un locutorio, de un gallinero a otro. A veces estábamos tan cerca que nos podíamos rozar con la punta de los dedos. Otras veces teníamos que gritar para oírnos. Los tumbos del vehículo lo dificultaban todo. Nos tambaleábamos, perdíamos el equilibrio al menor frenazo. Tropezábamos violentamente con los codos y las rodillas.

En el Palacio de Justicia, otro cacheo de la escolta armada hasta los dientes que me entregaba, como si fuera un paquete, en el bunker de los jueces de delitos terroristas.

«¡Tosa!».

A la vuelta, la misma canción, pero en sentido contrario. La escolta del camión.

¡Tosa! Los trulleros del puesto de mando. ¡Tosa! Los trulleros del pabellón D5.

¡Tosa! ¡Y tosa! Tras estas salidas extenuantes, una voz me torturaba en las pesadillas:

Tosa. Tosa…

El protagonista de la serie inglesa de la década de los 60 *El prisionero*, voceaba de noche:

«No soy un número».

Yo habría podido gritar:

—¡No soy este ataque de tos obligatorio ni este movimiento mecánico del recto!

Por la noche soñaba con ropa como la de esos *boys* que hacen striptease y que se pudiera quitar con ademán rápido y hábil. ¡Zip!

Un colega con quien me tropecé en aquellos años me decía que él vivía en chándal y, debajo, iba desnudo del todo. Ni siquiera llevaba calcetines. Solo unas deportivas que se cerraban con velero. Se quedaba en pelota visto y no visto; y tardaba igual de poco en volverse a vestir, como esas chicas de Pigalle que hacen striptease en diez clubs la misma noche.

Señor fiscal, lo que usted quería seguramente que entendiéramos era que la sociedad actual no puede admitir la violencia. Ni siquiera si es por una «justa causa».

Para qué seguir criticando su sistema, basado únicamente en relaciones de fuerza, en la violencia del trabajo asalariado y de la mercantilización, en las guerras y en la opresión neocolonialista, en los mensajes del orden que se transmiten en bucle. Para qué, si lo que no acepta en nuestra violencia como crimen de lesa majestad es precisamente la puesta en entredicho del monopolio de la violencia que usted y sus semejantes han institucionalizado. La ley es el fundamento de la violencia monopolizada, la ley de la mayoría o de quienes usurpan este concepto dentro del monopolio. Así es como una ínfima minoría de «blancos buenos» imponen una bestialidad infinita al 90 % de la humanidad. Pero es cierto que para ver esa violencia tal y como es en realidad, tendría que tener el descodificador oportuno. Hay que rebasar el relato informativo y la caridad.

A veces este descodificador me duele. Me gustaría librarme de él. Pero lo llevo puesto. Y descodifica, descodifica continuamente. Hay días en que querría no ser sino un gilipollitas de izquierdas. ¡Igual que en 1968 soñábamos con ser unos idiotas felices!

No he necesitado pasar trece años en las cárceles de la República para comprobar hasta qué punto este sistema penitenciario suyo y estos vigilantes de prisiones suyos recurren a la violencia con constancia y total impunidad.

He oído las palizas que dan en la nevera los del turno de noche. Los golpes retumbaban en el cemento desnudo del exiguo pabellón. Un africano lloraba. Le echaron un cubo de agua. Por la mañana, ya no quedaba más que una mancha oscura en la pared, delante de su puerta.

He oído a un brigadier vociferar en la galería de encima de la mía:

—A ti te voy a dar en cuanto te meta en la nevera, hasta que revientes. Con estas manos.

Vi cómo bajaban a un desdichado por la escalera principal de la primera división tirándole de las piernas. La cabeza le iba dando tumbos por los peldaños de metal.

A otro le dieron una paliza pegado a mi puerta. Suplicaba. Todavía tengo en la cabeza el eco de los golpes. Tuve que poner la bayeta para que no entrase la sangre. ¿Por qué? Pues porque en el locutorio no se había sentado a tiempo. Se había estado más de treinta segundos abrazado a su mujer. ¡Qué ultraje a las buenas costumbres de sus esbirros, señor fiscal!

Una mañana, en la zona de incomunicación, cuando la escolta me llevaba al patio, me sorprendió ver la sombra de un preso sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Normalmente, tenían buen cuidado de no dejarme ver a nadie. Cuando pasamos ante él, le oí la respiración pesada. La cabeza caída apenas si acompañaba el movimiento del pecho.

Hora y media más tarde, volvía a pasar ante él. Estaba echado de lado. El auxiliar había limpiado el pasillo y ahora estaba metido en un charco de agua jabonosa y lanzaba un estertor cavernoso. El brigadier me prohibió que lo tocara para intentar enderezarlo.

—Ahora lo llevo a la enfermería.

Cuando salí de la ducha, lo habían sentado en una silla de ruedas y lo habían atado con su propio cinturón a la altura de los hombros.

A la hora de comer, ahí seguía su sombra. Puse los platos en el carrito y me encaminé hacia él, sin hacer caso de las órdenes del brigadier que me amenazaba, a mi espalda.

Por la mueca de la cara, no hacía falta ser forense para certificar la defunción.

—¿Pero no ve que está muerto?

—Qué va. Solo está desmayado.

—¡Han dejado que casque! ¡Lleva tres horas ahí!

—Rouillan, no te metas en líos. Vuelva a su celda. Va a tener problemas.

Una voz detrás de una puerta:

—Jean-Marc, Jean-Marc ¿qué pasa?

—Han dejado cascar al viejo.

Patadas en una puerta; luego unos golpes violentos estremecen dos o tres puertas más. Tiran de mí. Me empujan. Al final de la división, veo llegar a una cuadrilla de carceleros. Los dos de delante llevan en la mano las barras de sondeo.

El hombrecillo aquel estaba todavía en espera de juicio. Había matado a su mujer en un ataque de locura. ¿Por qué estaba en la zona de incomunicación?

La administración se limitó a contestar a la redacción de *Parloir libre*, que investigó el suceso: «La persona cuyo caso nos han contado ustedes falleció mientras la trasladaban al hospital».

Ya ve, señor fiscal, que aquí matan y dejan morir sin faltar nunca al reglamento.

Para castigarme, me largaron a la celda de Jesús. Un pobre loco que sobrevivía en la zona de incomunicación entre dos ingresos en el Hospital Psiquiátrico de Villejuif. En cuanto volvía a su celda volvía a pintarla primorosamente con sus excrementos. Algunos presos lo llamaban Supositorio. Bastaba con pasar delante de la puerta cerrada de esa celda para que el olor a mierda le jodierá el día.

La ropa, los libros, los papeles, me habían tirado todas mis cosas por todos los rincones de aquel retrete. No podía ni respirar. En cuanto cerraron la puerta, me costó mucho contener el reflejo de darme la vuelta y aporrearla para salir. ¡Pero se habrían alegrado demasiado! Me estaban esperando cinco o seis en la sombra de la galería. Si llamo, me tocan paliza y nevera. Y sabía que no había que caer en la trampa de esa lógica, sino apretar los dientes y aguantar, aguantar, aguantar…

No pensar en nada. Limpiar, rascar, fregar, aclarar, y luego empezar otra vez y seguir rascando.

Semanas oliendo a mierda, acordándome de cómo la mierda chorreaba por las paredes, goteaba del techo, se negaba obstinadamente a retroceder ante la bayeta, a dejar de aferrarse, a dejar libre el campo.

Jesús vivía en cueros como un animal. Con una melena muy larga y la barba hasta el pecho. Todos los meses, los carceleros le echaban el guante por sorpresa. Lo ataban y lo llevaban a rastras a la ducha para meterlo bajo el chorro de agua fría.

Solían limpiar la celda de la misma forma. Jesús no tenía nada. Ningún objeto personal. ¡No había ni luz porque le había entrado la manía de comerse las bombillas!

¿Quién puede imaginarse Fresnes de verdad, a finales de la década de 1980? La miseria de las plantas, a veces cuatro o cinco presos por celda. Los golpes en las puertas, los gritos, los yonquis con el mono, las peleas, las palizas… Y la zona de incomunicación, esa alacena oscura debajo de la escalera por la que rondaba la muerte como postrero castigo. Una epidemia fulminante de tuberculosis se llevó a cinco o seis colegas. Siempre el mismo ritual. Los carceleros, con mascarilla, desinfectaban la celda y precintaban la puerta con cinta adhesiva. Tres días después, vivía en ella otro cliente y se reanudaba la ronda demencial. Señor fiscal, también he aprendido cómo desesperan a los más débiles. Cuánto se han perfeccionado en el arte de ser infinitamente cabrones. Juegan con sus víctimas como los gatos con sus presas. Cuidan muchísimo los pequeños detalles. No roban una carta, sino solo una página, o la foto nada más. Les gustan las fotos. Las hacen pedacitos y los dejan bien en evidencia en la mesa de cemento.

La zona de incomunicación no era ya sino una inmensa estepa helada en la que hibernábamos. Todo se limitaba a la simple supervivencia de unos animales acosados. Y los modales del personal, medio kapos y medio pirulos, mataban con más certidumbre que una bala de fusil.

Aquel chiquito no pudo aguantarlo. Nunca le vi la cara. Solo lo conocía por los gritos. Se achicharró una tarde de sol, a eso de las tres. Empapó el colchón de aceite y le prendió fuego. Aulló y aulló y aulló… El humo negro se colaba por debajo de las puertas. Se quemó vivo y se talló. El olor que invadió la zona de incomunicación me recordó los festejos del pela porc, de la matanza, en la granja.

Por la noche, los carceleros venían desde los puntos más alejados de la prisión para gruñir insultos a través de la puerta.

—Qué, maricón, ya te hemos pillado. ¡De esta no lo cuentas!

Volvían cada veinte minutos. Yo estaba entonces en régimen de «vigilancia especial».

—¿Duermes? Eh, terrorista, ¿duermes? La próxima vez que vengamos, vamos a entrar y a colgarte.

Y me dejaban la luz encendida hasta por la mañana.

Tres o cuatro meses antes de cada juicio, se les volvía más intenso el odio. Por la noche, no podía dormir más de una hora seguida, como les pasa a los navegantes solitarios. De día, andaban a la caza de los escritos, de las declaraciones. Había que

escribir a escondidas una página o dos y largarlas. Los argelinos de la celda del primero bajaban un montón atadas a un hilo de coser. Por un agujerito de la tela metálica, les iba pasando las hojas. Y subían. Por un camino propio de las cárceles recorrían las etapas de la reclusión. Pasaban de un salto de un patio de paseo al otro. Subían en los carritos de la cocina. Volaban hacia la celda de unos camaradas de otra sección.

Yo tenía entonces un patio de paseo exclusivo. Un pasillo de ocho metros por dos. Paredes de ladrillo con un techo enrejado. Una noche, la ronda se marcó unos graffiti militantes con spray: «¡Viva el Frente Nacional!». «¡Pena de muerte para los terroristas!». Otros se habían desmadrado garabateando insultos, amenazas y triunfalismo grandilocuente. «¡Ya caíste! ¡Viva la policía, viva Francia!».

Mucho tiempo después, una mujercita morena entra en la biblioteca de la central de Lannemezan. Sonrío. Es más bien guapa. Se presenta:

—Soy la brigadier del registro de Fresnes.

Se me eriza el vello de los antebrazos y del cuello. Un reflejo primario. Incontrolable. Más de siete años en la sección 1 de Fresnes te deja tatuada el alma, se te graba en el córtex, en el cerebro reptiliano. Me redujeron a un estado de lagarto y, en mi fuero interno, todavía repto por aquel alicatado amarillo con filos azules, por el suelo verde y mohoso de la zona de incomunicación, por las paredes grises… Repto balanceando la cola cortada.

¡Siete años es toda una vida en los cuentos populares! «Viajó más de siete años por un país lejano». Yo estaba en este, a siete kilómetros de París, en los barrios periféricos del sur, cerca de la autopista que coge la gente para irse de vacaciones. Estaba allí, ni muerto ni vivo. Se me olvidó hablar, como si fuera un animal. Decía siete palabras diarias. Para ser educado con mis verdugos.

«Buenos días» dos veces, por la mañana y a mediodía. «Gracias» cuando me traían el desayuno, la comida y la cena. «Sí» una vez, para decir que iba al paseo. Y «Buenas noches» al final. Sin darme cuenta, se me distanciaron las ideas de su expresión oral. Incluso hoy me cuesta emparejarlas. Si me pillan por sorpresa, mascullo durante cinco minutos interminables, lo que tardo en encajar bien los enchufes.

Acabé por obligarme a leer durante una hora en voz alta. Y vocalizaba mientras iba y venía, como todos los presos, de una pared a otra, de la ventana a la puerta. Siete pasitos.

La brigadier, toda pimpante, añadió:

—Pertenezco a la Comisión para la humanización de Fresnes con motivo del centenario del establecimiento penitenciario.

—¿Conducirá usted el bulldozer?

Ya había recuperado la indiferencia.

—¿Por qué? ¿Le parece que es la única solución?

No contesté. ¿Para qué?

Celebraron el centenario. La comisión funcionó. Introdujeron los «derechos humanos» en esa máquina de humillar, y perpetuaron la sodomización de los presos con las barras de sondeo, igual que antes…

«¡Es la tradición de la casa!».

El baile de los inocentes

Por la tarde, a eso de las cinco, «José el grandullón» aparece por la biblioteca. No viene a tomar el té o una copita, porque aquí hace años que no servimos nada. Pero se presenta como se presentaba en la taberna de su pueblo, en las montañas de Córcega. Por rutina. Porque es sociable. Para hablar de todo un poco y de nada en particular. Muchas veces se queda de pie y se hace el interesante con su repertorio de gestos y esa pinta engañosa de Jean Reno que se marca. Tiene las mismas anchuras imponentes y lleva muy bien los treinta y tantos años que tiene. Fue fácil encontrarle un mote, León, igual que el personaje de Luc Besson. Recita diálogos de la película ante un público fiel. En la vida diaria, siempre acababa por meter frases tomadas de *Los visitantes*.

«¡Acudo presto, gallardos donceles!».

Pero tras las carcajadas, el numerito de taberna y los febriles debates acerca de su «isla de Belleza», el grandullón José tiene un secreto oculto. Es inocente.

En todas las cárceles en las que he estado siempre he visto inocentes. Por supuesto que no los hay a montones, pero sí los suficientes para dejar sorprendidos con toda seguridad a los adoradores incondicionales de los jueces y los tribunales.

En la década de 1970, en la sección de presos políticos de La Santé descubríamos inocentes cada vez que llegaban detenidos de las redadas considerables del Tribunal de Seguridad del Estado. Siempre metían en chirona a dos o tres militantes que nada tenían que ver con los hechos. Encerraron a un profesor de historia por el caso de los comités de soldados. La única prueba material que había en contra de él era un plano hecho a mano que le encontraron en la cartera al salir de casa. Los servicios de seguridad militar opinaban que era el plano detallado de la base aérea de Dijon. Tras varios exámenes periciales, el juez tuvo que admitir que el profesor decía la verdad, que era en realidad el plano de la batalla de Alésia y que aquella mañana le tocaba explicar en clase dicha batalla. Varios meses de cárcel innecesarios.

En esa misma redada llegó un jovencito que estaba haciendo la mili en la base aérea de Cazaux. No le llegaba el uniforme al cuerpo, al pobre, además de estarle grande. Como llegó vestido de militar, en el cacheo le dieron un uniforme viejo de presidiario, de tela gris y áspera, que apestaba a desinfectante. Estaba traumatizado. Necesitamos varias horas para entender qué le pasaba. Repetía:

—He robado un par de zapatos. He robado un par de zapatos.

Lo acusaban de poner en peligro la seguridad del Estado, de desmoralizar al ejército, de sabotaje, etc. Lo habían trasladado en avión militar y en el aeródromo lo estaba esperando una escolta armada hasta los dientes. Cruzaron París a golpe de sirena y se encontró en el Ford de l’Est, encadenado y en presencia de un juez del

tristemente famoso Tribunal de Seguridad. Tras el rito de la inculpación, se atrevió al fin a preguntar cuánto podía caerle.

—Cadena perpetua. Pero me parece que no lo condenarán a más de diez o quince años.

El juez no le había echado la misma paciencia que nosotros a desentrañar el caso y las liosas explicaciones. Y además seguro que no le interesaba. En esos casos, lo que cuenta es la cantidad de inculpados. La productividad, siempre la productividad. La policía está para fabricar sospechosos y el juez para fabricar condenados.

Y, sin embargo, era una historia de lo más tonta. Una semana antes, el chico se iba de permiso. Estaba solo en el dormitorio y cogió prestado un par de zapatos en la taquilla de otro recluta. Ya le explicaría que le habían hecho falta. No pensó que pudieran interpretarlo mal. A la vuelta le estaba esperando el suboficial; el «dueño» ya se había chivado. Al calabozo sin rechistar.

Lo que no se imaginaba era que, la víspera, la seguridad militar había pasado por la base y habían metido a otros soldados también en el calabozo. A las cinco de la mañana se presentó la SM y se llevó a todos los detenidos, a los siete u ocho reclutas sospechosos de pertenecer al comité de soldados y al «ladrón de calzado». Nada de medias tintas. Intentó explicarlo todo en vano.

—Ya hablarás cuando te pregunten.

Seis días de detención preventiva en los sótanos de un inerte lúgubre y, luego, a París. La seguridad militar fue de lo más obtusa. El juez también. Pasaron no menos de cuatro meses antes de que se dignase firmar la puesta en libertad.

La segunda tarde de la detención, pese a lo pendientes que estábamos de él, lo descolgamos de puro milagro antes de que se quitase de encima definitivamente la orden de detención. En el pabellón de presos políticos las puertas de las celdas siempre estaban abiertas de día. Un ruido sospechoso le llamó la atención al de la celda de al lado. Dos golpes secos en las tuberías de la calefacción. En Fresnes y en La Santé esas tuberías son las de la calefacción central. Van por las paredes, por debajo de las ventanas, a cincuenta centímetros del suelo. Antes, los presos las usaban para comunicarse en clave, para las charlas nocturnas y para dar la alarma si procedía. Ya habían dejado de usarse, al menos para esos intercambios clandestinos; en cuanto a la calefacción, su cometido era meramente testimonial y simbólico. Se levantó de la mesa y le echó una ojeada a la galería. Otro golpe le indicó qué estaba pasando. Llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, entró en la celda del joven recién llegado.

El «ladrón de calzado» pataleaba en el extremo de una cuerda con convulsiones anárquicas; ya tenía la cara azul.

En la cárcel aprendemos en seguida dos «gestos que salvan». Sabemos aliviar el peso de un cuerpo ahorcado mientras llega la ayuda necesaria para cortar la cuerda y también sabemos hacer un torniquete después de las automutilaciones y las camorras.

Y, además, nos damos cuenta perfectamente de que la inocencia mata igual de deprisa que el remordimiento de los asesinos neófitos.

—¡Ya ve usted, señor Jean-Marc, yo también soy un preso político!

Eran los años negros de la lucha antiterrorista. Una noche de invierno de 1988. En los sótanos del Palacio de Justicia había poca luz; los tubos de neón sucios daban una iluminación famélica. No me podía creer que estuviera allí el dueño de aquel restaurante pequeño de Barbes, con las manos esposadas detrás de la espalda y rodeado de unos diez gendarmes que llevaban voluminosos chalecos antibalas y los fusiles de asalto Famas terciados.

—¿Qué tal la señora Nathalie?

Los tonos verdosos de la pintura, con el color comido, y las estructuras metálicas oxidadas dibujaban un decorado en donde no encajaban los obsequiosos modales del hombrecillo de traje gris. Las sucesivas secuencias de la escena recordaban a los lienzos de Max Ernst. Me había reconocido en el acto tras la tela metálica mugrienta de la celda reglamentaria. Y aquel cincuentón frágil parecía diminuto en medio de la escolta negra de las unidades especiales.

Mientras lo desnudaban en medio del pasillo, me aparté del marco de la puerta y me apoyé en la pared sucia de graffiti sórdidos. El yeso estaba tan raspado que quedaba la piedra al aire. Clavé la vista en el tabique que tenía delante, en los trazos torpes de un coito que pretendía resultar obsceno, siendo así que la auténtica obscenidad era la relación de fuerzas que padecía en ese momento el hombrecillo. Aquella vocecita agria venía de la década de 1980 en la calle de La Charbonniére. El restaurante estaba a pocos metros de la sede de la organización. Eran los años de ocupaciones de casas y talleres, de la lucha por la legalización de los trabajadores inmigrantes y los refugiados políticos turcos. En el distrito XVIII teníamos entonces ocupados varios edificios, burdeles de poca monta que se habían quedado vacíos unos meses antes tras algunas redadas de mucho alcance. Con frecuencia coincidíamos un montón en el restaurante con gran algazara. Nos metíamos con el dueño y él, con imperturbable sonrisa, nos servía una propina de cuscús.

—¡Ay!, señor Jean-Marc, uno hace el bien; se pasa la vida haciendo el bien y una mañana va uno y no se despierta. La pesadilla se ha merendado la vida de uno y el bien que ha hecho —mientras se volvía a vestir.

Cuando llegaba una familia sin previo aviso para que la realojáramos urgentemente, mientras un equipo de camaradas preparaba un piso la mandábamos a que les diese un cuscús. Siempre estaban todos hambrientos y un plato caliente, sentados a una mesa, era muy bien recibido tras varios días en los bancos del metro. En aquel restaurante siempre estaban listos para servir, de 10 de la mañana a 12 de la noche, la sémola y el caldo rojo. Y siempre sobraba un plato para los más pobres.

Las palabras del destierro tenían siempre el mismo regusto amargo y desesperado. Mi bisabuelo, un refugiado de las guerras carlistas iberas, tuvo que decirlas también

al soltar el hatillo en un pueblecito de Gers.

—Mi mujer y yo militábamos en Devrimci Kurtuluç en Estambul… Llegamos a Francia la semana pasada… Hemos conseguido salir de Turquía después del Golpe de Estado…

Con cara enflaquecida, afeitada, triste, el hombre hablaba deprisa. La mujer, con el pañuelo de la cabeza viene anudado, estrechaba contra sí a dos niños de corta edad. Bajaba los ojos y le parecía que otra vez estaba pidiendo limosna. El traductor abreviaba el flujo de palabras y lo dejaba solo en los títulos de los capítulos. Según los iba caldeando nuestro mundo de activistas, se iban enderezando. Transcurridos un día, una semana, un mes, siempre acababan por encontrar un amigo, un vecino o un camarada de su organización. Entonces se pasaban horas llorando y riendo, sin poder separar una cosa de otra.

El hombrecillo ya se había vuelto a poner el traje gris. Con frecuencia sacaba una silla y se acomodaba delante del escaparate para charlar con los carniceros argelinos de la calle Chartres, que asaban cabezas de cordero en la acera en parrillas viejas y remendadas. En aquella esquina de la calle estaban sus dominios. En cuanto un mendigo ponía un cartón, el hombrecillo se levantaba en el acto, abría corriendo la caja, sacaba una moneda y se acercaba para depositarla respetuosamente en el platillo de plástico. Tenía a gala ser el primero. Un día lo vi rociando dulces tunecinos para una bandada de jóvenes gitanos que pedían limosna descalzos en la acera de enfrente. Se nos cruzaron las miradas.

—¡Tanta miseria, señor Jean-Marc, tanta miseria!

Fuad Ali Saleh y otros militantes islámicos, que habían proporcionado apoyo logístico a los tremendos y mortíferos atentados de los años 1985 a 1987, también venía a comer al restaurante cuando andaban mal de dinero. También para ellos había un plato de cuscús. Pero cuando la represión pasó a depender de los tribunales especiales, esa limosna se convirtió en prueba de evidente connivencia.

—Me han condenado a diez años, señor Jean-Marc, a diez años de cárcel. ¿Se da cuenta?

Desde entonces, sobrevivía en una zona de incomunicación de la región parisina.

¿Qué habrá sido de él? Los gendarmes se lo llevaron, atado con una cadena.

—¡Dele recuerdos a su señora!

En verano, hay muchos menos «clientes» en la biblioteca. Los usuarios prefieren eternizarse en la hierba de los paseos. Cuando la abro, a media tarde, los rayos de sol rozan tímidamente las tres ventanas de la sala. Aún hace fresco por comparación con el resto del bunker de hormigón en donde, por falta de aire, la temperatura es sofocante. E igual que el calor, el rumor de la cárcel también cae lejos. José, sentado cómodamente en su sillón, paladea su Corsé Matin. Lleva la eterna gorra Adidas, ajada de aguantar tanto sol. En cuanto al resto, unos pantalones cortos, calcetines blancos muy estirados, tapándole las pantorrillas, y una camisa hawaiana con flores

azules monstruosas, que le está pequeña y tiene que abrocharse a medias, dejando al aire el vello del pecho. Día tras día, exhibe con obstinación esas pintas de veraneante al que ha arrojado aquí una ola.

Tiene tatuados en piernas y brazos los jaspeados de las cicatrices del fuego. Ni un retazo de piel se libró del furioso incendio. Era bombero desde los dieciséis años. Bombero voluntario, y luego cabo de los bomberos profesionales. Las últimas llamas, un atentado, le costaron un año de hospital y la jubilación anticipada. Le costó alejarse del ambiente del cuartelillo. La lucha contra el fuego era lo suyo y una entrega personal.

Todos los días busca una evasión en las noticias de «perros atropellados» en las carreteritas llenas de curvas de su tierra. Este tenue hilo lo mantiene vinculado aún a los pueblos encaramados en las crestas de Alta Rocca. Examina atentamente las fotos de entregas de premios y medallas, de elecciones de misses de esto y de lo otro o las hileras de mirones tras los atentados, es decir, todas las reuniones públicas usuales en Córcega. Intenta localizar a algún vecino, alguna ex novia, algún conocido.

—Anda, si parece el sobrino de Cicarési, de Aulléne. ¡A este lo saqué muy perjudicado de su coche cuando se cayó por el barranco en la comarcal 420!

Deja vagar el acento con deleite por el bosque bajo de las palabras. Todos los apellidos, los nombres de todos los pueblos tienen que recobrar la inflexión exacta. La sílaba tónica restalla, y el resto de la palabra baja con blandura hacia la orilla. Y cuanto más lejos queda la orilla, más se demora en una llanura rica en tonos sordos.

Siempre se detiene un buen rato en las esquelas.

—¡Ahí va! ¡Si se ha muerto la pobre señora Rossi!

Su voz sobresalta a Nono, que está a su lado abstraído en la lectura del catálogo de *La Redoute*. Baja el tono para volverse hacia mí y añadir:

—Tengo que darles el pésame a los hijos. Y luego sigue leyendo.

No dejo de mirarlo.

—¿Qué pasa? —pregunta, alzando la cabeza.

—Me pregunto cómo te las apañas.

Se ha dado cuenta en el acto de lo que voy a decir.

—No querrás que me pegue con la cabeza contra las paredes o que me pase la vida lamentándome de esta injusticia, ¿no? ¿Qué se puede hacer?

¡Veinte años de condena, de los cuales trece y medio sin posibilidad de reducción!

Y hoy en día, él, el inocente, sobrevive a su secreto en un penal. Vive con nosotros en la primera planta de la Sierra.

José es oriundo de Zonza, un pueblo del sur de Córcega, entre Porto Vecchio y Sarténe. Cuando lo licenciaron de las fuerzas paracaidistas, simpatizó con la causa nacionalista y pertenecía a los movimientos que, por libre, dan apoyo popular a las organizaciones corsas. Sin embargo, José no vivía en guerra, ni siquiera en guerra de liberación. Ni mucho menos. Llevaba una vida sencilla, de amistad y vacaciones perennes, en un pueblo en donde todo el mundo lo conocía y en donde conocía a todo

el mundo. Y así se le iba insensiblemente la juventud, cuesta abajo, entre las bromas a los turistas pinzutti y los días bien regados, con la manguera de incendios de día y con los amigos de noche, en la barra del bar.

Todo se fue al garete en otoño de 1992. El 20 de septiembre, para ser exactos, a las 5 de la mañana, el día del referéndum del tratado de Maastrich. Una patrulla de gendarmes se vio expuesta al fuego de un tirador solitario cuando estaba delante del ayuntamiento de Zonza. El agente Aufort, procedente de Charente, cayó mortalmente herido por una posta.

A esa hora, José andaba fanfarroneando en la barra de Cobalt, una discoteca del pueblecito de Lévie; pasó, pues, la noche a unos diez kilómetros de Zonza. Lo afirmaron más de veinte testigos durante la investigación. Intervino para apaciguar un amago de gresca entre un amigo y unos leñadores sardos borrachos. Estuvo divirtiéndose y bebiendo hasta que cerraron, a las 6. Amanecía cuando se metió en su Golf azul junto con su amigo de infancia, Jacques, y dos chicas, Babeth y Alexandra. La comarcal estaba desierta. Atravesó Alta Rocca cruzando por Sarténe y Solenza, en la costa oriental. Conducía sin decir nada. El pueblo de San Gavinou de Carbini dormía. Pasó por él sin reducir la marcha. Iba entrando el otoño, aunque seguía haciendo bueno. El aire fresco de la mañana despejaba las brumas del alcohol. Aún quedaban unos pocos kilómetros. Tras coronar el pequeño puerto, bajó hacia Zonza, entre un bosque de pinos de un verde intenso en la luz rasante de la madrugada. Las afiladas cimas de Balvella remachaban las postreras sombras de la noche como negros presagios. La iglesia se alza en el pitón rocoso y al pie de su campanario se agrupan los muros de piedra gris de las casas centenarias. El brillo de las tejas reluce en el alba azul. Hacía mucho que José no se fijaba ya en la belleza de aquel lugar. Tuvo que pasar por el ejército y por la cárcel para que se le despertase la nostalgia. En ese momento, solo pensaba en desayunar bollos de chocolate aún calientes. Pasó cerca de su casa y siguió, por las calles estrechas y oscuras, hacia el horno del panadero. Ni siquiera se fijó en el alboroto de policías en la plaza. Se enteró del tiroteo durante la mañana, cuando Jacques y dos gendarmes tuvieron unas palabras.

Todas las organizaciones nacionalistas negaban su implicación en los hechos. No podía, pues, tratarse sino de una vendetta personal contra los gendarmes. Todo el mundo se conoce en Zonza, aislada en la cima de la zona montañosa de la comarca. Y la gente, aunque a veces se calle, no miente nunca. En pocas horas, todo el pueblo lo sabía.

—Esto es algo que le van a endilgar a un inocente —dijo un viejo del lugar con premonición fruto de la experiencia de los abusos jurídicos del país.

La investigación fue dando vueltas infructuosas entre indagaciones en un sentido y en otro. Ninguna pista llegaba a nada. Los gendarmes, de paisano y de uniforme, tenían continuamente la expresión sombría de los peores días. La tensión subía a toda velocidad.

¿A quién se le ocurrió descartar la pista de una vendetta para empezar a investigar un ataque al alcalde, un auténtico Pepone con su clan de hombres de negocios chanchulleros? ¿Qué relación había? Salvo que el incidente había ocurrido frente al ayuntamiento, ninguno.

No obstante, merced a poderosas influencias, la investigación acabó por quedar en esa versión de los hechos. ¡Habían disparado contra los gendarmes para perjudicar al alcalde! El propio alcalde les dijo a los gendarmes: «Me parece alucinante que para causarme un daño directo alguien se cargue queriendo a un gendarme delante del ayuntamiento cuando resulta que cualquiera puede matarme cuando quiera y donde quiera».

Bien es verdad que la guerra contra ese alcalde, íntimamente unido al clan del «zorro plateado» de Porto Vecchio[13], era una cosa muy seria en Zonza. No pasaba mes en que no ocurriera alguna novedad. Los rumores mencionaban chanchullos inmobiliarios y planes de ocupación del suelo en la zona marítima del municipio o en las inmediaciones del estanque de Padulatta. La franja costera era un buen chollo para quien supiera sacarle provecho. En 1988, al cuñado del alcalde, que era además su esbirro, lo decapitó un atentado en el que le explotó la máquina perforadora. Contra el restaurante y el domicilio de Pepone hubo también varios atentados devastadores. La tercera explosión arrasó el ayuntamiento y el propio alcalde recibió una ráfaga de munición y a punto estuvo de no contarlo. Intentaron, luego, hacerle pagar un impuesto «clandestino» de dos millones de francos. Su yerno, arquitecto y constructor importante de la costa, se libró por poco de las iras vengadoras de las postas. También intentaron matar al secretario del ayuntamiento y hubo otro atentado contra el informador del grupo de concejales.

El día del asesinato del gendarme, un compañero suyo se atrevió a preguntarle a Pepone lo siguiente: «Se comentaba esta mañana que a lo mejor está usted ocultando algo relacionado con los ambientes del bandidaje y que se ha traído, para ayudarlo, a dos asesinos del continente que han llegado a Porto-Vecchio para echarle una mano en sus ajustes de cuentas…».

El alcalde tenía desde hacía años un Mercedes blindado. Y las cantidades que manejaba el clan eran cada día más considerables. No obstante, nada concreto vinculaba la muerte del gendarme Aufort con los chanchullos inmobiliarios. Pero limitarse a la lucha contra Pepone equivalía a señalar con el dedo a los jóvenes que se oponían al clan de los constructores. A partir de ese momento, ya estaba claro que la mano vengadora de la diosa ciega caería sobre ellos. Y cayó veinte días después. De madrugada, los Grupos de Intervención de la Gendarmería Nacional detuvieron a José en su casa. Que hubieran encontrado tan pronto un chivo expiatorio le venía muy bien al ayuntamiento, pues con tanto examinar los asuntos de Zonza la investigación se iba acercando peligrosamente a ciertos asuntos. El mendaz testimonio de un infeliz fantasioso llegó a pedir de boca. Acusaba, todos juntos y revueltos a cuatro o cinco jóvenes.

¿Quién habría podido dar crédito a semejantes sandeces a no ser una justicia resuelta a atemorizar al pueblo? A los tres primeros acusados solo los salvó la casualidad de que a la hora del tiroteo habían tenido un accidente en Bastía en el que había tenido que intervenir la policía municipal. También José tenía coartada. Los gendarmes intentaron probar que se trataba de un montaje. Presionaron al dueño de Cobalt. Detuvieron a Jacques acusándolo de complicidad. Se llevaron luego a Babeth y a Alexandra y las tuvieron incomunicadas varios días en la base de buceadores de combate de Aspreto, sede emblemática de la policía francesa.

José les preguntó a los gendarmes que vinieron del continente para interrogarlo:

—¿Por qué todo esto si saben que no he sido yo?

—Ya estamos hartos de que tú y tus coleguillas nos andéis jodiendo. Ahora las vas a pagar.

La verdad es que a los maderos les importaba un carajo quién se había cargado a su compañero. O, al menos, les habría parecido muy decepcionante que no hubiera sido alguno de esos corsos jóvenes y rebeldes. Ya no buscaban al culpable, se limitaban a utilizar el incidente en la lucha contra el movimiento corso. Encontraron la forma de ir contra Zonza en la persona de José, porque aquella localidad no se había implicado lo suficiente en la guerra fratricida entre bandos que asolaba la isla y, en lo referido al Estado, en 1992 el modelo represivo iba de capa caída.

—Dinos dónde están los depósitos de armas y te soltamos… Dinos quién lo hizo si no fuiste tú…

José no tiene el cromosoma del chivato. El sentido del honor es para él la cultura absoluta y tiránica del hombre justo. Que le propusieran ese canje lo indignó. «Pero ¿por quién me toman?». ¡Que alguien pudiera pensar que él era capaz de negociar su libertad a cambio de una denuncia le parecía intolerable! No cedió al padecimiento de las interminables horas a pie firme.

Dos días esposado con las manos a la espalda y encadenado a un bloque de cemento demasiado bajo. Le costaba no gritar.

Habría preferido morir en ese tormento, si hubiera durado varios días más; habría preferido incluso hablar durante una paliza antes que rehabilitarse acusando a olio. En resumidas cuentas, se sintió orgulloso de pasar por esta prueba. Es muy fácil andar siempre presumiendo de honra, pero no tener nunca que demostrarla. Él, al menos, ya sabía que no era un cabrón. Y esa comprobación no tiene precio para un hombre. En la sala anónima de una base secreta convertida, para aquel asunto, en gendarmería, dijo sin arrepentirse el «no» que lo mandaba veinte años a la cárcel.

Lo demás vino rodado. Los gendarmes fabricaron concienzudamente una red de presunciones y rumores. A la primera juez del caso, que manifestó serias dudas acerca de aquella pista, le negaron la competencia. La sustituyó un juez joven que acababa de llegar del continente y a quien le habían hecho un buen lavado de cerebro en lo tocante a la «mentalidad» de los corsos. Finalmente, el caso fue a parar a Lyon.

Teóricamente ese destierro debería haber aliviado las presiones, pero no hizo sino incrementarlas y el caso cayó de forma irremediable en las garras del clan.

Pese a todo, José se fiaba de la ideología de los abogados y de sus dotes teatrales para los juicios. Uno puede luchar contra el colonialismo pero seguir creyendo tozudamente en el caduco folclore de los tópicos populares y republicanos. En su celda de Ajaccio seguía convencido que prevalecería su inocencia. Trabajaba por entonces de asistente sanitario, que era una forma de que valiera para algo su formación de bombero y socorrista. Ya no sacaba los cuerpos descoyuntados de las carcasas de chapa, pero cosía a los desesperados y descolgaba a los ahorcados. Transcurrían los días, las semanas, los meses, los años; pero no pasaba nada pese al apoyo del pueblo y de todos los amigos de Alta Rocca.

No costó nada entrar en contacto con el «culpable». Lo que le había parecido imposible a la flor y nata de la gendarmería francesa no entrañó dificultad alguna. El hombre en cuestión y unos cuantos vecinos de Zonza firmaron un pacto tácito. Le daban hasta la fecha del juicio para prepararse una buena salida en el extranjero. Y él, por su parte, tenía que hacer cuanto estuviera en su mano para dejar sentada la inocencia del otro si lo condenaban. Yo ya había visto arreglos de esos; y condenados que pagaban por otro. En Lannemezan, había un preso que estaba cumpliendo la pena de veinte años que le correspondía a un traficante de droga importante de la costa, sospechoso de asesinato. Igual que pasaba con los reclutas en el siglo XIX, el rico compensaba generosamente al pobre para que se acusara. Incluso el juez sospechaba el pacto, pero así es el sistema, basta con decir «soy yo» y ya está. Incluso vi, en un caso de asesinato, cómo detenían al auténtico culpable por otro asunto; y el destino reunió al infeliz y a él en el penal y los forzó a verse a diario. El culpable salió de la cárcel mucho antes que el inocente. ¿Podía ser de otra forma? ¡Estuvo meses y años mandándole giros y tarjetas!

Condenaron a José a veinte años y a Jacques a quince. Se dictó sentencia, pero nada encajaba. Incluso la pena quedaba tan desafinada como una cazuela vieja. El fiscal, preclaro sindicalista de la casta de la toga roja, tenía sonrisa de circunstancias. Si José hubiera sido de verdad culpable, ¿cómo justificar que al autor de un atentado contra un gendarme lo condenasen solo a veinte años? Frente a la desmesura de las condenas de la década de 1990 quedaba ridículo.

¡Bastaba que un militante les disparase un «no» a las fuerzas del orden para que le echaran cadena perpetua! ¡Así que en un asesinato por la espalda…!

Aquello no se tenía de pie. Pero nadie, ni un magistrado, ni un periodista, se atrevió a manifestar la menor duda. «El crimen siempre cuenta con abogados, y la inocencia solo de vez en cuando», escribió Camus. Y José se quedó solo. El culpable resulta menos molesto que el inocente. En este caso, como en tantos otros, no fue un accidente, no intervino para nada la casualidad ni hubo culpa de uno o dos funcionarios. No, qué va. No fue sino la plasmación, sin más, de cómo funciona la represión y, por encima de ella, todo el sistema. Y «en un mundo feliz», este

testimonio molesta y ciega. Por eso los ardientes defensores de los inmortales principios de la justicia, los generosos dispensadores de lecciones y otros protestators de opereta apartaron la vista, agacharon la cabeza, coronada de descarados laureles y volvieron a perorar acerca de las comarcas remotas y salvajes en las que no se respeta el Código Civil ni la jurisprudencia vigente.

Mandaron a José al presidio de los tiempos postmodernos, a una cárcel de alta seguridad a 2000 kilómetros de Córcega. El culpable huyó y su promesa voló con él. Cierto es que tuvo valor para disparar contra los gendarmes, pero su palabra de hombre no valía gran cosa.

¿Y yo? ¿Soy inocente? ¡Desde luego que no! Empuñé las armas conscientemente, fiel a las ideas en cuya justicia, en cuya desmesurada justicia, creo. Todo lo demás no fueron sino simples peripecias. El Estado me hizo pagar el precio más elevado por ese compromiso revolucionario, igual que a todos mis camaradas, fuere cual fuere la acusación. Ya sabíamos a qué nos arriesgábamos. Y lo teníamos asumido. Y no nos sorprendieron las sentencias. Lo que sí me sorprendieron fueron las hipocresías jurídico-policiacas. Por supuesto que todo vale en la guerra antiterrorista y que las divisiones especiales disfrutaban de ese privilegio hasta extremos ridículos. ¡Ay!, si quienes doblan la rodilla ante el sistema pudieran darse cuenta de hasta qué punto les salpica ese ridículo cuando se atreven a hablarnos del derecho y de la ley, de todo cuanto aromatiza su congénita arrogancia, de todo aquello de lo que se jactan en su «narcisista juerga». Eyaculan una gilipollez que, penetrando en el óvulo del sentido común, de lo visto o leído en el señor Poivre d'Arvor, preña sus vidas de poca monta de certidumbres «democráticas». Los sumarios se fabricaban como piezas montadas de pastelería. Un pastelito aquí, otro pastelito allá y un poco de caramelo para que haga de cemento. Un dictamen pericial falso aquí, un precinto judicial amañado allá, y unos cuantos falsos testimonios… Esos testigos de la corona que se inventaban recurriendo a amenazas o a la necedad de algunos miserables.

Tenía ante mí al juez, entronizado, con un grueso sumario delante. La secretaria se afilaba las garras. La maquinaria ronroneaba. Estaba programada. No cabía sorpresa alguna. Las preguntas estaban ya escritas desde la víspera o desde esa misma mañana, antes de que yo llegase. Y con pulsar una sola tecla ya quedaba escrita mi invariable contestación: «Me niego a responder a la pregunta». El juez soltaba lo que le tocaba decir. Ni siquiera ponía ya tono interrogativo. Leía y no me miraba. La secretaria, ojo avizor, iba siguiendo en una copia. Llegado el momento y a intervalos regulares daba de lado la lima para dejar caer el dedo acreditado en el cubito gris del teclado: «Me niego a responder a la pregunta». En nuestros sumarios hay 2000 páginas de esas. Siempre iguales; diez líneas en las que el juez hace la pregunta y la contesta. Y después nuestro invariable «me niego a responder a la pregunta». Cuatro gendarmes de los cuerpos especiales me rodeaban. El juez les dio permiso para sentarse. Había otros tantos en el pasillo. La tarde iba avanzando así, con rutina de

tarea burocrática. En los tejados de cinc del Palacio de Justicia se reflejaba la postración de las nubes. Suspiré y el juez dijo:

—¡Me hago cargo, pero tenemos que terminar este mes! —Lo decía como si dijera cómete la sopa porque si no, no crecerás. Venga, otra cucharada por mamá. ¡Ya queda menos! Y me tenía reservada una cucharada de papel debidamente legalizado.

El jefe del cuerpo antiterrorista entró con su ayudante y una pareja de inspectores recién llegados al cuerpo. Dio la vuelta al escritorio y le dijo algo al oído al juez. Me lanzaba de reojo miradas de Maquiavelo de chicha y nabo.

—Pasemos a otra cosa. ¡Comisario, que entre el testigo!

Un hombre de unos sesenta años, con la gorra en la mano, dio un paso o dos en la sala y exclamó:

—¡Es él! ¡Es él! ¡Lo reconozco perfectamente, mide 1,69!

¿Tenía dotes visuales de agrimensor para calcularme la estatura mientras estaba sentado?

—¡Es él!

—Me doy por enterado. Pero empecemos por el principio.

El juez iba a montar la escenificación jurídica del falso testimonio. Todo el mundo sabía en la mesa de qué iba aquello, la policía, el juez, la secretaria, los gendarmes… Ni uno frunció el ceño al ver tamaña prevaricación. Nadie dijo: ¡No, la justicia no es esto! Los estaba observando. Los gendarmes seguían imperturbables en su papel de perros guardianes. El juez se afanaba en hacer creíbles las vituperaciones de aquel miserable. La policía me sonreía y me guiñaba un ojo, como quien acaba de gastar una broma estupenda.

Luego, durante los juicios, las secretarias de la prefectura de policía que perpetran las crónicas de sucesos recogieron la antorcha para dar veracidad mediática al testigo de cargo de la acusación. Todo funcionaba divinamente. Ni un rodamiento se trababa. La espléndida maquinaria zumbaba bajo los artesonados encerados. Todo el mundo cumplía con su cometido a la perfección.

Ninguno de los amaños del sumario me convierte en culpable; pero tampoco en inocente. En última instancia, me importan un carajo los melindres judiciales. No tienen nada que ver conmigo. No dejan de ser un diálogo tonto de la sociedad o, más bien, el monólogo del poder dominante, el sermón de la antiquísima Propaganda en la barandilla de la sala del juicio.

Desde mi escritorio de la biblioteca puedo divisar la silueta levemente fondona de Jean-Louis. Espera junto a la puerta azul la hora de entrar de turno en la cocina. Nadie lo creía culpable, ni siquiera el juez de instrucción que lo dejó libre tras unos meses de detención. Lo sorprendió que lo citase el tribunal de lo criminal. Le pidió tres días de permiso a su jefe y se presentó para que lo encarcelasen doce horas antes del inicio de la audiencia. La sentencia cayó como la cuchilla de la guillotina: cadena perpetua.

A la administración le horrorizan los inocentes. Los aborrece; y le acobardan también por temor a que llamen la atención y que ello repercuta en la propia cárcel y sus secretos de trágico alambique. Cuanto más ignominiosa sea la condena más necesidad habrá de sofocar el escándalo. Así fue como acabó Jean-Louis en este penal. ¡Y eso que el fiscal pensaba que no daba el perfil para ir a la cárcel! Pocos meses después de llegar, la secretaría del tribunal, que no se anda con chiquitas en lo referente a intentos mal intencionados, intentó que firmase un papel en el que, tras la cadena perpetua, habían añadido a mano: más una condena de dieciocho años sin posibilidad de reducción. Tuvo que pelear dos años y amenazar con recurrir al tribunal europeo para que le reconocieran sus «derechos».

Mientras se desgasta en esas peleas pequeñas, descuida su forma esencial de ser. Da una cornada a la derecha, y otra a la izquierda, pero, sin saberlo, lo van llevando hacia el picador. La garrocha le cercenará los músculos aunque mantenga la cabeza alta. Cuando pase un año, dos quizá, tres si es muy resistente, conseguirán que al final acepte lo inaceptable y lo convertirán en un preso que calcula las posibilidades de indulto y espera una quimérica conmutación de pena.

Un inocente es un leproso. Hay que conjurarlo y desinfectarlo. Es un animal herido. Y bien que les gustaría rematarlo. Zapearlo de su horizonte de rejas. Echan de menos la guillotina, tan de toda la vida. Con «la viuda» se acababan los problemas. Descorchabas al individuo y se acabó. El buen hombre iba a parar enseguida al anonimato de la fosa común. Con dos paletadas de tierra encima de la tripa, no hay quien diferencie a los culpables de los inocentes. Desde principios de verano, estoy ayudando a Hafidh a preparar los papeles para pedir la libertad condicional. Algunas tardes me espera delante de la puerta de la biblioteca con el carpetón debajo del brazo. Les escribo cinco o seis cartas a empleadores, a la JAP, a las asociaciones de reinserción, a los servicios sociales. Pero nunca le contesta nadie.

He leído el sumario del Tribunal de lo Criminal. Hafidh es el prototipo del proletario encarcelado solo por ser árabe. Todo se queda en la caricatura trágica de una ficción racista: Hafidh y los *Dupont Lajoie*[14]. Cuarenta años; trabajaba desde la adolescencia como camionero, guarda de almacén, repartidor… Ningún problema nunca. Nada. Solo la vida cotidiana en una ciudad pequeña del Suroeste.

Una noche de verano, dos de sus hermanos pequeños le compraron una barrita de hachís al camello del barrio que no se cortaba en tener el puesto delante del Café des Sports con la anuencia de los maderos de la ciudad.

¡Inútil preguntarse a cambio de qué servicios ocultos! Los dos hermanos no son unos delincuentes. Se fuman un porro de vez en cuando, como tantos chavales. Nada más.

Pero esa noche no les pareció bien la mercancía y pidieron que les devolvieran el dinero. De ahí se derivó una acalorada riña; luego, llegaron a las manos.

El maleante de poca monta se venga quemándole el coche a uno. Hubo después otro altercado. La ciudad es pequeña y es fácil encontrarse. El asunto se va poniendo

feo. Como cabeza de familia, tras la muerte del padre, Hafidh va a la comisaría para avisar a los polis de las reiteradas agresiones. Un madero joven lo recibe y le deja bien claro que no pueden meterse con el maleante en cuestión. Unos días después, Hafidh vuelve a la comisaría para avisar de que ese granuja de poca monta va presumiendo de que está armado y anda preparando un tiro al blanco con los moros. La policía vuelve a negarse a intervenir.

Un día, a media tarde, Hafidh y Maddi circulan en coche por una carreterita de las afueras de la ciudad. Van a una fiesta familiar. Nada más meterse por el camino que lleva a casa de su hermana, los obliga a detenerse otro coche atravesado. Un disparo. Explota el parabrisas. Otro, que hiere a Hafidh en el hombro. El tirador, emboscado tras un árbol, vuelve a cargar. Maddi entonces de un brinco agarra un fusil que llevaba por si acaso en la trasera del coche. Lo carga y dispara. Dos veces. Hafidh sale trabajosamente del coche; está gravemente herido. Se dirige tambaleándose al vehículo que impide el paso. Hay una mujer al volante. Intenta arrancar para huir. Hafidh da unas cuantas patadas en la puerta y agarra a la joven para impedirle que se largue.

Algo más allá, otro tiro, que alcanza al maleante.

Hafidh, que va perdiendo fuerzas, se sienta para esperar que lleguen los socorros y la policía. La familia ya ha dado aviso.

Meten en la cárcel a Hafidh y a sus dos hermanos pese a la evidencia de los hechos. Pero la cosa no se queda ahí, pues las desgracias nunca vienen solas. Incluso en caso de legítima defensa, cuando se contraría a la PJ se paga caro. Una noche, hartos de que no pare de decir que es inocente, se cargan a Maddi en la nevera. Le dan una paliza de muerte y disfrazan el crimen de suicidio. Todo el mundo sabe la verdad en la cárcel. Todo el mundo la sabe en la calle.

En estos tiempos que corren, no costó nada encontrar un juzgado que condenase a Hafidh a diez años por «violencia» contra la cómplice del agresor y daños al vehículo cruzado en el camino. ¡Diez años! Y a Sherif le caen siete. Ni siquiera en una emboscada puede un Hafidh cualquiera agarrar del brazo a una Aurora de piel blanca. ¡Está claro que para un juez de finales del siglo XX algo así es un crimen imperdonable!

¡Diez años! Y envían a Hafidh a cumplir la pena en una cárcel de alta seguridad. ¿Por qué? ¿Existe riesgo de que se escape? No, ni mucho menos; ahora le están pasando sencillamente la factura por pedir que se aclare la muerte de Maddi. Desde hace unas cuantas semanas, los servicios sociales y la secretaría del juzgado lo tiene sometido a una presión tremenda para que acepte canjear la libertad condicional por el compromiso de no intentar en absoluto volver a abrir el sumario de la muerte «poco clara» de su hermano…

Jean-Louis, Hafidh, José… bailan sobre las brasas de la inocencia. Ese vals mudo va aparejado al abandono.

¿Tendrán acaso los tribunales, igual que sucede con los regimientos de paracaidistas, una cuota de pérdidas? ¿Un tope del 5 % de errores jurídicos reglamentarios? ¿Y los inocentes se limitarán a formar parte de esta franja de imponderables? Pero en los crímenes de la justicia se pierde algo más que la libertad, algo más que la ilusión, algo más que la razón a veces. Se queda uno sin nada, cae en una sima. ¡Missing! ¡Desaparecidos!

¿Y tú quién eres para creerte inocente? ¿Quién eres para poner en entredicho el santo evangelio del juez? ¿Cuál es tu pecado oculto, tu vicio, tu abominación? En cuestiones de derecho no hay cabezas de turco, solo hay el reconocimiento de tu condición de miserable lombriz. *Miserere mei*, Domine.

Incluso aunque el amo se dignare fijarse en tu mísero destino, si hallare pureza bajo la inmundicia. No podrías ni negarte a besarle los pies. Le chuparías todos los dedos susurrando una melopea de gratitud. Y darías vueltas a la noria al compás de su música hasta que te concediera el perdón. Y le declararías tu amor en todos y cada uno de los peldaños que subieran de la *gehena* hacia la luz. ¿Ves? En el fondo, eres culpable. Un ingenuo mancillado de barro, un crédulo que va de claque otra vez y sirve al verdugo cuando se aviene a desempeñar el papel de la inocencia reconocida. Por un justo que resucite desde el abismo, más de cien caerán más bajo aún.

¡Que este mes de Agosto no acabe nunca!

Esta mañana del primero de agosto del año 2000 hace bueno. Hace apenas unas semanas que han desaparecido las últimas extensiones nevadas de las cumbres más próximas. Solo el vuelo pausado de un milano negro altera por un momento la uniformidad del azul del cielo.

He extendido en el césped inculto que bordea el campo de fútbol una toalla de baño y me tuesto apaciblemente encima de un parterre de tomillo silvestre.

—¡El tomillo le da muy buen sabor al asado de vaca vieja!

Ricou está junto a mí, no menos dispuesto a esta actividad de insolación programada.

Al incorporarme, apoyado en los codos, me doy cuenta de que hay más gente de la habitual. Por la mañana nunca somos más de cinco o seis. Hoy hay grupos de presos apiñados en torno a partidas de petanca y charlas que la brisa tibia nos brinda como si fuera el murmullo del patio de una escuela.

—¿Qué pasa? ¿Por qué hay tantos tíos hoy?

—¡Están de vacaciones!

Y vuelvo a tenderme de espaldas.

—Yo, si pudiera coger vacaciones, seguro que no las pasaba en este puto penal.

Ricou es un muchacho alto y esbelto que muestra aún los estigmas de la hepatitis C. Anda contoneándose. Cuarenta tacos, veinte de ellos en la cárcel. La cárcel no le ha quitado esos mohines de chiquillo rebelde que debía de tener al llegar. La cárcel inmisericorde llega de esta forma a los muchachos que caen cuando son aún demasiado jóvenes el testimonio de su juventud perdida. Las múltiples cicatrices de los brazos rivalizan con los jaspeados azules de tatuajes torpes.

—¡Tú también vas disfrazado de puerta de cagadero! Se limita a encogerse de hombros, sin contestar.

Hijo de la emigración italiana en Lorena, aterrizó en el distrito XIV, cerca de la Porte de Vanves. En este barrio que conozco bien, entre la plaza de Alésia, al este, y las vías del ferrocarril que salen de la estación de Montparnasse, al oeste. Plaisance, calle Vercingétorix, calle de Les Plantes… En cuanto me hablan de una zona de París, me tararean en la cabeza los nombres, igual que una música antigua. Eran los tiempos en que me llamaban Pepe y no le temía a nada.

Ricou creció en ese barrio después de 1968, entré okupas, manifestaciones, tiros y los primeros porros. Al principio, fue maoísta y, luego, autónomo. «Toto», como los llamábamos en 1977, en los años de la *autonomía opéraia* y los amplios levantamientos metropolitanos. Escogió el bando forajido luchando en contra de las inmobiliarias que destrozaban ese barrio antiguo de París. Se metió una 9 mm en el cinturón una tarde, cerca de la fuente de la calle de Le Château. Era su *maipiü senza*

fucile[15] personal. Luego todo vino rodado o, mejor dicho, todo descarriló. No es fácil convertirse en justiciero improvisado. Unos cuantos disparos después, su carrera concluyó en septiembre de 1980 en el aparcamiento de la estación de Brive.

¡Veinte años!

El 28 de agosto, la Comisión de Aplicación de Penas examina su expediente de libertad condicional. Todos los años, desde que concluyó el período de prisión incondicional, se pasa semanas y meses esperando. Esperó en el penal de Châteauroux y, luego, en la cárcel de Toul; y ahora espera aquí. Ha tenido que ir cinco veces a firmar las denegaciones. Según iba hacia la secretaría, aún se hacía ilusiones: «¡Ahora sí!».

Cuando pasaba ante las rejas de la planta baja, había tíos que le hacían una seña amistosa. Le latía tan fuerte el corazón que le parecía que se le iba a salir del pecho. Respiraba deprisa, como si faltase el aire. Le entraba vértigo por el pasillo oscuro que apenas si iluminaban las hileras de cuadrados de cristal esmerilado y los tubos de neón polvorientos. Aquel travelling le apiolaba el alma y también aquel puto neón que le lanzaba un SOS a lo lejos, pasado el último control. Se liaba con las cuentas: 11 de septiembre de 1998, quince más nueve, más nueve. «Los nueves se anulan». «Seis». «¿Los seis valen?». Desgranaba números; otros apretaban en la mano, dentro del bolsillo, los amuletos de otro mundo, de otra vida.

El chico italiano besaba la alianza, como hacen algunos futbolistas después de meter un gol. Otros más llevaban camisas con «hechicerías» de brujos. Y, según iban por el pasillo, repetían mentalmente la fórmula mágica que su mujer o su madre les había bordado en el cuello.

Con febril entumecimiento, conseguía apenas coger el papel oficial que el empleado le alargaba con voz desagradable:

«Libertad condicional denegada. ¡Firme aquí!».

Le daba en la cara la bofetada de un jarro de agua fría. Le tocaba aguantar un año más y volvía a la condición de preso con más odio y más desesperación aún.

Llevo seis años encerrado en el pabellón B y nunca vi a nadie volver encendido con el aroma indecible de la libertad cercana. Muchos son los que aspiran a ella, pero nunca hay elegidos. De los seis presos con cadena perpetua de la Sierra, yo era el único que no era «liberable». Los demás apostaban y volvían a apostar todos los años, y perdían. Era una lotería amañada. Los crupiers habían dejado de respetar las reglas en las que se basaba el casino.

Echado en la toalla, Ricou había vuelto la cara hacia el cielo.

—El 28 de agosto revisan mi expediente. Dos más ocho, más otras ocho, más dos… igual a dos. ¿El dos te parece buena señal?

—El 30 es mi cumpleaños y por muchos números que haga me siguen saliendo cuarenta y ocho. ¡Cuarenta y ocho tacos!

Sudo al sol, tendido en la isla de florecillas azules que traza el serpol.

Como siempre a finales de mes, de preferencia los lunes por la tarde, la comisión se reúne para tomar café y, oficialmente, para estudiar los sumarios. Llega el director, impecablemente trajeado y con arrogante desparpajo de «amo de casa». Respetando el intervalo reglamentario, viene el jefe de vigilancia, luciendo el oro del ascenso y su pinta de gallina que picotea. Hinca la larga nariz, dos veces a la derecha, una a la izquierda, levanta una pata, dos picotazos a la derecha, uno a la izquierda.

Aparece el fiscal, con Clotilde, la juez joven que tiene a su cargo la aplicación de las penas. El humor de ambos depende de cómo estuviera el tráfico en la autopista en las dos horas anteriores y del menú de la cantina. Y, a la cola, se apresuran las educadoras cargadas con los sumarios.

—¿Todo eso?

—Tranquilo, señor fiscal, que enseguida lo liquidamos… ¡conseguida!

Y, efectivamente, lo liquidan enseguida. No bien han abierto un expediente, ya lo están cerrando. A este le falta un certificado, una investigación policial, un dictamen psiquiátrico, siempre falta algo, igual que en la ventanilla de la seguridad social. Este otro es de una limpieza sospechosa:

—Fíjense en todas estas hojas de paga. ¡No me parece muy católico este asunto!

—Señoría, dice que ya trabajaba fuera.

—Bueno, bueno, ya veremos más adelante; aplazado para dentro de… de… dos meses.

Y los expedientes se van apilando detrás de las educadoras. Ante ellas ya solo quedan dos o tres, los más gruesos, los más antiguos, los más graves. Las tapas, amarillentas y sucias, permiten intuir el paso de los años y los numerosos traslados. En algunas carpetas todavía puede verse la marca infamante del cuadro rojo de gran tamaño: qhs (Quartier Haute Sécurité).

—Este es de un preso político, señor fiscal.

—Terrorista, mi querida señora, terrorista.

—Lo siento, señor fiscal. Tenemos que tomar en cuenta el expediente de este terrorista para cumplir con la nota ministerial que dispone que se examinen los casos de los presos que han cumplido ya más de quince años de condena y no han cometido «delitos de sangre».

—Con o sin nota ministerial, quiero recordarles que soy del todo independiente.

El director aprovecha el silencio consecutivo a esta profesión de fe para dejar caer:

—El ministerio de Asuntos Exteriores ha recurrido a mí para que lo tenga informado de los progresos del expediente. A las autoridades norteamericanas les preocuparía mucho una eventual libertad condicional…

—¿Y qué pintan en esto los americanos?

—Señor fiscal, el gobierno de Washington es parte civil en el caso.

—¡Anda! Pues se está poniendo el asunto demasiado complicado para mí.

¿Se ha recibido ya un resumen de los RG (Renseignements généraux)? El director le alarga un fax.

—¡Qué barbaridad, qué barbaridad! —al fiscal le va cambiando la cara según lee y topa con diversos documentos—. ¡Mi colega pidió diez años y ya han pasado dieciséis y este hombre sigue en la cárcel! ¿Y qué dice el ministerio? Con un sumario así, tengo que tener cubiertas las espaldas. ¡Pero, coño, esto es inaudito! Y perdonen la vehemencia…

—Señor fiscal, cuando toqué este tema en París me dijeron que contaban con la independencia de la juez y con la suya propia.

—Pues en un caso como este, necesito órdenes expresas. Si me dicen: «sea usted independiente y tramite el expediente», lo tramito. Pero si solo me dicen: «sea independiente», no muevo un dedo. Es normal, ¿no? Y si el Ibrahim cómo se llame este protesta, pues le dicen que se vaya con la música a otra parte. Igual se encuentra con un juez y un fiscal que tengan una lógica diferente, ¿no?

—Tiene usted razón, señor fiscal. Porque además le diré que mi cuñado, que ha vuelto hace poco de Oriente Medio, me cuenta que la situación todavía no se ha pacificado, ni mucho menos…

Y el director se constituye en improvisado experto en relaciones internacionales. Tenía empollado el tema. El fin de semana anterior su cuñado les había estado enseñando las diapositivas de sus vacaciones en Eilat.

El guía hizo por la megafonía del autocar las recomendaciones usuales en varias lenguas. El vehículo con aire acondicionado iba siguiendo las altas alambradas que encerraban un pueblo palestino perdido en un paisaje lunar de guijarros achicharrados de sol.

—Desconfíen sobre todo de los niños entre siete y trece años; son terroristas; unos auténticos animalillos salvajes. No le tienen miedo a nada.

Ahora los turistas miraban atentamente las casitas blancas que, de repente, tenían una apariencia hostil. Las calles estaban vacías. La sombra oscura de una mujer cargada de paquetes iba pegada a las paredes impecablemente encaladas. Un escalofrío recorrió el autocar, desde los asientos de delante a los de atrás, cuando los ocupantes vieron, tan cerca de la valla electrificada, a un niño, Momo, con sus dos hermanas, Leyla e Himen. Volvían de la escuela. Un libro para tres, una comida para tres, una casa para doce.

—Pero ¿por qué no les prohiben que se arrimen tanto a la cerca? —se preguntaba la señora Schlimer, que era una bondadosa señora alsaciana con mucho sentido práctico.

—Aquí estamos venga a charlar y se nos va el tiempo. ¿Qué nos queda por ver?

—Un expediente nada más; el de… esto… el de Eric Muratto. Debo decir que este también es izquierdista a tope y toda la pesca.

El jefe de seguridad asiente clavando mucho el pico y picoteando nervioso.

—¡Este por lo menos es francés! ¿Está completo el expediente? —pregunta el fiscal, que tiene prisa por acabar de una vez.

—Con todo el tiempo que lleva ya… —musita la juez, con impaciencia no menor.

—Pues ya que solo queda ese, va a ser el feliz seleccionado. Señoría, tenga la bondad de tramitar este expediente y enviarlo a la comisión comarcal.

Y así es cómo podría doblar el cabo el expediente de Ricou, emulando el perdón de Barrabás. Si no es uno, tendrá que ser el otro. ¿Y quién se iba a quejar?

¿Hay acaso justicia en estas siniestras farsas jurídico-administrativas?

—El 32 de agosto me harán firmar la tramitación del expediente, favorablemente informado, ante la comisión de la dirección comarcal.

Ricou es aún capaz de tomarse a broma tantas hipotéticas posibilidades. Y yo añado:

—Y lo estudian el 44 de agosto, a las l6hl8 en punto.

El 44 de agosto sigue haciendo bueno en Toulouse. El sol baña el barrio burocrático, corre por los ladrillos del Arsenal, retumba en el barrio de Le Basacle y los tejados de la manufactura de tabaco vieja. Si el funcionario encorbatado sentado ante su mesa alzase los ojos vería la copa de los castaños de la avenida de Armand-Duportal y la piedra oscura de las antiguas fortificaciones.

También el verano de 1970 quisimos que no se acabara nunca, entre manis y tiros, entre explosión y explosión, entre incendios y barricadas. Un día, a media tarde, subimos a una de las torres redondas. A pocos metros, cuatro o cinco autocares grises de CRS**[16]**, en fila india, esperaban con impaciencia otra velada de palos. Se preveían enfrentamientos al acabar la tarde, como siempre desde hacía varias semanas. Nos habíamos llevado dos cajones de cócteles Molotov. Dos cajas de fruta viejas, de madera, de quince litros cada una. En cada escalón, el leve tintineo del cristal al chocar nos preocupaba. El mínimo ruido podía traicionarnos. Oíamos claramente cómo charlaban los maderos, los transistores gangosos, las risas y los comentarios de las partidas de cartas… Casi ni respirábamos. Ahora los teníamos precisamente debajo.

Estábamos ya acostumbrados a emboscadas como esta. Pocos días antes, cerca de aquí, en la calle de Valade, habíamos hecho bailar de lo lindó a unos treinta maderos. Pegaban botes bajo la ola de fuego. Las sombras negras se revolvían de forma anárquica al resplandor anaranjado de la gasolina incandescente. Los gritos de sorpresa, de miedo y de dolor nos inflamaban los corazones. Acabábamos de salir de la adolescencia, éramos unos niños que jugaban con cerillas y estos triunfos sobre las negras cohortes del orden las vivíamos como ritos de iniciación guerrera. ¡De la misma forma que hace poco en mi tierra nos echábamos al ruedo!

Bietan Jarrai en vasco: las dos vías, la serpiente y el hacha. ¡Por la astucia o por la fuerza! No me gustaba que diez colegas se encarnizasen con un madero caído, como había pasado a principios de verano, una tarde en la calle de Les Lois. Nunca

me gustaron las jaurías, con o sin uniforme. El madero ensangrentado lloraba. Suplicaba y acabó por tender los brazos llamando a su madre. Y los golpes no paraban. En cuanto se cansaba un grupo, entraba otro en danza.

En la torre, estábamos ya montando los cócteles con bolsitas de papel higiénico rellenas de clorato con azúcar, que pegábamos a las botellas con papel celo. En cuanto se rompía la botella, la pequeña cantidad de ácido que flotaba encima de la gasolina provocaba la combustión por reacción química con el clorato. Había poco sitio. Colocábamos las botellas en fila a lo largo del murete. Ya no oíamos más que nuestro resuello que retumbaba en el hueco oscuro de la escalera de caracol. En el preciso instante en que el Enric se enderezó para arrojar los dos primeros artefactos, tropezó violentamente con el codo en una barra metálica que estaba fija en la pared vieja de piedra. Soltó una de las botellas que cayó entre ambos y se rompió. Hubo un instante, medio segundo, de infinito silencio. El cielo se puso de un azul hipnótico. Y la torre se inflamó.

El viento de la explosión nos salvó la vida al lanzarnos escaleras abajo. Rodamos hasta la puerta de salida. La conflagración corrió como un chorro de lava y otra explosión nos pasó por encima de los cuerpos embrollados y voló la puerta. Aquel día, la muerte no nos quiso. Con quemaduras más o menos graves, corrimos, en un sálvese quien pueda, por el césped, entre los edificios del barrio burocrático hacia el santuario de la ciudad universitaria. Detrás de nosotros, oímos el sordo estruendo del fuego. A Enric, que iba delante, todavía le ardían los bajos de los vaqueros. De la larga y enredada melena pelirroja no le quedaba ya más que una calamidad totalmente achicharrada. Jeannot era el más tocado, pero corría tanto como nosotros. Estuvo varias semanas con gigantescos vendajes en las orejas y con las manos metidas en manoplas de gasa. Unos días después, tenía la cara del mismo color de rosa de los caramelos Malabar de nuestra infancia.

Cuando nos dejamos caer en la hierba fresca que había detrás de la cafetería, Jeannot cuchicheó en gascón:

—*Auei qu'avem devisat dus mots dab la morí!*[17]

En este mes de agosto de 2000, treinta años después, el color naranja de la explosión me ha vuelto a la memoria cuando a cuatro jóvenes vascos los pulverizó su propia bomba en un bulevar de las afueras de Bilbao.

El 44, a las l6hl8, el señor Darbo, responsable de la aplicación de penas en la dirección comarcal de la Administración Penitenciaria está en mangas de camisa, pero con el nudo de la corbata muy bien hecho. Dentro del orden sectario de la Administración Penitenciaria, la corbata es el estandarte de casta de quienes mandan en la vida y en la muerte. ¿Se la quitará de noche? ¿O dormirá con el pijama bien cerrado en el cuello, hasta el botón de arriba, para no quedarse sin la indecible sensación de esa venenosa prestancia? Ojo, que su pluma es tan temible como la más funesta tarántula tropical. Y la tinta es veneno. La señal del mordisco es siempre

idéntica, traza un «denegado» en azul oscuro. Notaba dentro de él esa fuerza. ¡Era un predador! Con la corbata apenas aflojada pese al calor. Teme que con una holgura excesiva le chorreen hasta los zapatos los pocos sesos que le quedan.

El señor Darbo ha sabido compaginar su pasión por el juego y las carreras de caballos con sus nuevas responsabilidades. Hoy tiene por delante seis expedientes. Así que hace seis estupendas pajaritas de papel cada una de las cuales lleva el nombre de un «liberable». La pajarita Muratto es la segunda a partir del borde del escritorio. La corriente de aire la estremece. Una carrera de cincuenta centímetros y a lo mejor acaba la pesadilla carcelaria de Ricou.

¡Cincuenta centímetros de nada! Darbo alza la regla de madera. Ya está dada la salida. Oye con la imaginación el tumulto de las tribunas de la Cépiére. La pajarita de Muratto da un brinco desafortunado y se empantana. Un tal Abdelaker Rais se coloca en cabeza. La pajarita corre como un pura sangre árabe. La sigue de cerca un infeliz: Le Dantec. ¡Las dos pajaritas luchan por ganar! Darbo imagina los fustazos, la espuma en los costados febriles. Las voces histéricas de los turistas cercanos. La megafonía: «pegado al interior de la pista, Rais sigue en cabeza; Le Dantec va por el exterior; Muratto con un gran *handicap* se ha quedado atrás…».

Rais va a ganar por fin en su octava solicitud. ¡Diez centímetros más! ¡Diez centímetros! Y volverá a ver su tierra, allá por Beni Abas. Las palmeras datileras tan altas, la sombra fresca del oasis, las acequias que riegan los jardincillos perfumados tras las cercas de palmas secas trenzadas. La retirada de la arena después de las tormentas le agrietaba las manos de pequeño. Había que subir la arena en cestos, más allá de la cresta. Cientos de trayectos de ida y vuelta penosísimos bajo el sol. Y ahora lo echa de menos.

Le Dantec ya no espera nada, se va a morir; dentro de seis meses, dentro de un año… Y no lo espera nadie. Noticias de fallecimientos han ido marcando el compás a su estancia en la cárcel: su padre, al principio del todo; después, su madre; al final, sus dos hermanos. Ya solo faltaba él a la hora de pasar lista; y ya está a punto de presentarse. Se quedó sin casa. Nada; incluso la sepultura familiar está llena. Lo atemorizaba morir en un hospital; soñaba con una cama, en una casa. Quería tenerle cogida la mano a alguien cuando notase la friura espantosa de esa guadaña.

Los muros de piedra de la torre vieja, en que se ven aún los rastros negros del incendio antiguo, suspiran. Las frondas de los álamos que se alzan ante el edificio tiemblan con ese aliento rebelde. Los visillos de tergal, amarillos de humo de tabaco, se estremecen. La pajarita de Muratto toma impulso. Avanza con vuelo regular, se desliza como nos deslizábamos nosotros los sábados por la pista de patinaje. Y, al llegar al filo de la mesa, gana por una cabeza a sus «contrincantes». Cae al vacío, dejando atrás el escritorio.

Darbo saca la pluma y pone de favorito a Muratto. Y de outsiders a Rais y a Le Dantec. El hermoso oasis tendrá que esperar un año más. Y el pobre Le Dantec se

morirá en un hospital, con los grilletes en los tobillos, ante la mirada tenebrosa de dos maderos que estarán esperando que palme para irse a su casa.

51 de agosto. El expediente de Ricou sale rumbo a la plaza Vendóme.

¡Ay, el ministerio! Me cuesta imaginarme la alquimia de ese palacio de la República con los cardenales de ternocasulla y las señoras de estricto traje sastre. Todo ello embebido de astucia y chanchullo, apetito voraz, desprecio y, ante todo, de perfume caro, muy caro. Y, sin embargo, apesta siempre a un hedor agrio muy parecido a los meados de gato. Apesta a antiguo régimen tras la nueva fachada posmoderna. Habría que ser un escritor ruso que hubiera conocido el San Petersburgo zarista y su biótopo entre el campo de concentración y la burocracia para poder describir la pestilencial decadencia funcionarial, la arrogancia insípida del acto juzgado, del reglamento interno, del orden jerárquico, de las reverencias por cuestiones de preeminencia y de la gilipollez más distinguida con las bendiciones del Tribunal de Casación.

El expediente de Ricou recorre los laberintos del oscurantismo administrativo. De despachazo a despachito, la épica grotesca y la ridiculez magistral alcanzan el frágil instante del equilibrio seráfico. Es una comedia sublime. Los actores se responden con gran seguridad, con voz potente y ademanes atinados. ¡Qué hermosura! Al acabar la jornada laboral, los funcionarios deberían ponerse en fila en la acera de la gran plaza cuadrada. Cogidos de la mano para recibir los aplausos. Y la ministra Guigou daba un paso al frente:

—La obra que acabamos de tener el gusto de interpretar ante ustedes es de… Ya habrán reconocido al señor Cabrónez que interpreta al verdugo… y a la señorita Gáfez que borda el papel de la individualización de las penas…

Pero no, en vez de eso, en cuanto cae el telón se meten en los BMW y arrancan rumbo de sus espléndidos pisos de la zona este de París.

Me tuesto al sol de esta mañana de agosto. Quizá por eso vuelven a aflorar los incendios de mi pasado. ¡Ay… la calle de Férus! La oficina de la aplicación de las penas, entre la cárcel de La Santé y el hospital psiquiátrico de Sainte-Anne. Por aquí tendrá que pasar Ricou seguramente en esta existencia suya de papel con los pertinentes sellos y compulsas de las diversas Comisiones de Aplicación de Penas. En lo que a mí se refiere, solo estuve allí una vez. En carne y hueso. Una noche de agosto de 1981, a eso de las nueve; fui con una «comisión espontánea» de ex presos políticos recién amnistiados y jóvenes militantes anarquistas y comunistas. Una reducida delegación abrió con fractura la puerta del cuarto piso del edificio, que lindaba con la parte trasera del hotel PLM Saint-Jacques. Cuarenta litros de gasolina. El anexo del ministerio de Justicia ardió sin aplazamiento de condena.

Ricou seguía recorriendo en voz alta el «juego de la ley».

—El 95 de agosto la directora de casos criminales toma una decisión.

Los miembros de la precomisión están alterados. Vienen de tomar unas copas en honor del señor de la Rose-Fermiére, magistrado que se jubila y conde con título oriundo de tiempos de las Cruzadas. ¡Una carrera magnífica! ¡Uno de los últimos cortadores de cabezas! Para homenajear a esta gloria nacional la Administración Penitenciaria le ha regalado una soberbia guillotina para puros de plata maciza. El aerópago al completo se ha pasado con el champán. Algo después, durante la tarde, ello repercute en el examen de los expedientes. La señorita Gáfez nota que hay que echarle amor al asunto. Se detiene insistentemente en todas y cada una de las fotos antropométricas de los condenados. Recorre con las afiladas uñas, pintadas de color rojo sangre, por los rostros de barba negra. Se imagina esos pechos velludos; y cómo estrechan esos brazos de asesino; y ese sexo caliente, liste placer solitario la hace suspirar mientras piensa en el que ellos se otorgan de noche en sus celdas.

—Estaba usted de acuerdo con conceder la libertad condicional a Éric Muratto, expediente 8642, ¿verdad?

La señorita Gáfez se embelesa ante una foto tomada en una celda.

¿Quién me decía? Es el preso del torso al aire y músculos abultados tras unas cuantas flexiones que tuvo buen cuidado de hacer antes de que se disparase el flash. Tiene mirada suspicaz y mimosa. La señorita Gáfez musita un asentimiento lascivo que le sale del bajo vientre. El «sí» sostenido y grave salpica a la juez en prácticas que también ha abusado del elixir de las comarcas campañonas.

—Bien… Muratto… listo.

—Señoría… ¿puedo llamarla Monika?… ¿Le gustan los puros?

Ponen en libertad a Ricou el 158 de agosto a las ocho de la mañana. Una brisa fresca de finales de verano lo espera tras la puerta de control blindada y lo turba con sus caricias. Sale de los dominios penitenciarios y camina despacio hacia la ciudad provinciana. Lo embriaga el aroma de la hierba segada el día anterior. Camina junto a las lindes de un bosque pequeño. Del otro lado de la carretera, dos caballos negros preciosos se desafían en un prado. Todo le parece irreal. Todos los detalles y todos los ruidos son tan perfectos, tan plenos de vida que, por un instante, piensa que está muerto. O que agoniza, como en la película *La escalera de Jacob*. ¿Irá a despertarse en una cama del hospital de Fresnes? Pasó ya la época de la guerra del Vietnam y su guerra personal también la ha dejado atrás. No necesita volver la vista; nota en un hombro el acecho de la postrera torre de vigilancia. Hay que haber pasado veinte años ahí dentro para desarrollar el sexto sentido de que lo están espiando a uno. Te avisan unas células nerviosas especiales, que son como el piloto que parpadea en el puesto de mando de los cazas cuando entran en el campo del radar. El guardia lo sigue con la mirada mientras le alcanza la vista, por reflejo. Porque lo amaestraron para eso. Lo vigila igual que lo vigilaba ayer por la tarde cuando estaba sentado en el banco del polideportivo. Ha cogido los prismáticos para divisarlo por última vez entre los chalés de la breve calle. A lo lejos, el promontorio de hormigón gris sigue cerrando el

horizonte. Ricou no piensa volver la cabeza. Nota su presencia hasta que entra en la pequeña estación envuelta en pizarra negra.

No tiene más billetero que un sobre marrón de la oficina en donde lleva, todo revuelto, el «peculio de excarcelación». No reconoce el dinero por el color, tiene que fijarse mucho en los números para enterarse del valor. Saca un billete: París, estación de Austerlitz.

De repente, todo le parece horriblemente complicado y se queda quieto, con los brazos caídos. Se enfrenta a la impotencia de una vida de preso. Se le acerca una señora bondadosa.

—¿Buscaba usted algo?

¿Se percata de su desvalimiento? Se le acaban de echar encima veinte años de amnesia y le ponen un nudo en la garganta. No puede hacer ya ni un gesto. Ya no sabe nada. Todo le da miedo.

—¿Oiga, está usted bien?

La señora entiende de enfermos psiquiátricos que pasan el día fuera del hospital. Le pone suavemente la mano en el antebrazo y ese contacto le calma la angustia. Sonríe y le da las gracias.

Se sienta en un banco viejo de madera. A esperar. ¡Eso sabe hacerlo estupendamente!

Las nueve. Mira al frente: las vías, la pátina oxidada de los raíles. El tono gris de las piedras del balastro. Retazos de recuerdos pasan rozando su indolencia: los recorridos del tren de cercanías, las visitas a las Catacumbas bajo el puente de la calle de Les Plantes. La estación del Este, cuando se iban de vacaciones a los Vosgos, con familia, cajas y maletas. Pero la cárcel sigue presente. Dédé está abriendo la verja del polideportivo y un grupito de presos se mete por el pasillo de hormigón sin techo. Ibrahim cuelga sus cosas en las perchas, bajo la marquesina de plástico ondulado amarillento y empieza una hora de jogging. Marco lleva a cuestas las redes de tenis como un pescador de sardinas de la costa catalana.

Pasa despacio un tren de monjas; un tren italiano, tocas y velos en todas las ventanillas. *Epericoloso sporgersi*… piensa Ricou. Y, en estas, el sonido de harpa electrónica de la megafonía lo saca bruscamente del compás de espera.

¡Ding, ding, ding! ¡La alarma! Instintivamente, se siente firme. No tiene ni una cuchilla. Durante una fracción de segundo, se le viene a la cabeza que ha visto dos botellas de vidrio cerca de la papelera. Se le ha puesto tensa la nuca. No se mueve, calcula mentalmente cuántos pasos lo separan de la papelera, por si necesitara cogerlas.

La voz del jefe de estación anuncia la llegada de un tren.

Ricou se sacude igual que un perro mojado. Y con ese largo escalofrío se desembaraza de la subida de adrenalina. Sonríe por dentro. Vuelve a preguntarse quién será el cretino que ideó una sintonía de aviso para el mundo de fuera igual que la alarma del penal.

Así es como la puta de hierro y hormigón le lanza el último guiño y le recuerda: «¡Muratto, me tienes detrás!». Se rió con los demás compañeros cuando el manco lo contó en la biblioteca: una mañana en que estaba con permiso de salida fue a un supermercado con su mujer. De pronto, el fatídico arpegio interrumpió la lobotomía musical de los himnos al consumo. ¡Ding, ding, ding! Ni corto ni perezoso, cogió violentamente un martillo del expositor. Su mujer lo miraba, preocupada. «¡Cariño… cariño!». Se le acercó y lo abrazó muy fuerte. El martillo le colgaba, pegado al muslo. Por encima de su cabeza, de la megafonía fluía una voz de mujer joven:

—Recordamos a los señores clientes nuestras promociones de artículos de limpieza y de herramientas en la sección de bricolaje…

Nos han convertido en animales y, lo mismo que el perro de Paulov, reaccionamos sin querer a la llamada de esa música sencilla y suave. ¡Ding, ding, ding! Al oír esa señal, ya estamos dispuestos a atacar, a cortar, a lastimar, a desfigurar, a degollar, a convertir a los niños en huérfanos y a las enamoradas en viudas, a las madres en muertas enlutadas. Estamos dispuestos a lo peor y al infortunio. Somos los nuevos presidiarios de este final de milenio.

El jefe de estación tiene unas erres muy marcadas. Tanto que algunos turistas de las comarcas del norte que están esperando en el andén acaban por interpretarlo como una solapada provocación. Y él, ante el micrófono, las marca con la ingenua nostalgia de la lengua antigua. Todavía está oyendo a su abuela: Montrrréyau, Cazérrres, Rrrieus…

Ricou se levanta del banco y se acerca al borde del andén. Ya se va. Se aleja de los elevados muros de hormigón gris. Se va del territorio bandolero. Ya es la hora, su hora. No está ni alegre ni triste.

Diálogo de yacentes

Al oírme conjeturar su liberación, Ricou ya no juega. Se pone de malhumor. Se incorpora y se sienta en la toalla a lo sastre.

—¡Sí, claro! Todo eso está muy bien, pero solo es literatura. Puedes escribir lo que quieras, pero el mes de agosto se acabará el 31 a las doce y yo seguiré aquí.

Hace una pausa. Se le endurece el rostro. En la cárcel, pasamos muy deprisa de la risa a la seriedad.

—Tú escribes y escribes, pero ¿cuántos años voy a seguir viviendo entre esta cadena perpetua que no consigo quitarme de encima y un hipotético regreso a la vida? ¿Cuánto tiempo?

Rene y Fred se han sentado junto a nosotros. Entre los cuatro casi sumamos un siglo de cárcel. Rene es un ex atracador que habla en jerga parisina, calvo y rellenito. Fred es un intelectual del desvalijamiento de pisos y un asesino sin pretenderlo. Con esa pinta elegante y aseada, más de una suegra lo habría elegido como el yerno ideal.

—¡Apuesto a que estáis hablando otra vez de la libertad condicional de Ricou! Estaba seguro. Pero, tíos, hay que saber que ahora ya no se sale de aquí más que atado a una cama de hospital o reptando hacia un establecimiento psiquiátrico…

Fred apunta con la barbilla a los grupos que juegan a la petanca.

—¡Míralos! Todos lo saben y todos hacen como si solo a ellos les fuera a tocar el boleto ganador.

Ahora me ha llegado a mí el turno de dejar la postura del veraneante y sentarme. Tarareo por dentro *El forastero*, una canción antigua de Léonard Cohén:

«Busca una carta tan increíble que nunca más necesitará otra». Fred sigue diciendo, más serio:

—Yo soy del norte. Siempre tuve la fobia de reventar en el fondo de la mina, enterrado vivo o ahogado en galerías sin salida. Cuando me tocó bajar, no quise y me largué. ¡Y ya ves dónde estoy ahora! Aquí hay cielo, sol, árboles a lo lejos; en la mina, el cielo es de carbón, el sol se lleva atornillado a la visera del casco y los árboles te los encuentras en fila, a intervalos regulares, en las galerías. Y, sin embargo, al final todo es lo mismo y, en resumidas cuentas, me muero de la misma asfixia.

Ahora recalca todas las palabras separándolas con una pausa:

—Siento como si estuviera enterrado vivo.

Y añade, más reivindicativo:

—Llevamos quince brejes peleando por mejorar las condiciones de la vida en la cárcel. Y es verdad que hemos conseguido bastantes cosas. Pero nos han quitado otras tantas. ¡Nos desgastan con esta lucha por estupideces de nada! Hemos marrado lo esencial. En ese mismo espacio de tiempo, las penas han crecido en más de un

tercio. En los años 80, solo un condenado a cadena perpetua de cada cien estaba preso más de veinte años. Hoy, en todas las secciones, hay tíos que llevan veintiuno y veintidós. Y no son gentuza ni han matado a nadie de la policía, sino que son jóvenes como Ricou, tipos que se habrían tirado aquí dieciséis o diecisiete brejes como mucho en los años 80.

No hace ni cinco minutos que ha venido Pierrot a explicarme con todo lujo de detalles que para el otoño habrá libertades condicionales; que, como las cosas no pueden ir peor, tendrán que mejorar a la fuerza. ¿Qué se puede contestar a alguien con una fe así? Si es que son incorregibles, no pierden la confianza en esa «justicia» que los apalea desde que eran unos críos. ¡Incorregibles!

Ricou ha recuperado el tono de indiferencia.

—¡Cuantas menos libertades condicionales hay, más se habla del tema! Ahí están los números. Implacables. Puede haber en Francia algo así como 700 tíos con cadena perpetua, de los cuales 200 podían estar en la calle desde hace años. Y Guiguou ha soltado a seis en tres años. ¿Qué se puede esperar? Con las nuevas leyes sobre la aplicación de penas, puede estar bien satisfecha de haberse quitado de encima el problema. ¿Tú crees que los magistrados de las comisiones van a mojarse en lo de liquidar las deudas? ¡Pues no! ¿Te imaginas a un magistrado que se juegue su carrera por un expediente conflictivo o por el de un reincidente? ¡Ni hablar! Se lo largará a su sucesor. Y así hasta el infinito…

—En los años 60, en los penales no te encontrabas con tantos viejos, con tantos enfermos, con tantos locos —apostilla Rene—. Como no quememos las cárceles, como no montemos otro verano del 74, nada volverá a cambiar y nos moriremos de asco con la boca abierta. Los penales son unos morideros.

¡Unos «eliminaderos»!

Rene sabía de qué hablaba, había participado en aquel hermoso verano de incendios. Había visto cómo dos presos se arrojaban voluntariamente a la hoguera de los talleres del penal de Nímes. Las cárceles ardían, una tras otra. La represión fue feroz, más de diez muertos. Llevaba aún en la espalda las marcas de las palizas posteriores. Ricou estuvo subido en los tejados del penal de Ensisheim en 1987. Un preso político armenio y él izaron una bandera roja en el pararrayos cantando a voz en cuello La Internacional. En cuanto al Glotón, ya solo le quedaba un incisivo en la boca. Una noche de levantamiento los de Clairvaux le partieron la piñata pegándole con las llaves.

—Ya empezamos otra vez; es todo o nada. ¡Nos ponemos a hablar tranquilamente de algo y ya estamos con los gritos de revuelta y los recuerdos de ex combatientes!

Rene está lanzado y le importa un carajo que su vecino se encoja de hombros.

—Un día llegaremos a sentirnos tan desesperados que nos iremos todos al polideportivo y nos lanzaremos al asalto de los muros. ¡Qué más da lo que nos juguemos! Ahí sí que hay boletos ganadores; de verdad. No tienen bastantes balas para todos. Algunos escaparán; y otros morirán. Lo habrán intentado. Habrán muerto

con dignidad y no al cabo de veinticinco brejes en la cárcel, comidos de enfermedad o de chifladura.

—¿Y tú crees que con los números que tienes aquí te queda alguna oportunidad?

Como de costumbre, Fred saca a relucir un escepticismo desesperado y lúcido.

Ricou lo interrumpe:

—En Eisisheim decían lo mismo; por entonces, en esa cárcel éramos muy pocos, perdidos entre todos los travestís de Francia. Y, después, cuando se lio, allí estuvieron las locas y desde luego eran más duras de pelar que todos los fanfarrones de la golfocracia.

—Sí, ya me sé esa historia, pero en Clairvaux, cuando reventaron las puertas con explosivos, los tíos que corrieron bajo las balas de las torres para largarse no llegaron a diez.

Con la seguridad de haber acertado con la puñalada, calla un momento:

—Si es que no queréis daros cuenta de que la mayoría acaba por aceptar esta vida de dependencia. El día en que la AP les deje follar una vez por semana en el cuarto de un hotel penitenciario y no de extranjís en las sillas del locutorio, se someterán por completo a la tutela de la vida asistida.

¿Qué, no estás de acuerdo?

—Conclusión: por lo visto hay que aceptarlo todo si los demás entran en el apaño. ¿Y tú crees que unos tíos van a aguantar en un panteón *advitam aeternam*?; y me da igual que sea de estuco o de mármol de Carrara.

Fred se echa a reír.

—En eso, mira, hay que preguntarle a la naturaleza humana. En las galeras había trescientos condenados y menos de treinta hombres de tripulación.

¿Y tú crees que los tiraban al agua para largarse a islas lejanas? Qué va, remaban y remaban y remaban hasta reventar. ¿Y cuántos Sobibor hubo para miles de vagones blindados? ¿Cuántas evasiones o incluso intentos como el de Dachau? La mayoría eran unos infelices. En gran medida, antes de que los detuvieran ya estaban aceptando la esclavitud de una vida de miseria. Y, tras las alambradas, acababan por aceptar el exterminio. Mira a tu alrededor. Aquí pasa lo mismo; la gente es una infeliz. Dejando aparte los que se la juegan, ¿ves a algún tonto profesional? Míralos bien; a algunos ni los conoces. ¡Viven metidos en su madriguera por temor a la cárcel y a los demás!

A Fred le agradan los monólogos. Le dejamos que coja aire.

—¡Escoge un grupo al azar! Mira, ese que está al lado de los postes de fútbol. A la izquierda, Guy, un aprendiz de carnicero; un puñetazo en la fiesta del pueblo. ¡Veinte años! ¿Quién no se ha metido nunca en una pelea en un baile? El otro, Guy, capataz de la construcción. Mató a su mujer y al amante de su mujer. Cadena perpetua. Malik. Cuando tenía trece tacos robó un coche, atropello a un madero delante de la estación Saint-Charles de Marsella y lo mató. De eso hace más de treinta años y aquí sigue. Kiki estaba hasta los huevos de ver cómo la madre de sus hijos se metía mierda y un día en que perdió los estribos se cargó al camello.

Veintiocho años. Era leñador. No hace ninguna falta andar buscando a los inocentes o a los retrasados; la mayor parte de estos tíos no son más que infelices que han tenido un accidente por el camino. Y nada más. ¿Y pretendes que sean unos rebeldes y que sacrifiquen sus vidas por un porvenir mejor? No, ni siquiera por la libertad. Hay que ser comunista como este —y me señala— para creer que un día van a decir: ¡No!, aunque solo digan eso. De momento, se hacen ilusiones. Sueñan. La ministra Guigou va a cambiar las cosas; habrá un indulto cuando venga el papa, cuando entremos en la Europa de Maastricht, en el cambio de milenio, y patatín y patatán… ¡Y pasan los años! Y revientan ya viejos, como Jeannot con sus metástasis del tamaño de pelotas de tenis.

Al final, Fred ha alzado el tono. El largo silencio que viene después es aún más penoso.

Rene vuelve a su primitiva idea y afirma con convencida obstinación:

—¡Aquí no cambia nada hasta que haya un follón por todo lo alto! ¡Hay que meterlos de cabeza en un buen barreño de sangre! ¡Aunque sea yo uno de los que muera!

No puedo evitar pensar en algo, aunque no lo digo, en estos países nuestros tan rollizos, desde que se acabaron las últimas guerrillas, la cárcel es el único sitio que queda en que el compromiso en pro de un cambio radial supone una implicación directa de la propia existencia. Decir que no, puede equivaler a la muerte y lo sabemos. En otros sitios, dices que no y luego te largas a casa a tu hora a lamer la sopa de sobre. ¿Cuántos militantes que van a una manifestación o a una acción piensan en serio que se están jugando algo? ¡Ninguno! Así que no hay que preguntarse si se han planteado ya si merece la pena dar la vida por la causa. Porque tampoco se lo a planteado ninguno. «¡Pues mucho mejor!», vociferan los demócratas de feria. La muerte no es ya sino una fatalidad en esta época de poca monta. La gente muere «inocentemente» por la causa de vidas sin vida, en las obras los días laborables y en la carretera el fin de semana. Y les gustaría que nos mataran en las cárceles con ese mismo desparpajo del no ser.

—¡Imaginaos solo un ratito que uno de esos tíos a los que han dejado pudrirse durante años decide decir que no y montarse un tiro al blanco!

Le Dantec agonizante yace de espaldas. La muerte huele a hospital y a sufrimiento y, más allá del desinfectante, a una indefinible virginidad lívida. Espera con grilletes en los pies y una mano esposada a un larguero de la cama. Escudriña con la vista los defectos del enlucido del techo. ¿Qué está esperando? A la muerte no se la espera, llega; acaba siempre por llegar. Es una conclusión absurda. Se acuerda de la cita de Malraux que usó Sartre de trampolín en una de sus obras. Un libro que leyó en los primeros tiempos de su pena, cuando la filosofía le servía de ayuda, como si fuera una religión científica. «Su pena». ¡Vaya palabra! «Lo terrible de la muerte es que convierte la vida en destino». Y su destino era precisamente esa pena.

Al pie de la cama, un madero garabatea en un crucigrama hurgándose en la nariz; otro, con pantalón de reglamento y chupa de cuero de marca hace zaping sin quedarse nunca más de diez segundos en la misma cadena. El tercero anda buscando una enfermera a la que meter mano.

En la cama de la izquierda, está empaquetado en una tienda de oxígeno Roberto, un preso viejo con el que ya coincidió en Clairvaux, y en Muret después. Roberto no es ya ahora sino el ritmo caótico de una respiración ronca. Lleva dos días inconsciente. Va naufragando despacio entre la brisa del aire artificial. La administración de Muret no ha enviado los permisos de visita hasta ayer por la noche. Demasiado tarde, ya estaba en coma. Su mujer esperó en vano diez días en el pasillo. Se sentaba en una silla, junto a la puerta, con el bolso en las rodillas. Cada vez que entraba una enfermera, le echaba una ojeada a la cama de Roberto, ladeando un poco la cabeza. Él la veía y le hacía una seña con los dedos. Es italiana, como él, y lleva luto por él desde hace años. Su vida de pareja: treinta y cinco años de locutorio. Primero pasaron por las ventanillas acristaladas; y ahora lo ve por última vez tras la cortina de plástico transparente.

En la punta de un pasillo anónimo, la AP usa de moridera esta habitación del Hospital Clínico de Rangueil. Resguardadas de las miradas, las condenas largas vienen a dar aquí para el postrero traslado. Roberto lleva agonizando alrededor de veinte días. Le Dantec acaba de llegar. La cama estaba todavía caliente; esa misma mañana, un yonqui joven con sida se ha ido al otro barrio sin nostalgia alguna por su vida de efímera nocturna entre la prostitución y la jeringuilla.

Le Dantec ya no sufre. Le corre por la sangre un cóctel de morfina. Se desprende lentamente de la vida, sin tristeza, sin rebelión, sin empeño instintivo por vivir algo más. Espera, igual que estuvo ocho años esperando una libertad condicional. No le apetece nada, ya no quiere nada. Fred, en el polideportivo, dijo: «¡Ya estamos muertos! ¿Qué nos puede pasar que sea peor?». Le gustaba Fred y le gustaban sus broncas en contra de la estupidez penitenciaria. Él no hablaba o hablaba muy poco.

Tras la cotidiana visita de las batas blancas y la llegada de Maria, se presentan en la habitación un empleado de la secretaría judicial de Muret y tres carceleros.

—¿Roberto Gancia?

María despega los labios de la mano de su marido.

—¡Si!

—Venimos para los trámites de salida.

—¿Para qué?

—Para poner en libertad a su marido —dice el secretario, irritado. Se acerca y tuerce el gesto.

—¿No está consciente?

Los carceleros apilan unas cajas de cartón en una esquina. Le Dantec se sobresalta al leer su nombre en una de ellas.

—Entonces vamos a empezar por Le Dantec, que será más sencillo.

Están libres los dos. El policía del zapping se despereza.

—¡Ya nos vamos a poder ir a casa!

—No, me parece que no. Les hemos traído a otros dos a la habitación de al lado.

El madero se levanta refunfuñando para ir a ver si funciona la televisión.

A Le Dantec le late con fuerza el corazón. Le da vueltas por la cabeza la palabra libertad. Libertad, libertad, libertad… La corriente de aire alza la cortina y da entrada los recuerdos perfumados de la vida. Las formalidades duran pocos minutos. Se dispersa en el instante, mientras vuelve a dejar caer la cabeza en la almohada. La voz chillona del secretario lo vuelve a la realidad.

—¡Tírale de los dedos, tira más fuerte, coño! Así no vamos a conseguirlo nunca.

Un carcelero se ensaña con la mano de Roberto. Intenta abrírsela. Le saca el brazo de la cama. Maria llora bajito, con la cara metida en un pañuelo de bordado antiguo. Roberto en coma ofrece resistencia. Todo esto para una huella digital en el expediente. Al final lo consiguen. Le untan los dedos de tinta y los aprietan contra la tapa azul interior del sobado expediente.

Al caer, la mano de Roberto resbala y traza una ancha coma negra en la sábana impoluta.

Le Dantec alza la mano derecha para mirar la marca antropológica de su vida de preso. También la tinta administrativa ha dejado su huella. Tiene en todos los dedos un mitón en negativo. Ni siquiera se fijó en lo que hacía, casi como si fuera algo natural. ¡Hasta tal punto tiene asumida la cárcel!

María se abalanza sobre la mano de Roberto y se la limpia con infinita paciencia. Se la frota con un poco de saliva y el pañuelo bordado. Luego lo dobla primorosamente y lo mete en el bolso.

Le Dantec piensa que lo va a conservar mientras viva, como si la mancha fuera de la sangre de Roberto. Sonríe; luego se dice que es María posiblemente quien acierta. Esa tinta negra es nuestra sangre tras una vida de cárcel. Nos la han transfundido y nos corren por las venas corrientes de sangre seca. Vuelve a alzar la mano derecha y, al verla, nota una vaharada caliente de rebeldía.

El madero del crucigrama le quita las cadenas a Roberto. Pegan ruidosamente contra todos los barrotes de la cama. Luego le llega la vez a Le Dantec. Se escurren por fin dentro de una bolsa como serpientes. Les quita a ambos las esposas. Y se reúne con sus colegas en la habitación de al lado.

Roberto se murió esa noche, su primera noche de hombre libre desde el 14 de enero de 1980.

Le Dantec se ha quedado solo. María le ha dado un beso y luego se ha ido al depósito a buscar el cuerpo de Roberto. Está solo. Le han conectado el teléfono. Tiene derecho al teléfono porque es un hombre libre, especificó el empleado. Pero no tiene a nadie a quien llamar. Se da una ducha. Por la mañana siempre tiene dos o tres horas de remisión. El cangrejo duerme. El agua caliente no le calma la rebeldía que anda

incubando desde ayer. Está furioso. Con una furia dura que no tiene palabras, solo silencios.

Hurga en sus cajas de cartón, a cuatro patas. Encuentra una botella empezada de aceite de oliva, dos latas de cassoulet, libros, cartas antiguas y la eterna caja de café soluble Ricoré. Cuelga el traje gris en una percha, con una camisa. Y hasta encuentra una corbata en el sobre de papel marrón de la oficina de registro. ¡El atuendo para el tribunal también valdrá para la fosa común! Se acuerda del juicio. Solo con ver el príncipe de gales gris volvía a la amplia sala del Palacio de Justicia de aquella ciudad del este de Francia. «¡El cacho!». Al final, dejó el traje en la oficina para no verlo más. Y hoy vuelve a aparecer. Esta bajada al infierno de la vida pasada no lo serena. Sigue rumiando.

Se pasa el resto del día sobreviviendo.

Durante el duermevela de la noche toma una decisión. Se acuerda de una conversación con Rene y Fred en la biblioteca: «al menos uno de nosotros tendría que ir a pedirles cuentas un día». Se han desvanecido las pesadillas, pero la decisión sigue firme. Férrea. Sabe que le incumbe esa tarea. Por primera vez desde hace una eternidad tiene una meta. Ahora entiende la rabia que lo domina. Su cuerpo agonizante ha resuelto antes que la conciencia misma.

Al despertar, no pierde ni un minuto. Se viste a toda prisa. El traje está pasado de moda, pero desde lejos da el pego… Baja a la Caja de Ahorros del vestíbulo para cobrar su «peculio de excarcelación». Más de cuarenta de los grandes. Un taxi. «¡A la plaza de Belfort!». El Peugeot diesel arranca, camino del centro.

¿Será la dosis de morfina o el aire fresco de la mañana? Le Dantec no nota nada. Mira fijamente las aceras como si pasaran por la pantalla del televisor de su celda.

Al llegar a la placita de ladrillo rojo, va a pie hasta el bar de Antonietti. Un ex colega del penal. Está abierto. En la acera de enfrente de la calle estrecha dos putas le mandan besos haciendo pucheros grotescos. Entra, sin soltar el papel con la dirección, que lleva en la mano. En el local no hay nadie. Antonietti está detrás de la barra. Ha engordado veinte kilos. Reconoce al bretón y se apresura a desempotrarse del antiguo mostrador de cinc. Se abrazan y se besan.

—¿Quieres una titi? Tengo un cuarto arriba.

—No, hoy lo que necesito es otra cosa.

Antonietti lo corta en seco.

—¡Lo que quieras!

—Necesito una o dos puscas.

—¡Bingo! No busques más, que yo tengo. Cuídame el negocio, que voy por ellas.

Y se mete por la trampilla que hay detrás de la barra.

Le Dantec se prepara un exprés a la italiana para salir del limbo del Ricoré.

Antonietti saca dos revólveres envueltos en trapos viejos de una caja de zapatos y se los enseña.

—¡Tres cinco siete! —anuncia muy ufano.

—¿Cuánto?

—Para ti, veinte de los grandes con cincuenta balas.

Le Dantec saca la pasta del sobre marrón. Coge una pipa, la empuña, acciona dos o tres veces el percutor y, por fin, hace bascular el tambor para cargarla. Cartucho tras cartucho. Despacio. Con cada uno, cuando la munición se coloca en su sitio suena esa breve resonancia del metal tan peculiar, que no ha olvidado nunca por más años que hayan pasado. Hace otro tanto con el otro revólver.

—¿Andas en algún asunto? —pregunta Antonietti, curioso.

Lo impresionan la voz neutra y los largos silencios del bretón. Nota que algo sucede. A los liberados que pasan por su establecimiento los tienen siempre borrachos la ciudad, las mujeres fáciles tan próximas, los primeros vasos de alcohol. Le Dantec parece que está en otro sitio. Antonietti tiene a la espalda una vida de maleante y es capaz de identificar esa determinación sin entusiasmo. La venganza y la desesperación rezuman ruidosamente del instante. ¡Y esa forma de cargar las armas, además!

Le Dantec no contesta. Se aprieta el cinturón un agujero más y se mete luego las dos armas en el pantalón, una a la izquierda y otra a la derecha. Abre la caja de municiones y guarda el contenido en los bolsillos de la chaqueta.

—¿Habrá un taxi por aquí? Nada más salir Le Dantec, Antonietti descuelga el teléfono:

—Querría hablar con el inspector Viédasou… ¿Oiga, inspector? Solo es para decirle que acabo de venderle dos pipas a un tipo que ha salido de Lannemezan… Le Dantec… Parece que está preparando algo… Tiene que volver por aquí esta noche o mañana… Si, de acuerdo, yo lo aviso. Adiós.

Le Dantec camina por las anchas aceras del bulevar Armand-Duportal. Nada en absoluto lo distrae o puede distraerlo. Camina. Un paso tras otro. Un paso tras otro, de la misma forma que fueron desapareciendo los días, uno a uno, durante más de treinta años. Desde el 15 de diciembre de 1964 pasó noventa y dos días en libertad, entre abril y agosto de 1977. Era su pena, su vida y, hoy, es su destino.

Todo empezó con un ligue a la salida de una sala de fiestas en Picardía. La chica era bonita, con el pelo rubio muy cardado, como se llevaba entonces, un vestido escocés y unas ligas color carne. Trabajaba en una peluquería. Él tenía veinte años y venía de Bretaña, en donde había nacido, para trabajar de conductor en la refinería de azúcar. Ella soñaba con países soleados y con dejarlo todo atrás; tenía la ilusa esperanza de que todo iría mejor en otra parte. Él no tenía ideas geniales, pero sí sentido práctico. Se juntó con Georges, el mecánico del pueblo, un amigo accidental, y cortaron una noche con soplete la caja fuerte de la refinería. ¡Cien de los grandes! Se fueron camino de Perpiñán a la mañana siguiente.

Finalmente, al cabo de una semana, la rubia se largó con Georges y a él lo detuvieron en la playa de Banyuls.

Aunque era muy joven, la sentencia del Tribunal de lo Criminal fue severa.

¡Quince años! La condena se fue alargando con otras por dos intentos de evasión, más desesperados que serios, y una pelea con navaja con un machaca que no lo pudo contar.

Salió a finales de abril de 1977. Rebosaba de rabia y de los usuales sueños de poca monta que corren por las galerías de las cárceles. Se tomaba por un duro, por un golfo, por un tío a quien nadie podía engañar. Ya ni se acordaba de aquel jovencito que iba a buscar el jornal con los ojos bajos.

Jean-Jacques y el Italiano lo estaban esperando en el andén de la Gare de l'Est. Unos colegas de Clairvaux. Tenían un golpe listo para el día siguiente. Un camión de cigarrillos, en el extrarradio. El bretón conduciría. Todo fue bien. Luego hubo otro camión. Y otro. Y otro más. Le Dantec se instaló en un piso pequeño de dos habitaciones, en la calle de Les Martyrs. Y se juntó con Lili, una camarera linda de la calle de Fontaine, que hacía la calle de vez en cuando. Todo con mucha pinta de vida de golfo, demasiada pinta quizá, porque no era ya sino una caricatura muy trivial. Cada hora era un día; cada día, un año. Y, sin embargo, todo se iba muy deprisa, el tiempo y el dinero. Había que dar más y más golpes. J.J. y el Italiano no eran unas lumbreras; ni tampoco eran atrevidos. Tenían entre manos lo de los camiones y mientras funcionara seguirían emperrados en lo mismo por unos pocos miles cada vez. Bien pensado, salía más a cuenta que trabajar para un patrón. Y además los riesgos eran mínimos.

A finales de agosto se llevaron un semiremolque de licores del aparcamiento de un restaurante de carretera. Tenían que atender los pedidos de tres o cuatro bares de putas del barrio. J.J. y el Italiano se llevaron a rastras al camionero al bosquecillo que había junto a la carretera para atarlo. El bretón cogió el volante del Volvo. Y esperó. Tardaban más de lo normal. «Pero ¿qué hacen, coño?». Cuando salieron del bosque, iban casi corriendo y se subieron directamente al Simca. Durante el trayecto, el bretón los veía encresparse dentro del cochecito, unas decenas de metros por delante de él. Iban riñendo.

Aparcó el camión en el cobertizo que usaban de almacén y luego se fue al distrito IX con diez botellas en un saco de yute. ¡Consumo personal! Al día siguiente, Lili le trajo Le Parisién a la cama, al mediodía. El titular de portada le dio en toda la cara: «Salvaje asesinato de un camionero».

Todo lo demás vino rodado, dentro de un ambiente de pánico. Rebuscó en el armario y cogió un 38 pequeño especial. Bajó para llamar por teléfono a J.J. Luego fue a la cita de costumbre en el bulevar. Vio que se le acercaba con las manos en los bolsillos. Estaban a apenas un metro cuando la policía salió del portal más cercano: «¡Policía!». J.J tiró de Luger y disparó varias veces antes de desplomarse, doblado en dos. El bretón no había hecho ni un gesto. Fue un mero espectador. Dos polis quedaron muy tocados.

En cuanto lo esposaron y lo hicieron tenderse en la acera, le pegaron la primera soba de patadas; luego otra, nada más subir al autobús de la Policía, que se lo llevó al muelle de Les Orfévres.

Los policias no se murieron. Y J.J. tampoco. Durante el juicio, el muy cabrito le colgó a Le Dantec el marrón del asesinato del camionero. Seguramente fue un trato con la judicatura para salvar la cabeza. A los dos les pusieron cadena perpetua.

A Le Dantec le duelen tanto las tripas que tiene que sentarse en el banco que le pilla más cerca. Estremecido de dolor, se saca del bolsillo un frasco de cápsulas y lo vacía de una vez. ¡Las últimas! Ya no hay marcha atrás. Se incorpora y entra en el barrio burocrático.

Se abre la puerta del ascensor. En la pared, en letras negras: Dirección provincial de la Administración Penitenciaria.

—Tengo una cita con el señor Darbo.

Sigue por el pasillo que le indican. Se sume en un abismo de serenidad según se va adentrando en el edificio. ¡Se está metiendo en el vientre de la bestia! Despacho 44. No llama. Entra de un brinco. Darbo está sentado ante su escritorio y tiene delante una fila de diez pajaritas de papel. Se sobresalta y pone en peligro el equilibrio de tres montones enormes de expedientes. Le Dantec saca los dos revólveres con el mismo ademán rápido. Al ver las armas, Darbo alza la pluma como si fuera un puñal. ¡Irrisoria amenaza del funcionario! El primer disparo le destroza el pómulo; el segundo le atraviesa la garganta. Darbo suelta un prolongado gorgoteo entre el hervor de la sangre que huye. Se le desploma la cabeza encima de la mesa. Dos o tres respingos más. Se acabó. Está muerto.

Le Dantec abre la puerta de al lado. Dos mujeres, de pie, gritan; pero él no se fija en nada. Dispara. Una hace una pirueta azul y graciosa antes de caer. Vuelve a disparar contra la que se ha metido debajo del escritorio y vuelve al pasillo. Entra en otro despacho. Dispara y se va, cerrando la puerta al salir. Se acuerda de la escena de *Alphaville* en que se ve a Eddie Constantine abriendo y cerrando puertas en un pasillo con un ruido de proyector antiguo y la voz en off de Godard. El ruido de las detonaciones le hace volver la atención hacia su obra. Una obra artesanal, nada que ver con la industria exterminadora que tienen montada los de la AP. Ellos se cargan a los hombres en batería, según unos códigos y planificando la rentabilidad. La muerte lenta administrativa tiene más que ver con el síndrome de las vacas locas y la gripe del pollo que con los homicidios que cometen los humanos.

Vuelve a disparar. Carga según anda, despacio, con calma. Un grupo tiene taponado el acceso a la escalera de Emergencia. Vacía los dos revólveres. Los carga otra vez y mata a los seis o siete heridos que yacen en el suelo.

Pese a los años de cárcel, no ha dejado de ser un obrero. Le gustan las cosas bien hechas. Mientras cumplía condena, cada vez que tenía un empleo, cumplía

concienzudamente. «Te lo tendrán en cuenta para la libertad condicional», le dijo el director de Clairvaux. Y esto también quiere hacerlo a conciencia.

Sube otra vez las escaleras. Se topa de cara con varias personas que, aturdidas, dan vueltas en redondo. Las mata y pasa por encima de sus cadáveres.

Lleva disparando por lo menos diez minutos. Calcula con mano experta las municiones que le quedan: «¡Venga, otros diez!», piensa. Pero ya oye a lo lejos las primeras sirenas de policía. «Joder, hay que darse prisa. ¡Otros cuatro o cinco por lo menos!». Se los encuentra en el vestíbulo de la planta de arriba y los apiola.

¡Ya está! Le Dantec sonríe al fin de oreja a oreja. Hasta el último momento tuvo miedo de no ser capaz de llegar al final y de tener que volver a aquella cama aséptica para palmarla en ella. ¡Lo hizo! ¡Lo hizo! Está orgulloso de sí mismo. Identifica a lo lejos las órdenes policiales. Qué pena tener que acabar tan deprisa; le habría gustado paladear hasta saciarse esa sensación desconocida. Da unos pasos hacia la luz; brilla el sol por fuera del balcón. Aspira una honda bocanada de esa dicha nueva y se vuela la tapa de los sesos.

—¿Qué? ¿Os lo habéis pasado bien? Algo alivia, ¿no? Las obsesiones sirven de cataplasma para las heridas de nuestras vidas miserables.

—Yo también me pregunto a veces si no preferiría irme haciéndome un harakiri vistoso y llevándome por delante a dos o tres carceleros.

—Sí, pero sigue siendo literatura. En cuanto empezamos a charlar, nos dedicamos a ensartar palabras y deseos insatisfechos. Dices que quieres una muerte notable, pero en este penal hay una densidad de muertes tan alta que hasta ya nadie se suicida. ¿Tú has visto algún suicidio desde que andamos por aquí?

Los demás se limitan a negar con la cabeza. Fred prosigue.

—La muerte lenta se palpa a tope. Rezuma de las paredes del chasquido de las puertas, de la vida falsa, de la libertad que hay detrás de los seis metros de hormigón, tan cercana y, sin embargo, inaccesible. Nos paseamos con nuestro goteo maldito. Lo mismo que en el hospital, una goma y una o dos botellas enganchadas en una percha con ruedas. Todos llevamos puesto el catéter y lo sabemos. ¿Para qué vamos a suicidarnos si ya nos estamos muriendo? ¿Si ya estamos muertos? ¿Una llamada de socorro sin más? ¿Como los que se cortan las venas por la noche en las cárceles? ¡No! Aquí tenemos muy claro que nadie va a contestar a esa llamada. En Lannemezan, el suicidio sería una simple eutanasia.

—Por una vez estamos de acuerdo —aprueba Rene—. En Lannemezan no se suicida uno. La gente se quita de en medio antes de llegar aquí. En el CNO[18] dos o tres tíos lo intentaron cuando se enteraron de que los mandaban al penal. Y después también. ¿Te acuerdas del loco que corría en calzoncillos por el polideportivo pegando berridos? Se ahorcó en cuando lo mandaron al Hospital Psiquiátrico. ¡Como si lo hubiera rematado la esperanza de verse por fin en libertad!

Desde hace años, el único suicidio ha sido el de un carcelero de Charente a quien le habíamos puesto el apodo de Pitillo. Por un cigarrillo americano, te dejaba dar un telefonazo de propina. Una corrupción bien modesta en ese universo de chanchullos y de todo tipo de negocios sucios.

Cuando estaba en una planta, se aburría. Y entonces entraba en una celda y hablaba, y hablaba. Está claro que elegía preferentemente la celda de un fumador. Y se pasaba así una hora con el preso, sentado en la cama o apoyado en la separación del tigre. Se estaba viniendo abajo. Mes tras mes, vimos cómo iba bajando a los infiernos. Su mujer acabó por dejarlo. Estaba de su oficio hasta la coronilla. Un preso corso fue dos veces a ver al brigadier para avisarlo de que Pitillo no paraba de mencionar suicidio.

Una noche, solo en la torre de vigilancia, acabó por meterse una bala en la cabeza con el fusil reglamentario.

A la mañana siguiente, abrí, en la biblioteca, mi diario hablado con la noticia: «El lunes 18, a las nueve y cinco de la noche, en la torre 3, Pitillo se ha fumado a sí mismo».

Un carcelero sí podía suicidarse, porque, pese a todo, todavía estaba vivo.

—Me vengo haciendo la misma pregunta desde hace cinco años. Y sigo sin dar con la respuesta. Pero creo que no me mato porque no entiendo por qué he aguantado todo esto hasta ahora. Si me liquido, todo habría sido grotesco. Puestos a matarse, mejor haber intentado que lo frieran a uno a tiros el día en que lo detuvieron. En el fondo, estos sufrimientos tienen que ser por algo. ¡Tienen que tener un sentido oculto! Algo tiene que haber. Y la curiosidad consigue siempre hacerme aguantar un día más.

Fred está efervescente y acaba por explotar.

—No hay nada. Remacha:

—No hay nada. Lo más tremendo precisamente es que es un sufrimiento baldío, un sufrimiento inútil. Todo eso que dices de que hay algo oculto no son más que antiguallas religiosas que has heredado y no te puedes quitar de encima. Creer un solo momento que hay algo detrás de todo esto es una gilipollez igual que creer que en todo lo que nos hacen padecer hay redención, justicia y castigo. ¡O creer que hay un dios, o unos dioses, y un paraíso! Es otra forma de domarte, igual que la sumisión.

Las llamadas del carcelero, desde lejos, interrumpen la charla. Vamos despacio hacia la puerta, con la toalla echada al hombro. No hay necesidad de llegar a ninguna conclusión, no hay necesidad de quedar para seguir con la conversación; no acaba nunca, gira y gira al compás de nuestra actividad y vuelve a empezar un día tras otro.

La lucha final

Nono entra en la biblioteca. Se sienta. Se vuelve a poner de pie. Da dos pasos. Se planta delante de un armario. Bulle como si se estuviera meando. Y, por fin, vuelve a sentarse. Con pinta de niño de ocho años. Nono tiene el pensamiento tan límpido como el verde agrisado de los ojos. Un chavalillo que mide 1,75 y lleva unas gafas con unos cristales muy gruesos.

—¡No los fabrican más gordos! —suele decir todo ufano.

—¿Qué pasa, Nono?

Solo estaba esperando esa pregunta para soltarlo todo.

—He escrito otro poema. Al volver del culturismo. Me salió solo mientras me duchaba. Normalmente tengo que pensar y que tra…

—¡No te enrolles, Nono!

—¿Queréis que os lo diga?

—Vale.

Ya sabemos cómo son los poemas de Nono. No nos vamos a morir por oírlo. Se pone de pie y coge mucho iré dos veces.

—«Dices que amas…». «Dices que amas…». Silencio. Repite:

—«Dices…».

—¿Y qué viene luego?

—Era el título: «Dices que amas».

Dices que amas las flores y las cortas.
Dices que amas los pájaros y los enjaulas.
Dices que me amas por eso me asusto.

Espera a ver qué nos ha parecido con los brazos colgando.

—Muy bien, muy bien —dice el Tunecino.

—Demasiado bien. ¿Seguro que lo has escrito tú? —pregunta Ricou. Y añade, volviéndose hacia nosotros:

—Se duerme con la radio encendida y, claro, su inspiración muchas veces tiene mucho que ver con los anuncios de Europe1.

Nono protesta indignado:

—Vale, vale, te creemos…

—Os puedo decir otro si queréis.

—No, Nono. Con uno al día va que arde.

—¿Ah? Pues bueno… —dice con cara triste. Y luego repite:

—Uno al día… Uno al día… Entonces ¿puedo venir todos los días a deciros uno?

Nono tuvo una infancia desventurada o, peor aún, una historia de lo más real digna de un folletín de finales del XIX. ¡Cuando se la contó, las educadoras casi se emocionan, que ya es decir! Retoño no deseado de una familia mísera, le pegaban de puñetazos ya en la cuna y luego lo abandonaron. Sus primeros padres adoptivos le daban palizas. Las sucesivas parejas que lo tuvieron a su cargo no fueron más cariñosas. Fue pasando así de una familia de acogida a otra, luego se escapó una y otra vez. Y, por fin, fue de centro en centro. Ya en la adolescencia era alcohólico. Todo lo demás llegó rodado entre las brumas del pastis y la litrona… Una vida sin vida, una vida sin alegría.

Solo por una salida sentía aún añoranza. Al final de una noche, al final de una juerga, una escapada más. Salió de un vagón detenido en la estación internacional de Port-Bou. Tiritando, se desperezó en el andén y vio el mar más allá de las vías. Una superficie gigantescamente plana, del color de la tinta, con los reflejos de muaré de las últimas sombras de la noche. Fue una llamada tan flagrante que lo hipnotizó. Caminó hacia ella. Y, al quedar sometido por completo a ese vaivén oscuro y materno, se sentó despacio en una roca. Se hizo de día. Pasó el día. Luego una noche. Y otro día. Seguía sentado en su promontorio de piedra leonada. Algunas olas le dejaban gotitas en la cara, se le cubrían las gafas de vaho, lágrimas quietas le salpicaban los ojos claros. El choque sordo y regular al pie del apilamiento de peñas le retumbaba en las arterias, en la propia existencia de alga y liquen cobrizo. Su vida no tenía sentido, así que ¿por qué no iba a quedarse donde estaba y a hacer cuerpo con la roca? No moverse más. No esperar ya nada de nada ni nadie, ni de la Dirección de Asuntos Sanitarios y Sociales ni de los amigos de mentira, ni de las chicas, tan hoscas y míseras como él cuando iba tras su dosis de alcohol.

Pocas veces cambió de sitio, solo para pasar rápidamente por el bar de la estación. Por lo demás, no se atrevía a moverse. Se encaraba tozudamente con las olas en una serenada meditación tras años y años de deplorable desorden. Un día a media tarde volvió a coger un tren en dirección contraria sin saber muy bien por qué.

Apenas si tenía veinte años cuando aquella vida miserable pasó por la casilla de la cárcel. Una borrachera en el centro para menores acabó mal y mató a un compañero. ¿Cómo? ¿Por qué? Ni siquiera él lo recordaba del todo. Y así fue como la AP se convirtió en su última familia de acogida; y no tenía nada que envidiar a las anteriores. Se ensañó con él a diario con ese meticuloso esmero que tiene reservado para los más débiles.

Tenía que haber salido hacía ya varios meses; pero le había caído una prolongación de condena. Y el último episodio había sido una canallada. Todo el mundo tenía claro que Nono no podía irse solo de permiso penitenciario. Y le denegaban una tras otra todas las peticiones. La JAP acabó por concederle un permiso excepcional para un examen de aptitud profesional en la FPA (Formación Profesional de Adultos) de Tarbes; pero con ciertos límites. Solo podía salir con la educadora y

tenía terminantemente prohibido entrar en ningún establecimiento en que sirvieran bebidas. La ida y la vuelta transcurrieron con normalidad. Por la noche regresó en un estado de nervios impetuoso. Un perro loco. Corría de grupo en grupo para explicar, contar, volver a explicar, volver a contar. El segundo día, la educadora se buscó un pretexto para no acompañarlo. Y, por supuesto, cayó en la tentación. Una copa, otra… Luego ya no se acordaba de nada. Salió de la borrachera cinco días después. Tomó tierra cerca de Carcasona. Vio pasar un velero por el canal. Se dijo que el mar no caía lejos. Titubeó y luego se encaminó a la comisaría más próxima. Empujó la puerta y le soltó al policía de guardia:

—¡Soy el que se ha escapado del penal de Lannemezan!

El policía lo examinó de pies a cabeza. Y tanto la cabeza como los pies correspondían más a un bordonero borracho que a un peligroso presidiario evadido de la cárcel de alta seguridad. Se limitó a encogerse de hombros.

—Hala, vete a dormir la mona a otra parte o te meto en la nevera.

Nono puso cara de perro apaleado y retrocedió dos pasos antes de volver a la carga. Otro policía apartó el café que se estaba tomando y lo empujó hacia la salida con menos miramientos. Al de guardia acabaron por entrarle dudas.

—Espera, Robert. Vamos a comprobarlo, que nunca se sabe.

Quizá se estaba acordando de la anécdota que había ocurrido en esa misma ciudad, cuando un evadido, que había saltado el muro pocos días antes, llamó a la puerta de la cárcel el siguiente sábado y el carcelero se limitó a decirle por la mirilla: «Coño, no nos des la vara esta noche. Vuelve el lunes por la mañana».

El evadido volvió el lunes a las nueve de la mañana.

A Nono le cayeron cuarenta y cinco días de nevera. Y la anulación inmediata de diez meses de conmutación de pena. De hecho, si hubiera matado a un carcelero no le habrían puesto una condena administrativa mayor. Lo sacaron titubeante del calabozo. Con la barba enmarcándole el rostro enflaquecido. Estaba mugriento y apestaba a un olor rancio a cerrado. Ahora todavía quedaba por ver qué le ponía el tribunal correccional; y el de Tarbes era especialmente feroz con los presos de Lannemezan. Lo más seguro es que, por ese retraso en volver de permiso, Nono regrese con dos o tres años más en su macuto penal.

Antes de este incidente, Nono curraba en el taller de mecánica por mil francos al mes. En Lannemezan, la RIEP (*Régie industrielle des établissementspénitentiaires*) no era sino la esclavitud de un trabajo mísero pagado casi siempre a destajo, como en las fábricas del XIX. Mal pagado y sin condiciones higiénicas. La descripción del trabajo en el taller de trapos viejos era apocalíptica. Los presos llevaban un ritmo infernal entre las volutas asfixiantes del polvo de la tela rasgada.

«Sin vacaciones pagadas, sin remuneración de los días de paro técnico, sin remuneración de la jornada laboral en caso de enfermedad o accidente de trabajo, sin aplicación de las normas de despido, sin aplicación de las pautas sindicales o del

derecho de huelga…[19]» No por ello, desde luego, se dejaban de descontar a los presos del jornal todas las cotizaciones de la seguridad social.

Me gustaría que me explicasen cómo el mundo obrero acepta tan de buen grado esta paradoja. Quien vigila tamaña esclavitud desde la pasarela que se alza cinco metros por encima de las máquinas luce una chapa de Fuerza Obrera o de la Confederación General del Trabajo. Y los auténticos trabajadores, que se agotan en ese forzado empeño, ni siquiera gozan de los derechos sociales básicos.

Pero Nono necesitaba ese trabajo, como les sucedía a cuantos bajaban a los talleres. Tras la escapada, lo rebajaron de categoría y tuvo que irse de la planta de los que trabajaban. Había perdido el derecho al trabajo, lo que suponía un castigo dentro del castigo. A partir de ahora tenía que vivir solo con el salario mínimo interno, los 250 francos que se les daban a los indigentes. No era un dinero que saliera de las generosas arcas de la AP, ni mucho menos; salía de las cotizaciones obligatorias que se les quitaban a los presos para nutrir la caja de la asociación cultural y deportiva. Habíamos exigido ese reparto. Era nuestro dinero, pero tuvimos que imponer esa medida con una movilización. Y la administración les subió la paga a los indigentes.

Dentro de esa misma movilización, protestamos también por el hecho de que tuvieran que ir a pedir a la oficina del carcelero mayor, como si fuera una limosna, su dotación de productos de higiene. Los más pobres tenían que esperar en fila india para coger la bolsa que les entregaba el oficial, acompañada de la eterna canción: «¿Sabes que deberías trabajar? Hay un puesto de auxiliar de 380 francos mensuales, y un puesto de tornero en la RIEP… ¡Te vendrá bien para las reducciones de pena!».

En Fresnes siempre me intrigó lo que gritaba el carcelero de la planta baja:

«A ver los de la cuarta, la tercera, la segunda y la primera, que la Samaritana espera». La Samaritana penitenciaria se limitaba a esa simple bolsa de plástico transparente: una pastilla de jabón, un tubo de pasta de dientes y otro de espuma de afeitar, tres maquinillas de plástico amarillo y un rollo de papel higiénico…

—Nono, pide que te suban a la Sierra con nosotros. Te preparamos la celda que está entre José y Kiki la rana.

Ricou lo había conocido ya en la prisión de Toul y decidió hacerse cargo de él. «Como vamos a salir al mismo tiempo, ya le echaré un ojo en Paname».

Paname… Nadie salvo Ricou y Jipé, que es viejo, llamaba así a París. Sonaba a merenderos de barrios antiguos, con hules de cuadritos, huevos duros en la barra y el amarillo chillón de las jarras de Ricard. Gorras de visera y chupadas a los Gauloise de cajetilla azul. Películas en blanco y negro del domingo por la tarde en la cadena de televisión única, entre Léon Zitrone y Claude Darget. Y las escaleras de Montmartre, en invierno, entrada la noche, cuando me escurría hacia la calle Berthe acechando la vigilancia policíaca.

Paname.

Range tes marlous, range tes bistrots, Range tes pepees, range tes ballots
Range tespoulets, range tes autos[20].

Malik, un árabe joven nacido en una ciudad anónima que cae por el departamento de Essone, empuja la puerta de la biblioteca con una cara como si acabase de robar una cartera. Nos maliciamos que algo va a sacarse de la cazadora. Nos acercamos despacio. Él hace melindres, seguro de que va a causar sensación.

—Lo enseño, no lo enseño, lo enseño…

¡Y luego muestra por fin con ademán majestuoso, como si desenvainase una espada imaginaria, un billete de metro! Con un suspiro de asombro, los muchachos se lo quitan de las manos unos a otros para mirarlo y para olerlo. Me distancio del momento para recordar la escena de *El salario del miedo* y los maleantes viejos en camiseta sentados en la cantina de un pueblo de Centroamérica. Las cosas no son sino un eterno retorno. Pero ahora ya no se invoca a Paname, sino a la diosa Ripa[21].

La vestal con deportivas Nike, amansada por la Brigada Anti Crimen, con un vago toque de insurrección en el mejor de los casos, como un toque de rímel en unos ojos muertos. *On the border line*. En los aparcamientos de las ZUP (Zonas de Urbanización Prioritaria) del exilio interior, el humo negro de los coches incendiados les pone un poco de luz a sus días gélidos.

«¡Ripa! ¡Ripa!». Cierran los ojos y ya no se acuerdan del chorrito de agua de la plaza de Pigalle, ni de la calle Lepic, ni del molino de La Galette, sino del Forum des Halles y de extensiones campestres cuyas aceras bordean los Campos Elíseos.

Al final, me colocan delante con precaución el billete, encima de la mesa. Pero me he quedado de piedra. Me pinchan.

—Bueno, ¿qué? Bueno, ¿qué?

Están esperando un comentario, un recuerdo, una anécdota. Y no tengo nada que decirles. Me quedo desesperanzadoramente callado. El billete se vuelve hostil. Mientras pasaba de mano en mano, me llamó la atención algo raro. El color no era como tenía que ser. ¿A lo mejor se había mojado o había andado rodando por el barro?… Pero ahora lo tengo enfrente, con ese color verde tan cenagoso. Ni siquiera me atrevo a preguntar. Los demás no parecen sorprendidos. ¿Desde cuándo le han cambiado el color? Todo el peso de la cárcel abruma esta pregunta que me hago por dentro. ¡Igual que me pasó cuando mi hijo sacó un puñado de monedas en el locutorio, para la máquina de bebidas, y me di cuenta de que no conocía ninguna!

Soy ya un superviviente en un país extranjero. Paname. Tu n’espaspour moi qu’un frisson Qu’une idee, qu’une filie á chanson[22].

Nono pasa con nosotros un verano tranquilo. En cuanto abren las puertas va de una celda a otra, para andar de chachara y tomar cafés o gaseosas. Nos sigue cuando paseamos, vuelta a vuelta. Pasa muchas horas en la biblioteca, leyendo una y otra vez el catálogo de *La Redoute*, con la nariz a menos de diez centímetros de las modelos.

O se topa, al azar, con algunos libros en las estanterías. Ha localizado a Henri Michaux y recita en voz alta:

«Si el sufrimiento produjera una energía considerable a la que se le pudiera sacar directamente partido ¿qué técnico se lo pensaría dos veces antes de almacenarla y disponer que a tal efecto se construyeran las instalaciones pertinentes? Con palabras tales como "progreso, adelanto, necesidades colectivas" les cerraría la boca a los desdichados y conseguiría la aprobación de quienes pretenden dirigir caiga quien caiga. ¡Puedes estar seguro!»[23]

Deja de leer, sin alzar la cabeza. La mueve despacio, compasando el silencio. Luego va señalando otra línea con el dedo. «¡Yo también soy un esquiador en lo hondo de un pozo!».

—¿Qué demonios dice? —pregunta el Tunecino, muerto de risa—. ¿Te has fumado un canuto?

—Nono no fuma, sería un desperdicio. ¡Y, además, al segundo porro ya está casi con sobredosis!

Dejando de lado estas actividades, Nono hace musculación en el gimnasio con Yann, ese chiquito que es mi vecino y está preparándose para sacarse el título de monitor deportivo. Lo de «ese chiquito» es un decir, porque se trata de un ex boxeador de lo más musculoso. Es un fanático del culturismo intramuros. Cuando estaba fuera tampoco era ningún alfeñique. Un imprudente intentó extorsionar su negocio marsellés y lo guillotinó con una faca Opinel. Y como Yann tiene un acento del sur tremendo, cuando me contó el castigo del temerario no pude reprimir una mala imitación de Fernandel en *Le Schpountz*. «¡Se le cortará la cabeza, a todo condenado a muerte!».

—Nono, desde que vas tanto por la biblioteca y te tratas con los de la Sierra te has hecho comunista —afirma Seb'ltos con seriedad fingida.

—¿Y eso qué es?

—El comunismo te pone la vida manga por hombro. Acaba con el orden social, los últimos se convierten en los primeros, el hombre cambia radicalmente… Y, además no podrás seguir llamándote Nono, sino Si-sí.

—¿De verdad?

—¡Deja ya de darle la vara… coño!

—Que no, que no, que me interesa —protesta Nono.

Esa misma noche empezó a leer la *Historia del Partido Comunista* en tres tomos. No se le quedó mucho más que una remota idea de que él no era el único «comunista» y que había que luchar en contra de la injusticia. Intentó aprenderse La Internacional. Nunca pasó de: «Agrupémonos todos en la lucha final…». Y, desde entonces, cada vez que surge un conflicto o una protesta, Nono suelta enseguida: «es la lucha final… es la lucha final…».

En ese grito, voceado bajo la garita de vigilancia de los paseos, se reflejaba el ambiente de aquel fin de verano, todo por venir, aunque no por ello supiéramos aún de verdad qué podía estar finalizando. Pero algo pasaba. Todos notábamos, con más o menos intensidad, que el momento era frágil dentro de la quietud de la inexorable acumulación de los días. ¿Una quietud aún mayor? ¿O el primer soplo anunciador de la tormenta otoñal? Ha cambiado el aire. Han cambiado las miradas. He cambiado yo. Ya no estoy como estaba todavía en el mes de julio, en el mes de agosto. ¡El desesperado orden del preso se altera con tanta facilidad! Voy perdiendo tornillos y rodamientos de bolas. Me atasco, de la misma forma que la Sierra padece ahora un virus misterioso. Olfateo la llama de pasados conflictos. Una exasperación de ademanes desorbitados y monólogos revanchistas rompe contra las pasarelas. El volcán ruge en la isla, King Kong se estremece.

El 23 de agosto, la JAP convoca a Ricou para anunciarle que la Comisión de Aplicación de Penas no puede examinar su expediente de libertad condicional el 28, sino a finales de noviembre. No hay nada que justifique esta decisión, nada que la legitime. De la juez rezuma una arrogancia repulsiva y, además, algún acuerdo entre los diferentes poderosos de poca monta de la comisión. Por otra parte, cuatro meses a ellos les parece que no son nada o muy poca cosa. Y tienen razón, cuando uno acaba de chaparse veinte años, qué más dan otros cuatro meses. Bien poco es; o quizá es la gota de más en la íntima unión entre las múltiples gotas de un vaso a rebosar.

La JAP tartamudea, con la cabeza gacha, y luego se levanta y se encamina deprisa hacia la salida. Ricou mira cómo escapa, verja tras verja. Acaba de acusar implícitamente a las dos empleadas de la secretaría judicial, que se aferran a sus prerrogativas de agentes de la justicia. Pero el director las respalda. Bueno, el caso es que a Ricou todo le importa ya un carajo. Algo se le ha roto en lo más hondo, muy muy dentro, en una parte de sí de la que hacía mucho que no se acordaba. Y todos los melindres con que le vengan le dan ya lo mismo. Se han portado como un clan. ¿Podía ser de otra forma? En Lannemezan, la jefa de secretaría es la mujer del jefe de cocinas. Y su ayudante es la mujer del jefe de vigilancia. En cuanto a las educadoras del servicio «social», una es la mujer del director y la otra la mujer del jefe de talleres. Todo el mundo es jefe y todas las mujeres son la mujer del jefe. Viven entre sí y se reproducen penitenciariamente. Se unen contra la chusma debidamente numerada, a la que las fauces de su represión reglamentaria y sus míseros apaños judiciario-gratificantes exprimen como limones. Se nutren de desdén y odio, igual que una aristocracia decadente. Nos hablan por encima del hombro. Somos subhomínidos a quienes el desprecio de los amos y su violencia penal castra y amarra. No dejan ni por un minuto de organizar su silencio y su protección de proxenetas titulares. Solo hablan en bocadillos como los personajes de tebeo. Han decidido que… deciden que… y así hasta la parodia más grotesca.

Pocos días después, Ricou recibe la nota administrativa que le confirma el aplazamiento. No se les ha olvidado incluir una fecha de salida: ¡31-12-4000! Nos agolpamos en el patio para reírnos de esta nueva gilipollez de la secretaría. De propina, especificara bien claro que ha cumplido la mitad de la condena.

—¡Dos mil años para Ricou! —ríe el Glotón.

—Me trincaron cuando el destrozo de la galería comercial del templo, ¿no lo sabías? ¡Soy un ex miembro de la Banda de Jesús!

—Pues no te quejes que, por lo menos, el año 4000 es una fecha. Por fin se ha enterado de lo que piden los de las cadenas perpetuas. Lleváis años chillando porque sois los únicos que no tenéis fecha fija de salida.

Ricou ya está decidido. Tras «cinco años pidiendo sin parar la libertad condicional, ya no espera nada de ellos. Nada de nada de nada…». En vez de limitarse a esperar, va a pelear. El día del vigésimo aniversario de su detención, empezará una huelga de hambre indefinida. Va a pelear con la muerte por hambre contra la muerte lenta. Una muerte por otra. Un sufrimiento por otro.

Un contrafuego contra lo inenarrable, un incendio, una antorcha humana, un fulgor de vida en la noche totalitaria de las cárceles.

—Voy a salir, con los pies por delante, enfermo o rematado, pero voy a salir.

¡Esta libertad la voy a firmar yo solo y seré libre por partida doble porque no les deberé nada!

Y al oír esas palabras, Nono se entusiasma y dice a grito pelado:

—¡Es la lucha final!

La huelga

Arropado en un voluminoso anorak verde y con la gorra americana atornillada hasta las orejas, Ricou está tendido en la cama; tiene la piel de un tono céreo. En dos semanas de huelga ha perdido diez kilos y los primeros fríos del otoño lo dejan aterido hasta los huesos. Ahora, más que sentir hambre, tirita de frío. Ya hemos cogido la costumbre de pasar por su celda al salir de la Sierra o al volver a ella. Nos apretujamos de cuatro en cuatro o de cinco en cinco en ese espacio tan exiguo, sentados en la mesa, que ya no se usa para nada, o en una esquina de la cama, o apoyados en el lavabo.

—¿El principio está quedando bien, no? —pregunta Ricou.

—El enfoque histórico es correcto.

El Glotón se acaba de levantar. Va en calzoncillos, con una toalla al hombro y la jabonera de plástico rosa en la mano. Se fija en la puerta abierta y entra. Yo he traído la prensa militante. Nono lía un cigarrillo que pasa de mano en mano como si fuera un canuto. Nadie dice nada o casi nada.

—¡Coño, tíos, parece que estamos velando un fiambre!

El diente solitario del Glotón le ilumina la sonrisa burlona.

Me fijo en las botellas de agua mineral que hay al pie de la cama. Me estremece el flashback de la celda de la zona de incomunicación de Fresnes durante las largas batallas del hambre. Cuando en mi celda ya no había nada y quedaba reducida a dos filas de botellas de plástico azulado; a la derecha, las llenas y, a la izquierda, las vacías. Pasaba un mes, pasaban dos; y cuando ya no podía moverme me trasladaban al hospital penitenciario. Y volvían a amontonarse las botellas de agua en las esquinas de la habitación que estaba siempre en la punta de un pasillo, en uno de esos cuartos en perpetua remodelación, una alacena asquerosa, un moridero de días sin principio ni fin. El pensamiento se me disolvía en el coma del agotamiento biológico. De vez en cuando, se me acercaba a la almohada una cabeza deforme.

—¿Consiente en que lo alimentemos? No nos va a quedar más remedio que hacerlo por la fuerza.

Vinieron luego las noches en cuidados intensivos, con los pies y las manos amarrados a los barrotes metálicos de la cama. Los goteos me abrasaban las venas de los brazos. A algunos de mis camaradas los ataron y los cebaron como ocas, con un tubo en la garganta que les llegaba hasta el estómago.

En el hospital lo que se llevaba era la incomunicación y también las restricciones cotidianas de los hábitos carcelarios personales. Tales condiciones provocaron un movimiento de solidaridad de los únicos detenidos sanos del lugar, los auxiliares y los trabajadores. La directora, una burócrata insípida, acabó por acceder a recibir a tres delegados. Puesto que parecía tan evidente que no se nos podía relacionar con los

presos «normales» preguntaron por qué no se nos aplicaba el mismo régimen que a Paul Touvier. El jefe de la milicia de Vichy estaba a la sazón preso en la planta baja y gozaba del famoso régimen vip, obra de la «izquierda» cuando suprimió la categoría de preso político para los revolucionarios encarcelados. El régimen en cuestión es sintomático de la mentalidad reaccionaria de este fin de milenio. Al poner la lucha por una causa, la política convertida en compromiso auténtico, en acción, le parecía una infamia, una villanía. Mientras que saquear las arcas de la nación y organizar la corrupción generalizada lo veía como una simple necesidad para poder financiar a los partidos institucionales. «¿Todo el mundo lo hacía, pues?». En la década de 1990, en la sección tercera de La Santé, mientras en la planta baja aplicaban el tormento blanco a los militantes revolucionarios y anticolonialistas, en la planta de arriba un asesino profesional y un torturador como el mercenario Bob Denard podía pavonearse entre altos ejecutivos y otros funcionarios importantes que disfrutaban del régimen vip.

—Pero si es que los asesinos son ellos —eructó la morenita.

Estaba claro que a una directora Paul Touvier le parecía un ancianito encantador y, además, tan fino… ¡Y creyente de propina! ¿Total, qué había hecho? Solo expulsar a unos cuantos miles de judíos. Utilizaba la palabra expulsar, y no deportar. ¡Qué increíble! Expulsar; en última instancia opinaba que los dos trabajaban en lo mismo. Ella organizaba el traslado en ambulancia de los presos vascos en huelga de hambre. ¡Venga, a Alcalá! Como si estuviera elaborando listas de personas sin papeles y enfermas para otro vuelo charter rumbo a países hambrientos. Estoy seguro de que en la actualidad está en un cargo de mucha responsabilidad en cualquier dirección provincial.

Mucho después conocí a una directora joven que iba por la vida con pantalones de cuero ajustados y tacones aguja interminables. No hacía falta conocerla gran cosa para darse cuenta de que llevaba la represión bien atornillada en lo más hondo de un alma en forma de látigo. Los presos la apodaron «la emperatriz». ¡Todo un programa! Llevaba toda la vida queriendo estar del lado de los que tienen la sartén por el mango. Suspendió las oposiciones a la magistratura; y luego las oposiciones a comisario de policía; al final acabó en la Administración Penitenciaria.

Íbamos a todas partes con las botellas de agua. Incluso cuando nos llevaban al Palacio de Justicia en silla de ruedas.

Las sujetábamos entre las rodillas. En los sótanos del Palacio de Justicia, los escoltas nos tiraban encima de unos colchones mugrientos y, como las esposas se nos salían, nos trababan con sargentos.

De cara a los jueces de instrucción y a los tribunales había que hacer como si no hubiera ninguna huelga porque el espectáculo *must go on*. La propaganda se inventaba restos de pacotilla. Aplazar los juicios equivalía a ceder a nuestro chantaje «terrorista». Por lo tanto, tenían que celebrarse a cualquier precio. Pero a nosotros nos importaban un carajo esos juicios teatrales. Nosotros solo luchábamos para

sobrevivir, para resistir ante las condiciones extremas en las que llevábamos ya meses sumidos, para poder escribir y recibir correspondencia, leer prensa y recibir visitas… Luchábamos, en fin, contra la incomunicación total y sus bien conocidas secuelas catastróficas. A la noche, unos cuantos periodistas muy «serios» explicaban a su audiencia que exigíamos que nos pusieran a los hombres y a las mujeres juntos en la misma celda. Aprovechaban tales cuentos chinos para perorar acerca de nuestro distanciamiento de la realidad de aquellos años sin verdades. Había también «militantes» no menos «serios» que aseguraban que peleábamos por conseguir privilegios; y mientras el Estado nos asesinaba a fuego lento.

Colocaron una tumbona en el sitio del acusado, en la amplia sala de lo criminal. Me traía a rastras o en vilo un madero. Detrás venía mi médico y se sentaba junto a mí. Un equipo de reanimación esperaba en el pasillo, listo para intervenir al menor mareo. Tenía que sobrevivir a toda costa. ¡Les daba demasiado miedo que me perdiera un episodio! Los policías me dejaban al lado, en el banco viejo de madera, mis dos o tres botellas de agua. Siempre se sacaban de la manga algún experto que nos declaraba aptos para que nos condenasen democráticamente. Pero ante aquella tragicomedia, el presidente forzaba el ritmo de los debates sin dejar de vigilarme con el rabillo del ojo.

—Doctor, ha cerrado los ojos, se ha quedado dormido. ¡No quiero juzgar a una persona inconsciente!

Yo estaba amodorrado. Pasaba de fases de gran exaltación en la sala de atrás, con mis camaradas, al mazazo de las prolongadas sesiones de justicia didáctica.

Remataban el trabajo sucio y condenaban a los terroristas. Y los jodia que nos negáramos tozudamente a colaborar con ellos en una nueva legitimación de la abisal virginidad del Estado de derecho mediante tan farragoso ritual. Con lo que sus juicios se quedaban en lamentables ceremonias de victorioso regocijo. El fiscal no tenía nada que envidiar a esos fans de los equipos de fútbol que berrean a más y mejor: «Campeones, campeones». Y bramaba; «Campeones, campeones…». Yo soñaba, en mi silla de cubierta, y me acunaban las olas de los bancos de madera. Me acordaba de cómo acabó uno de los miembros de «la Brigada» en la época de la Ocupación. Saltó por el aire junto con su bomba en el cine Varietés de Toulouse en donde echaban esa noche Le Juif Süss. Gravemente herido, lo juzgaron en una camilla. Pocos días después, los carceleros de Saint-Michel lo sacaron de la celda y lo llevaron a rastras, por las galerías, hasta el «patio de honor». Lo estaba esperando el pelotón de ejecución y lo fusilaron sentado en una silla tras varios intentos para que se sostuviera de pie contra la pared de ladrillos rojos.

Yo clavaba la vista en el ventanal del otro extremo de la sala, por encima del capítulo de periodistas. Un policía colgado de un cable se columpiaba en el vacío con su fusil semiautomático, como un péndulo gigantesco. «Te pesan los párpados, te pesan como el plomo», y me quedaba dormido. Entre diciembre de 1987 y marzo de 1988, más de ciento veinte días de huelga; de mayo a junio de 1989, tres meses… En

cada una de ellas, me quedaba en unos cuarenta kilos. Tenía una cara que era la anticipación de mi futura ancianidad. Tras una dosis de suero por goteo saqué fuerzas para ir hasta el lavabo. Estaba desnudo y el espejo me devolvió la violencia de una imagen robada de los campos de concentración. Se me salían los ojos de las órbitas, los omóplatos me apuntaban como alas de tricerátops, tenía las piernas igual que los bolos tradicionales del territorio bandolero: unos palillos con un nudo enorme en el centro. Allí me quedé, temblando de debilidad, fascinado ante aquel esqueleto, todo el tiempo que pude aguantar de pie.

Los tres primeros días de huelga de Ricou, en el pabellón B hubo más de treinta y cinco presos que no cogimos las bandejas de comida; una decena larga del A hizo lo mismo. Tras este arrebato de solidaridad, la población de la isla se fue dividiendo insensiblemente en grupos muy claros. Están los amigos de Ricou y los compañeros rebeldes, esos que no se resignan y vislumbran en cada lucha, por muy humilde que sea, un fuego de campamento a la orilla del camino, en el que agrada calentarse y compartir el pan de los insumisos. Y están además los que se arriman a él porque el gesto los conmueve y se identifican con ese rechazo. Ni que decir tiene que a esos se suman los «laborales», como dicen los «liberados». Todos los que no son presos «profesionales». Todos los que no aceptan la cárcel como algo normal en la vida, como una casilla obligatoria cada vez que recorren el tablero. También están los indiferentes. A quienes todo y todos les importan un carajo. Interpretan la pantomima del libre arbitrio, de la elección; se creen únicos, pero no son ya sino unos híbridos jurídico-consumidores a quienes tienen atontados los mensajes del orden carcelario. Se encogen de hombros desdeñosamente. Siempre tienen un buen pretexto, sacan a relucir una verdad o un rumor, ¿qué más da? Reniegan de los demás de la misma forma que reniegan de sí mismos. En el fondo no son ya sino una inconcreta alquimia biológica, un leve chapoteo de células y plasma.

Queda también clara la hostilidad creciente de una considerable minoría de los caballistas. La manada se intranquiliza. Al principio, iban pasando por la celda de Ricou para aconsejarle que lo dejara. «No sirve para nada y te vas a estropear la salud…». Soltaban los rollos usuales y los grotescos axiomas del pensamiento sometido. Al ver que Ricou estaba decidido, le dieron la vuelta al problema y lo retrataron con los rasgos del manipulado.

—¡Es que lo anima Jean-Marc!

Y ahora siempre que se cruzan conmigo me lanzan miradas aviesas.

Hay en su grupo muchos presos en la misma situación, que podrían llevar en la calle dos años e incluso más, y la lucha de Ricou pone su caso en evidencia. La resistencia de que hacen gala desvela su bajeza. Se dan cuenta de que si luchasen como él podrían vislumbrar la propia liberación. La libertad se convertiría en un objetivo por alcanzar, por conquistar, y no en una fatalidad que hay que tragarse como si fuera una hostia estampillada con los sellos de la JAP y del fiscal. Pero dentro de un año, dentro de dos o de tres, se pondrán de rodillas. ¡Sí, como los

demás! Y dirán: «gracias, señoría… gracias a todos, a los jueces y a los carceleros, gracias, gracias…». En su fuero interno, pese a años de lamentaciones e incluso de rebeliones a veces, creen religiosamente en este sistema de castigo que los machaca. Frente a la negativa de Ricou, su absurdo servilismo renace aún más fuerte. Y algunos lo llevan mal, peor que una agresión física. Y se vuelven peligrosos.

Cuanto más veo vivir a los caballistas, cuanto más vivo con ellos, más se me impone la evidencia de que la liberación y el enfrentamiento con la AP los asustan más que las fauces de la muerte lenta. Temen por sí mismos, por el irrisorio confort que se han montado y autogestionan. Temen ponerse a mal con los miembros de la comisión; temen que les vuelvan a denegar el traslado, la reducción de pena… Tienen miedo y, cuanto más miedo tienen, más se ven obligados a hacerse los fanfarrones, a hablar, a acusar. Tienen un nombre que defender, son maleantes, maleantes de verdad. Hombres fuertes que no tienen nada que demostrar. Y cuanto más miedo le tienen al sistema carcelario, más propician la violencia física contra los más débiles. En último término, así se entiende cómo la cárcel fabrica cobardía y su compensación natural: la represión de los vulnerables. Cuanto más terrorista es la cárcel, más engendra reincidentes monstruosos. Uno de los hermanos Jourdain a quien han juzgado estos días en Bhétune por asesinar y violar a cuatro desventuradas estaba también en la cárcel de seguridad de Châteauroux. Agachaba la cabeza ante las vociferaciones del carcelero. Agachaba la cabeza ante los duros de esa ciudadela de la ferocidad. Lo rechazaban todas las relaciones de fuerzas del entorno carcelario. ¡Las galerías lo recuerdan tan poco! En cuanto salió, y casi de la forma más natural del mundo, se volvió lobo para cuantos fueran más débiles que él. Y una noche de Carnaval, este destino les cayó encima con todo su peso de hormigón y rejas, a cuatro adolescentes. Ahora le tocaba a él, en plena barbarie, valerse de la fuerza, envilecerlas, abusar de ellas y, finalmente, enviarlas a la nada, de la misma forma que, de paso, volvía él a su propia nada: ¡el presidio!

La lucha de Ricou les pesa a los encarcelados; desbarata el orden ordenado de frágil equilibrio. Las tensiones se exacerban. Se repiten los incidentes. Estallan las provocaciones igual que esas burbujas que aparecen en la superficie del puchero al romper a hervir. Los sentimientos anárquicos hacen vibrar la isla.

Durante estas últimas semanas, algunos carceleros exhiben de forma ostensible en la manga del uniforme la llama tricolor del Frente Nacional. El primer incidente serio surge una mañana en el segundo pabellón zona norte. Se enfrentan en una violenta discusión un vigilante con anchuras de jugador de rugby y un marsellés bajito y nudoso como un tronco de olivo: Karbous.

—Vuelve a decirme que soy un moro de mierda. Dilo, bocazas. ¡Y te meto lo que sea por el culo, para que lo sepas! ¡Putón!

Ruge la melodía del acento provenzal como las olas en una cala. Vuelan por los aires los insultos como los pregones del pescado en el Puerto Viejo.

—Yo seré un moro de mierda, pero tú eres una piltrafa y un hijo de puta.

—¡Pégame si eres hombre! —insiste el carcelero, adelantándose con los brazos colgando para demostrarle que no se piensa defender. Anda buscando una baja. Un puñetazo son diez días de holganza. Un puñetazo solo es un puñetazo; más daño le va a hacer él mandándolo ante un tribunal que le ampliará la condena en uno o dos años…

Es el sistema de Lannemezan. Te provocan, te provocan y, luego, como muchas veces no se encuentran más que con una bofetada o una patada, pueden alardear ante el tribunal correccional y provocar por última vez al infeliz, que empieza la ronda de las zonas de incomunicación.

El joven se abalanza. El carcelero da la alarma. ¡Ding, ding, ding! Todo el mundo se revuelve. ¡Ding, ding, ding! Los carceleros y los presos. Retumban las carreras por las baldosas de los pasillos. Me estaba duchando y he oído toda la pelea. No me da tiempo a aclararme. Me pongo el albornoz, para no quedarme encerrado. Y salgo a la galería. Los carceleros con galones ya han llegado y se disponen a facturar a Karbous. ¡Ding, ding, ding! ¡El tren con dirección nevera va a entrar en la estación! Pero las vías están ocupadas. Hay grupos de presos que tapan todos los puntos de paso. Y los boqueras se quedan pillados.

—No os lo vais a llevar. Lo hemos oído todo y ni hablar de que el chico pague el pato.

Los boqueras se cagan en todos. Y la situación se pone tensa. Observo el incidente desde la reja de la Sierra, chorreando aún. El vigilante de planta intenta en vano que me «reintegre». «Por favor, reintégrese; por favor, reintégrese…». Tiene razón, no estoy ya ni pizca de integrado. Lo llaman «labio partido».

«Dartañán», es un individuo de por aquí, descendiente de la emigración italiana, racista. Un día le preguntó, en un aparte, a Francois el Corso: «¿No resulta muy penoso vivir con todos esos moros?». Le tapo la salida de emergencia y se le pone con razón un tono inquieto de voz. «Por favor, reintégrese». ¡De eso nada, estoy rabioso! Me ha entrado la rabia de golpe, con los gritos, con la intolerable demostración de fuerza que nos imponen. Los boqueras llaman por teléfono y cuchichean en sus *walkie talkies*.

Una mínima metedura de pata y estallará del todo la contienda. Se necesitan toda la buena voluntad y la sensatez de un vigilante ya mayor para rebajar la tensión. Unas pocas palabras apaciguadoras y un consejo hábil a los que lucen galones para que se retiren hacia el ascensor; y vuelve a la planta una calma provisional. Provisional, pues es bien sabido cuan poco les gusta eso de tener que retirarse con el rabo entre las piernas. El día no ha concluido y lo tengo en cuenta a la hora de vestirme. Pese al sol que hace, me pongo unos vaqueros y me echo una cazadora al hombro. He visto tantas veces cómo largan a alguien a la otra punta de Francia en pantalón corto y en chanclas, o incluso en albornoz; o desnudo, sin ir más lejos.

Sabemos por experiencia que, cuando se topan con una oposición consecuente, invierten la relación de fuerzas y se presentan diez carceleros cuando los muchachos están encerrados en la celda. Llegan entre las doce y las dos de la tarde, como cuando facturaron a mis dos vecinos, Dédé y Filou. O, por la noche, después de cerrar. O también de madrugada, a las cinco. Se abalanzan sobre la cama, asfixian, traban, gasean, amordazan; y luego sacan a los muchachos en calzoncillos hasta el camión aparcado en el «patio de honor». Así transcurren las desapariciones en la isla, en ese silencio en que solo retumba el entrechocar de las llaves y los pasos sordos del ciempiés uniformado. En el patio de los Coloreds, se habla con vehemencia…

—¡Vendrán por él entre las doce y las dos, seguro!

—De eso nada. Hay que dejar esto solucionado ahora mismo. Reventar el tumor.

—Momo, vigila la verja y mira a ver dónde andan los boqueras. ¿Dónde está Karbous?

Las cámaras giran en los postes.

—Bueno, chicos, a las once y media nos negamos a subir. Bloqueo. Pasadlo.

Las doce menos veinticinco. No llegamos a veinte los que damos vueltas y más vueltas, empecinadamente, en el patio de los Coloreds. Los demás han subido a escondidas, clavando la vista en los zapatos o en la pared de enfrente.

La manada de caballistas se larga; se oyen los cascos retumbar en el vestíbulo del pabellón. Patean, nerviosos, tras la puerta azul. ¡Pronto, pronto, que queremos ir a lamer el plato de lentejas!

Nos llama una voz desde una ventana.

—Eh, tíos, ya podíais haber avisado. ¿Y ahora cómo voy a quedar yo? ¡Que no soy una puta!

—Ya lo sabemos, Rene. Subí, pero no te encontré. ¿Dónde estabas?

—En la enfermería.

—¿Entonces por qué chillas? No podía avisarte.

—¡Chillo para que me oiga todo el mundo, mis vecinos, los caballistas, los carceleros y quien haga falta! ¡Para que todo el mundo sepa que no soy una puta! Que no soy una puta y que estoy a tope con todos vosotros, chicos. Por eso chillo.

Seguimos dando vueltas. Formamos grupos de tres o de cuatro y seguimos dando vueltas. Los trulleros nos vigilan desde la garita. El bloqueo ha acabado con la tensión. Ahora estamos calmados. Estamos haciendo algo. Aunque no sea más que una actitud lógica de solidaridad, nos sentimos a gusto. Nos sentimos a gusto. Seguimos dando vueltas.

Nos pasamos revista con el rabillo del ojo. Nos reconocemos. Como de costumbre, están los moritos y los políticos, y los rebeldes usuales, parte del club de Viet Vo Dau y unos cuantos chicos que andaban por aquí abajo. Seguimos dando vueltas. Todos en el mismo sentido, despacio. No contestamos a los carceleros, que quieren parlamentar. Seguimos dando vueltas como el segundero de nuestros relojes. Seguimos dando vueltas como quien lleva el compás de un plazo.

Karbous ha ido a hablar con los de los galones. Si no vuelve, nos quedaremos aquí hasta que lleguen las Compañías Republicanas de Seguridad. Veinte minutos, media hora. Por fin regresa Karbous. Un grupo lo rodea. Los demás siguen dando vueltas mientras atienden.

—Bueno, chicos, no me trasladan hoy. Voy a juicio a primeros de la semana que viene. El informe solo menciona «insultos»: una semanita en la nevera. Por mí vale. Así que creo que podemos subir.

Nos hemos movilizado por él, quien decide es él. Nos vamos en fila india. El carcelero culpable del incidente sujeta la puerta azul para que pasemos. Nos mira fijamente. Detrás de las rejas, el boquera va poniendo una marca en la lista de nombres, para el informe. Quieren demostrarnos que ellos tampoco se rajan.

Karbous nos espera en el descansillo de la entreplanta. Nos da a todos la mano y las gracias. «Habéis sido muy legales». Y la respuesta es siempre la misma: «Lo normal».

Dos días después, hay un incidente por culpa del teléfono. Hafidh lleva más de una hora intentado localizar a su patrón para que le haga un certificado de trabajo para la libertad condicional. Un preso, bastante irascible, se ha cansado de esperar y lo ha sacado *manu militari* de la cabina. Nada de particular. Pero Hafidh va a terminar su condena en la zona de incomunicación.

Un grupo de presos muy airados me viene a buscar al patio.

—Haz una petición para que pongan otro teléfono. O, si no, arrancamos la puta cabina y nadie vuelve a llamar. Por la tarde, dejo la petición en una esquina del escritorio de la biblioteca. Los primeros en llegar se disponen a firmarla.

—No, chicos, nada de firmas ilegibles. El nombre, solo el nombre. Planta por planta.

Y ya no deja de ir y de venir gente. Cincuenta y seis muchachos, uno tras otro. Rechinan los goznes viejos de la puerta. En el silencio del pabellón, este chirrido continuo marca el compás de una rabia incipiente. En la segunda planta, tendido en la cama, el Glotón se alarma al intuir un follón en ciernes.

Los caballistas se intranquilizan. Se preocupan. Han firmado demasiados tíos. Y algunos de la manada lo han hecho sin avisar a los demás. Y, sobre todo, un moro joven avisa bien alto de que, si conseguimos otra cabina, echará de ella a navajazos a cuantos no hayan firmado la petición.

La dirección responde con un silencio incendiario. No obstante, se han tenido que tragar la petición, pero todavía siguen jugando a eso de «no pensamos negociar nada con ellos». El mutismo apura el mal humor de los presos.

El diálogo era ya muy tenso; y se rompió. Ahora, el tozudo silencio de la dirección presagia el levantamiento y el incendio. A partir de este momento, la menor pavesa mal apagada puede prenderle fuego a la ciudadela exangüe del territorio bandolero. Ya está hecha la pira, lista para que salte la llama. Una hoguera de san

Juan en pleno otoño. ¿Por qué no? Los negros deseos paganos de purificación arrullan los sueños de los muertos vivientes… La desesperación crece. Como le sucedía al spleen de Baudelaire, sus sombrías alas laten entre los muros grises de la prisión. Igual que pasa con las olas, el ardiente debate viene tras la resaca del abatimiento. Los conspiradores aspiran al incendio. Los «sindicalistas» sindicalizan las reivindicaciones de papel. La agitación altera la sombra de los patios cubiertos y de las salas de uso común. Todo es ya imposible; todo es, pues, posible ya. Todo parece infinito y no es ya sino cuestión de horas. Es todo o nada en cada momento, cada vez que se cruza un preso con un carcelero, cada vez que subimos del patio.

—¿Quién coge las llaves?

La rebelión está a punto de aflorar a los labios, está en los gritos y en las broncas. Va corriendo de la misma forma que vuelan las últimas golondrinas del verano indio. Abrasa los ojos de los más decididos.

Nacen y crecen planes. Desde hace meses, desde hace años, la inteligencia colectiva de los presos ha descubierto el truco de los puzzles de los sistemas de seguridad. En menos de diez minutos, estallarán los primeros incendios y los pabellones caerán, uno tras otro, en manos insurrectas.

—¿Cogemos rehenes o no?

Hay dos versiones enfrentadas. O nos lanzamos al asalto de los muros, intentando salir a toda costa. O ocupamos la cárcel. Hay que tomar una decisión rápida. Vivimos bajo la presión de debates anárquicos. Y hay que evitar los chivatazos dentro de lo posible. Los presos vacilan. Pasan de la voluntad más temeraria a la necesidad de aferrarse a los lamentables argumentos de los más «sensatos». Otros están asustados, sin más. Todo el mundo tiene buenas razones para justificar sus posturas tajantes. Vivimos en el filo de la navaja.

—¡Vamos a quemar la cárcel! ¡Vamos a quemar la cárcel! —vocifera un árabe en la esquina del pabellón A.

—Lo primero que hay que hacer es hablar de las penas largas.

—¡Pues claro! Hay que conseguir que venga una comisión del ministerio…

Como otros muchos, el Glotón está furioso. Lo vigilo, porque mucho me temo que se le reviente una cañería antes de que empiece el baile. Ayer, en la biblioteca llena de humo y atestada de gente, con todo el mundo hecho un manojo de nervios, tuvo otro fallo cardiaco, cosa nada buena para sus *by-pass*. Desde entonces, se duerme con el temor de no volver a despertarse. Ahora él también dice que está dispuesto a luchar a muerte por una mínima esperanza de salir antes de palmarla e irse al paraíso negro de los ácratas, con Ravachol, el viejo dinamitero de jueces, y Jules Bonnot.

¡Las petroleras de la Comuna se pondrán enaguas rojas para hacerles compañía! ¡Allá arriba la calefacción será de nitroglicerina! Seguro que el paraíso de los ácratas se parece a una calle de Barcelona en mayo de 1937. Una carreta haciendo de barricada, unos cuantos fusiles en alto, un himno a la alegría a voz en cuello y, ante

todo, el sistema de toda la vida. Al fondo de un callejón sin salida, en la penumbra rojiza de un cuchitril, a los ajusticiados, con la cabeza bajo el brazo, se les escapará una lágrima cuando Louise hable de islas lejanas. Saborearemos la nostalgia igual que el azúcar de un delicioso ajenjo. Nos reiremos de sus cárceles… Y cuando hayamos bebido bastante, los más borrachos se irán al filo de nuestra nube y, desde ahí, les vocearán dantescas atrocidades a los gilipollas del purgatorio de los funcionarios.

Una vida de cárcel. Diecisiete años por esta única condena. En los años 80, pocos meses después de haber salido de Clairvaux, solo y entre la espada y la pared, atracó un banco con un fusil de caza viejo. El director intentó desarmarlo. Hubo un relámpago ante las ventanillas.

—¿Cómo vas a pensar ni por un momento, metido en la cárcel, en lo que hiciste? ¿Considerar todo esto, los muros, la condena como una justicia? ¿Y cómo? Te pones a estudiar y, después de pasar años esforzándote, la comisión se te ríe en las narices. Las peticiones de traslado que haces acaban en el cesto de los papeles. Al fin se me aclara un poco la vida. Tengo a Louisette, que me está esperando. Tengo una casa. Tengo una pensión, por motivos de salud. Pero ¿por cuánto tiempo? ¿Van a esperar a que ya no me quede nada para mandarme a la calle? ¿Van a esperar a que acabe en el moridero, como Le Dantec, Jeannot y los demás? ¿Cuánto tiempo me van a seguir hablando de los movimientos de lucha y del intento de motín de Clairvaux? He cumplido la condena; si había que pagar, ya he pagado. Y muy caro lo he pagado. Y, en lo demás, es posible que algún día, cuando esté libre, después de una noche de insomnio, me arrepienta de mi rumbo de asesino y me acuerde de aquel pobre infeliz al que me cargué desde otro punto de vista que el que consta en el sumario. Quedaré libre cuando tenga un atisbo de nuestros empeños de hombres, del mío, el del asesino, y del suyo, el del asesinado. Yo, que no tenía nada, o bien poco, y él, amarrado a la correa de sus certidumbres de «hombre honrado» que no son más que estampitas que nos sirven en reader’s digest desde la escuela primaria.

Con la palpitante fiebre de esa usual desesperación, un joven condenado a cadena perpetua propone que escribamos una solicitud para que se restablezca la pena de muerte. Entiendo su forma de decir basta a la hipocresía. Pero me acuerdo de Mumia esperando en el corredor de la muerte de una cárcel de Pensilvania; de Puig Antich a quien partió el cuello el garrote vil; de Soudy, aquel chico de la banda de Bonnot que subió al cadalso escupiendo un postrer esputo de tuberculosis…

Los auténticos responsables están a años luz de la realidad que se vive en estos penales suyos. Vienen de visita. Se deleitan con las estadísticas. Proyectan nuevas cárceles. Pero planean, subidos en su nube exterminadora. ¿No habrán pensado nunca en matarnos con sus propias manos y con balas, con balas de verdad?

Una mañana, cuando Ali Galliano, a quien habían trasladado desde Lannemezan para volver a juzgarlo, se lanzó a escalar el muro, Tapie estaba asomado a la ventana

en su celda de Luynes. Como todo el mundo sabe, fue diputado y ministro. Ali cruzó la reja y empezó a trepar. Las dos torres abrieron fuego. Al final, el pobre Ali se quedó bloqueado a un metro de la libertad. Inmóvil. No tenía fuerzas para seguir subiendo. Tenía los músculos petrificados. Las balas rebotaban a su alrededor. Se quedó así unos cuantos minutos, antes de dejarse caer. Se desplomó tan torpemente como su sueño de evasión. Se quitó la camiseta y caminó hacia el carcelero de la torre de la derecha.

—¡Mátame! —le gritó, presentándole el pecho. El carcelero disparó dos balas, pero sin intentar darle. Los presos vociferaban.

—¡No lo mates, maricón!

—Pero ¿cómo? ¿Le están disparando balas de verdad?

El tiroteo duraba desde hacía diez minutos y Tapie aún no se había enterado de qué iba el asunto.

La voz de la celda vecina le contestó sencillamente:

—¿Pues que te creías? ¿Que disparan con cartuchos de mierda seca?

La sal de cobre

«El recuerdo de estas cosas no desaparece. En lo hondo del infortunio, suele haber un hombre… Sería menester que ese hombre siguiera tras vencer el infortunio… Es difícil». ¿Por qué he querido leer de nuevo *Los conquistadores* después de treinta años? ¿Por qué? Vuelvo a verme, a finales de aquel verano del 68. Bien entrada la noche. Sentado enfrente de la ventana abierta de par en par, que daba a la oscuridad. Con una linterna en la mano para poder leer. A lo lejos, los vagones de mercancías topaban unos con otros obedeciendo las órdenes gangosas de los altavoces. «Vincularse a una acción grande y no dejarla ya, intoxicarse con ella, obsesionarse con ella…».

Ahí fue donde germinó esta elección, este compromiso, esta entrega total, noche tras noche. A los dieciséis años, a veces, intuye uno la propia historia de una sola vez, como un surco fulgurante, igual que una bala.

El sueño de un destino, de una fidelidad poética. Algo que rebase, aunque solo sea un poco, esa vida de insecto obtuso que nos espera.

Entre escalofríos nocturnos, disfrutaba de mi elegido devenir. De esa rebelión que me acuna y me acunará en adelante como el latido de otro corazón más. Un corazón más ancho, más allá de nuestra caja de música interna, de ese manantial mínimo.

Necesito un órgano capaz de palpitar en pos de torrentes que sepan ser rabiosos e imperiosos. Que esté a la altura de la certidumbre de que la única acción grande de nuestra época no puede ser sino el rechazo del propio sistema. El rechazo del embuste espectacular, de esta comedia tiránica y del parloteo ensordecedor que gangrena todas las mentes para convertirlas en inconcretas esponjas que aceptan indolentes el flujo y reflujo de las mareas, lo mismo que sentidos únicos.

Todo cuanto constituye lo uniforme, lo integrado, lo correcto, lo me-reconozco-en-los-demás-que-sufren-como-yo. ¡Este respeto por las cadenas, por los límites, por las fronteras, por la absurda servidumbre, todo eso, todo! Lo rechazo. Lo rechazaré a cambio de la esperanza «de llegar a la sensación de una existencia más realmente humana». Rehusaré la lógica de la mercancía, ese perpetuo intercambio entre el comprador y lo comprado, el vendedor y lo vendido. En la metrópoli, te doy mi vida y tú me das un poco de dinero, solo lo suficiente para que siga vivo y me olvide hasta de la última gota de mi vida de hombre. Para que me olvide de mis deseos auténticos y no de los que me marcan las máquinas de consumir. De consumir ilusión. Tú, la diosa despótica, me atiborras todos los días con paletadas de cotidianidad determinada de antemano y con los pertinentes avales, de la misma forma que Jacques Lantier atiborraba hasta arriba a su locomotora Lison. No nos dejas ya ser ni bestias humanas ni nada.

Hacemos lo que nos ordenas, vestal carnívora, lo que nos impone tu dictadura y lo que aceptamos con la irrisoria certeza de quienes aún creen que pueden decidir a tenor de la propia voluntad.

Matrona Propaganda, has proscrito todo espíritu crítico de este mundo convertido en templo agnóstico de lo artificial. Tu sistema devora en cada momento cualquier relación entre los hombres, cualquier frágil intento de aislarse, de alejarse, de huir, de desaparecer. Todos estamos acorralados entre la espada y la pared. Y con la indecisa inconsciencia del adolescente, decidí no consentir en que me apiolasen la aventura antes de empezarla. Di un paso al frente hacia los fusiles apuntados.

Unos meses antes, una autoridad situacionista había escrito: «Puesto que la sociedad ha destruido cualquier posible aventura, la única aventura posible es destruir la sociedad».

La misma noche en que lo leí me fui a la calle sin hacer ruido y pinté en letras mayúsculas esa sentencia en el frontón gris de una fábrica. Con amplias pinceladas. Con desmedido corazón de predicador. De profeta.

Por entonces, nuestros gritos en las paredes lanzaban un mensaje tan poético como protestativo. Ahora, los jóvenes pintan con sprays sus motes, o el nombre de su clan, estilizando las letras como si se tratase de una marca de cigarrillos o de sopa de lata. Aceptan, a su manera, la condena consumista. Y ese producto sin etiqueta intenta en vano, llegada la noche, convertirse en publicitario.

Tendido en la cama, aparto el libro y dejo caer la cabeza en la almohada. Me van invadiendo pensamientos fraseados, como entra el agua en un barco que se hunde. Es un sálvese quien pueda. Me incorporo airadamente. Tengo que librarme de esta marea de palabras que me hace naufragar, que me trastorna. Huyo del peligro de ahogarme y, al hacerlo, no sé ya si tengo que salir corriendo o si debo intentar tapar el puchero carcelario que hierve. Empujo la puerta con ambas manos, estirando los brazos. En vano. Las olas barren el obstáculo. Noto ya cómo me suben las palabras por las piernas y por los brazos, en columnas de sílabas procesionarias y ciempiés sintácticos. Las menudas mandíbulas negras de los alfabetos insectoides me dejan en los huesos.

Acabo de vestirme mientras camino por la galería a oscuras. Los cristales blindados me devuelven el espantajo trémulo de mis convulsiones. El ojo electrónico me ha localizado. La puerta automática se anticipa a mi requerimiento.

¡Clac! Me meto desordenadamente por la escalera. La puerta azul. ¡Clac! Soy el bicho que sale del túnel oscuro del toril. Llevo la marca de la garrocha. Voy con el morro adelantado, listo para cornear el trapo rojo.

Enfrente, la sala de la lavadora está vacía. El rincón de los «porteros» también. Y están desiertos los pasillos de los «manguis» y los «chabolos»… ¿Dónde están? La cárcel parece abandonada; el radiador de los nativos de Reunión semeja un animal doméstico postrado a la espera de poder hacer fiestas a los amos cuando regresen.

Al grupo de los de Reunión lo deportaron una mañana de invierno. Llegaron con sus mínimos petates, ateridos, apenas vestidos con camisas playeras. Desde entonces, se están muriendo de la friura del prolongado exilio. Lógicamente, escogieron un radiador para echar el ancla. Junto a él se apelotonan, hombro con hombro, metiendo las manos entre los tubos metálicos tibios.

Le regalamos a Jojo el hombre de la selva un anorak de esquimal y ya no se lo quita; lleva la capucha calada hasta la triste mirada de brasa.

—¿Has visto al capitán Iglú?

—¡A ido buscar ganja jamal[24]!

Hay que quemar mucho jamal para conseguir los sueños del eterno retorno.

Salgo. Voy solo por el patio de paseo. Solo. Nada más me acompaña una nube grande, demasiado baja, que ha quedado presa en el laberinto de hormigón. En la cresta del muro, se deshilacha en torbellinos que rasgan las alambradas. Suspira recuerdos de océanos y landas cubiertas de matorrales. Viene a olisquearme, a mí, al Robinsón Crusoe de las penitencias, quien, con la frente gacha, se atreve a hendir su vela empapada. La luz irisada de los miles de gotitas que le brotan del vientre de llovizna suenan, desabridas, en el cemento mojado. Ya conozco este eco tristón y húmedo. Aquí todo se torna gris, igual que un estudio a carboncillo. Una obra inconclusa y abandonada.

En lo más hondo de mi carne, mi otoño personal va impregnado de morado y amarillo. Poco me falta para los cincuenta tacos, pero no admito canas, rechazo la sal y la pimienta y elijo especias más cobrizas. Que saboreo chupándome un dedo, como haría con la mermelada. Morado, amarillo y rojo, los colores de la república española.

Gigantesco estandarte encima de mi cama de adolescente, me vuelves ahora a los brazos. ¡Es el regreso de los camaradas! ¿Venís a sacarme del gris deslavazado de mis castigos? ¿De sus bosques petrificados, tersos y sin aroma?

¿De sus crepúsculos sin noche, de este purgatorio sin descanso, de este exilio sin fin? «El exilio de todas y cada una de las horas en esta landa en donde se ha detenido el latido de los mundos». (Francois Muix).

Me gusta, debo decir, tener los colores del bosque en la cabeza. Se ocultan tras irrisorios biombos. Aspiran a ser prudentes hasta la primavera que viene, hasta el gusto de los sabores ocultos y perdidos. El recuerdo pardo y dorado de las noches de incendio se apodera de mí. Me sentaba en la balaustrada de la terraza que domina Barcelona. Me colgaban las piernas en el vacío, sobre los matorrales de un solar. Vibraba con las últimas luces como un fonógrafo viejo con la aguja de zafiro. Tú, ese que está tumbado en un colchón de playa para que no le resulten tan duros los baldosines aún tibios, vas a morir. Dentro de unas semanas, antes de que llegue la primavera, vas a morir. Y tú también, ese que abre trabajosamente el paquete azul oscuro de Celtas. ¡Vas a morir! Siempre de traje gris con camisa morada. Vas a morir. Aún reís, alzando hacia mí el rostro en el cobre del crepúsculo.

Esta mañana, la marioneta «independiente» de TVE ha comunicado que a partir de ahora los terroristas no saldrán de la cárcel sin arrepentimiento previo. ¡Ay, cuánto os gusta el arrepentimiento! Al menos el de vuestros peores enemigos. Pues, en lo que a vosotros se refiere, lo habéis asumido como cosa propia y le habéis besado el empolvado culo a la joven monarquía envuelta en el manto de duelo de su padre el dictador. Saludáis la bandera de los vencedores.

Y casi sentís incluso la tentación de tararear el Cara al sol de vuestra sensata juventud. Tenéis ese indefinible sabor exangüe que tan armonioso resulta en nuestros días.

Ya no se os sonroja de vergüenza la facies cuando rezáis las oraciones del orden. Os movéis en un mundo incoloro que os hace olvidar vuestras pasiones carmesíes de antaño para entrar por fin en los corredores de la aristocracia transparente. Bien pensado, lo diáfano y lo insípido son efectivamente el blasón de este nuevo franquismo que calla su nombre y enseña la patita blanca por debajo de la puerta de los ayuntamientos en las noches de caza del hombre.

No me arrepentiré nunca, nunca, nunca…

No besaré la cruz que me arriman a los labios. Es posible que me achicharre en las hogueras contemporáneas, pero nunca abjuraré. Y, además, alzáis las piras igual que la Inquisición, convencidos de que su humo marca el camino hacia un cielo redentor.

La cruz ya me la habéis clavado en la puerta en la noche de san Bartolomé de los rebeldes. Y en esta matanza postmoderna de los incompatibles no hay sangre que os friegue los arroyos de las calles, sino un tambaleante murmullo tras los altos muros, la muerte lenta.

No podéis ya soportar el rostro de vuestra propia violencia. ¡Ocultad esta hemorragia y estos cadáveres! La violencia se arropa en su tabú. Lo cultiváis para amparar mejor el monopolio militarista. Hace poco aceptasteis con esa desenvoltura tan segura de sí misma que bombardeasen los arrabales obreros de Belgrado. Pero os escandaliza el menor incendio, la mínima resistencia en esas calles que queréis domesticar para hacerlas a vuestra translúcida imagen y semejanza. Y, como de costumbre, el mensaje lo lanzan las periferias de la protesta entre absurdos hipidos de discos rayados. Vuestros oponentes entonan sus himnos de guerra. Y así es como los tabúes se convierten en religión de Estado.

A la larga, la cárcel me ha dejado sin gusto por la narración. Se me desgasta la memoria, igual que los rollos viejos de las películas. Pero sigue siendo ininflamable, igual que el nitrato de plata del celuloide.

A estas horas, prefiero leer *Bouvard et Pécuchet*. Lo abro por el período 68/88.

¿Qué decir de esta memoria oficial que disculpa las verdades de las décadas cuando ya han finalizado los hechos? Después de los fusilados del 17, la

colaboración… Se lloran unas cuantas flores sobre los amotinados, se enarbola el fantasma de Vichy; se juzga a Papin y a Touvier. Y listo. ¡Ahora se están investigando las torturas de Argelia! Así es como, cuando ya ha pasado cualquier peligro inmediato, se le da forma al pasado. Se pule. Y se le quita la espoleta a la Historia al limpiar de minas la memoria. Los maestros opinan que no hay que leer la historia toda seguida, sino imagen a imagen, lección a lección. Con breves resúmenes en la parte de abajo de la página, con recuadros de colores, como en nuestros libros de texto de antaño.

En los tiempos en que nos enfrentábamos a la dictadura de Franco, *La Dépêche*, el diario de Toulouse, se enrollaba con el fetichismo antiterrorista. Censuraba a esos alocados que enturbiaban las buenas relaciones con nuestros vecinos ibéricos. Cosa que habría resultado de lo más trivial a no ser porque por entonces el redactor jefe del periódico de la democracia era Rene Bousquet, ex jefe de la milicia de Vichy. ¿Acaso se había arrepentido para volver a ocupar un sitio en el ámbito del poder?

Aquí está la convocatoria de bloqueo. Dos hojas: una carta para el ministerio y una lista de reivindicaciones más bien heteróclitas que retratan a esta muchedumbre de presos que nunca sabe separar del resto lo esencial de su condición. Las peticiones repasan una vez más, trabajosamente, las preocupaciones mayores, como la aplicación de las penas y las relaciones con el mundo de fuera. Pero se les suman los problemas secundarios recurrentes en el penal: que venga un imán y que se acondicione un lugar de culto para los musulmanes, que la televisión sea gratuita, que se abra el polideportivo los domingos.

¡Deporte, televisión y religión, viva el opio de nuestras vidas sin vida!

Anónimas, salidas de la tierra incógnita de las precauciones, las dos hojas están ahora a la vista de todos encima de la mesa de la biblioteca. Muy a la vista. Las caras están serias. Nadie habla ya a tontas y a locas. En vez del barullo habitual hay cuchicheos inquietos. Incluso Nono está callado.

—¡Esto ya está en marcha! —suelta el Glotón, hablando consigo mismo. Seguramente para convencerse de que habrá que volver a pagar.

Solos o en grupos pequeños, los presos leen y vuelven a leer. Aunque todos saben que las palabras no tienen ya importancia. Ya están echados los dados. Ahora ya solo se puede decir «participo» o «no participo».

Durante todo el día, los rumores más extravagantes corren por las galerías. Se desmienten, pero nadie sabe bien lo que va a pasar. Los hay que bromean. Otros se callan. Con las manos en los bolsillos. Tozudamente.

A las cuatro, los caballistas dan la última vuelta a la pista.

—Yo me voy derecho a la celda —dice uno de ellos con desconcertante orgullo —. No puedo quedarme, estoy esperando el traslado a una cárcel que no sea de seguridad.

Y otro, uno de los fanfarrones de los «chabolos»:

—El director me ha prometido que me va a quitar de la lista de los DPS[25].

—Fíjate en esos cagados —despotrica Rene—. Si hubiésemos sido siempre como esos acojonados todavía iríamos de uniforme de rayas y con zuecos.

17h45. José asoma la cabeza por la puerta. —¡Ya está! ¡Los del A han ocupado el polideportivo! —¿Hay muchos? —Lo menos cincuenta.

Zafarrancho de combate. La gente se reúne a trancas y barrancas en el patio de los Coloreds. La mayoría se agolpa a la sombra de la parte cubierta. Los trulleros dejan en nuestras manos la planta baja con tanta facilidad que no parece que haya que esperar que vayan a entablarse conversaciones.

Las nubes bajas, la llovizna. Ya es de noche.

—Me he puesto dos jerseys y el anorak por si acaso…

—Yo llevo manzanas en la mochila… Por si la cosa se alarga.

Fred, a quien preocupa que el asunto se tuerza o que los más nerviosos se pasen, toma la palabra para volver a exponer las consignas de la acción. Encaramado a una pila de cajones, Kiki charla, por encima de las verjas, con los ocupantes del polideportivo.

—En total, rondamos los cien; las dos terceras partes de los presos…

La mitad del pabellón B, que da al patio y al polideportivo, está a oscuras. Los presos que han vuelto a sus celdas se ocultan en la sombra. Me imagino con qué elaborada dosificación de vergüenza y contento individualista, puesto que, acabe como acabe la lucha, serán los primeros en sacarles partido a las mejoras que se consigan.

Pasa el tiempo. En el patio cubierto, un frágil cuchicheo recorre la masa informe de los rebeldes. Algunos están sentados; otros solo apoyados en la pared. A veces estallan algunas risas y retumban en la oscuridad. Y también están los que dan vueltas y más vueltas. Resueltos. Están calados, pero siguen caminando. Estoy seguro de que, si es necesario, seguirán en esa ronda vana hasta que se haga de día.

Están aquí los de siempre. No falta ni uno de los de la Sierra. Algunos veteranos y los árabes jóvenes. Algunas presencias nos dejan sorprendidos; hay incluso un «caso feo» como suele decirse. ¡Y en primera línea!

—En la lucha, todos los gatos son pardos —susurra Rene.

Y hay ausencias que llaman no menos la atención; personas bien conocidas, «rebeldes», dirán los ignorantes, «valientes». Esta noche los valientes recapacitan en la oscuridad de su celda silenciosa. De pie encima de la cama, están pendientes de los acontecimientos.

La fría llovizna se hace más intensa.

En la oscuridad, unos gendarmes que empuñan fusiles de asalto han limpiado la planta baja del pabellón, la entrada al pasillo y la puerta de seguridad. El director, en compañía de unos cuantos clones administrativos, hace una entrada en escena muy cuidada desde la puerta del paseo. Todos llevan gabardinas largas que se parecen a los guardapolvos de las películas antiguas de Sergio Leone. Nos juntamos despacio,

para formar un único bloque, codo con codo en varias filas. Un cuadrilátero de hombres mudos.

—¿Alguien pide la palabra antes de que intervengan las fuerzas del orden?

La propuesta es tan extravagante que surgen sarcasmos a voleo, como si una jauría de perros mojados se sacudiera el agua. Apenas han transcurrido unos segundos cuando una brigada de policías nacionales entra en el patio en fila india. Oscuros. Con escudos grandes que relucen bajo la lluvia y porras de ébano. Reglamentarios. Listos para pasar revista.

—Nono, te habíamos dicho que te íbamos a dar una merienda de cumpleaños. Aquí llegan las galletas.

—¿Para qué os habéis molestado?

La voz le sale temblona y levanta en su entorno risas sofocadas.

Las siluetas negras juegan a sombras chinescas en las chapas de acero gris. Ahora golpean con las porras en los escudos. Ese sordo compás me devuelve, en un cegador flashback, a las encerronas en que acababan las manifestaciones. Toulouse, otoño de 1970. Los resplandores purpúreos de aquellas noches me pasan ante los ojos. Pompidou cenaba en el Capitole. Los chinos y los ácratas, los rojos y los negros, nos habíamos reunido en la esquina de la calle de Les Lois con los soportales, detrás de una barricada más simbólica que bélica. Aunque la primera carga no consiguió echarnos de allí. Pero la segunda, en cambio, nos desbordó. Vaciamos entonces a toda prisa los bidones de gasolina que unos cuantos previsores habían traído. El resplandor cegaba. Las llamas treparon por las paredes de ladrillo rojo con un zumbido de avispas enfurecidas. Rabiosamente iconoclastas, manchaban de hollín el balcón de Saint-Exupéry y demás pilotos de los tiempos de los vuelos postales. La barrera de fuego nos permitió retirarnos a las calles vecinas y hacia el campus de L'Arsenal. Fue un alegre galope. En cada esquina nos dispersábamos a derecha e izquierda, de forma tal que solo tres o cuatro fuimos por el camino más largo, pasando por la facultad de letras. Cálculo erróneo. Al desembocar de Saint-Sernin, apareció un Land Rover a toda velocidad. Yo iba corriendo por el centro de la calzada y era inevitable que nos topásemos. El golpe me lanzó contra la barrera de los coches aparcados. El violento golpe no me atontó del todo. Con un reflejo defensivo, me metí debajo del vehículo contra el que había chocado. El Land Rover de las Compañías Republicanas de Seguridad se detuvo y solo salió de él una orden:

—¡Hay uno por allí!

Volvió a arrancar en el acto y tras él iban tres autobuses grises. «¡Hay uno por allí!», la consigna retumbaba alrededor de mi precario refugio. Veía con toda claridad las botas rangers de los hombres que me buscaban. Hurgaban, metiendo lo que fuera, entre los montones de cubos de la basura. Corrían por los portales y los patios de los edificios próximos. Se alejaban y regresaban luego al punto de partida.

Estaba tumbado bocabajo, pegando al asfalto todo el cuerpo, empeñado en disolverme en aquella negrura salvadora. El pecho dolorido, el miedo, la carrera… El

resuello me balbuceaba un desorden contenido. Algo más allá, en la plaza de Anatole France, comenzaban enfrentamientos. Podían oírse las explosiones de las granadas lacrimógenas y la lluvia de piedras contra el suelo y los vehículos. Eso desvió a mis perseguidores. A mi alrededor, las rangers reunidas formaban filas al compás de los tambores de las porras contra los escudos. Siniestras cohortes. Avanzaban, luego retrocedían, y volvían a avanzar, como una ola oscura. A intervalos regulares retumbaban los tambores, acompañados de pitidos estridentes y del estallido de las granadas. El dolor me abrasaba el pecho. Delante de mí, a pocos centímetros, se me quedaron prendidos los ojos en la mancha antigua de un charco de aceite en el que se ahogaba el arco iris que bajaba de un farol cercano. Aquella aureola de azules cobrizos me hipnotizó. La miraba fijamente, como al damasco de una cuchilla amenazadora, indiferente ya de cuanto sucedía a mi alrededor.

La mancha policroma remedaba las aguas de unas páginas de guarda. ¿De las de mi propio libro, quizá? De mi aventura, de mi ritmo, de mi «fatalidad personal». Algo fuera del tiempo normal, algo sencillo y singular, ajeno a cualquier otra preocupación, la caricia de una vida humana sin duda. La hora de las decisiones auténticas o de los votos religiosos, por decirlo de alguna manera. Pero mañana no será como ayer. Aquel pasado cuyo límite absoluto vislumbraba en aquel momento con tanta nitidez: la irrisoria pantomima de la protesta. Escogí; y recalcaba en mi fuero interno las palabras de esa decisión que respondía como un eco a otras idénticas de miles de jóvenes por toda Europa, de Hamburgo a Milán, de Bilbao a Estambul. *Maipiú senza fucile, maipiú senza fucile!* Nunca más… Se apoderó de mí una subida de fiebre. Me bajaban por la garganta como una poción ritual, un aguardiente, un agua de claridad virginal. Corrían, suaves y tibias. Me embriagaban hasta la extremidad de mis miembros heridos. *Maipiú senza fucile*. Me sentía ahíto con aquella certeza elemental. Tenía ganas de salir del escondite y de vociferar en aquel tramo de calle tan civilizado: *Maipiú senza fucile!* Paladeaba todas y cada una de las sílabas de mi determinación: Mai-piú-sen-za-fu-ci-le. Era libre. Libre. Ebrio por saberme limpio de cualquier cálculo, de cualquier paciencia vana. La insurrección se convertía en el oxígeno de mi aliento vital. Y esta noche, en el patio de los Colored, el tambor de las porras en el plástico de los escudos negros me habla. Me silabea mi *maipiú senza fucile*, para burlarse de mí, para reírse de mis trabajos forzados, de mis cárceles. Treinta años después, me pregunta: ¿dónde está aquel aliento del espíritu revolucionario? ¿Dónde está? ¿Dónde está el ardor entusiasta de nuestros juegos adolescentes y de las barricadas de aquel soñador lejano?

Ahora avanzan hacia nosotros con la porra en alto, y sonrío. Donde empieza el rechazo vuelve a nacer la memoria de los fusiles. En otros lugares es tan patética nuestra generación, con su compulsiva búsqueda de la amnesia. En cada revuelta de la retirada, tropieza con los cadáveres de los camaradas y con el arrepentimiento de su renuncia. Sonrío y tengo en las fauces la incorregible desesperación de la hemoglobina vagabunda. Y el tumultuoso rumor de la alegría me anega los ojos.

Epílogo provisional

Un refrán presidiario muy antiguo dice que en los muros de las cárceles no es aconsejable grabar el propio nombre porque te condenas a tener que volver para borrarlo. Y yo he escrito, y he escrito… como si se me hubiera olvidado. Estoy ahora tendido en la litera fija metálica de una celda de la zona de incomunicación de Fresnes. Vinieron a buscarme al alba. Su presencia en la galería, el eco sordo de sus pasos me despertaron sobresaltado. Luego, la llave.

—Vístase. Orden de traslado.

Tiran de mí, me empujan, me desnudan; y ya está arrancando el camión. En la oscuridad de la noche, me alejo del territorio bandolero hacia un nuevo destierro.

Hace catorce años, tras la detención preventiva, acabé en Fresnes *manu militari*, en la celda de al lado de esta. Una noche de invierno como esta y más o menos a esta hora. Exhausto, me desplomé en el colchón de espuma mohoso y sucio. Tan sucio que ya ni recordaba su primitivo color. Y me dormí en el acto.

Vuelvo a la superficie a eso de las doce. Me ha despertado la ronda o la última pesadilla. Llueve. Me cruzo las manos tras la nuca. Escucho Fresnes, el sueño a medias de la bestia, de esta devoradora de hombres y mujeres. Y mi nueva identidad me va calando en la carne junto con el murmullo. Soy el ocupante de la 91. Primera división, zona de incomunicación, celda 91. Puerta blindada y reja interior. Doble fila de barrotes en el ventano; mesa y armario de hormigón. Mi universo de alta seguridad flota en la luminosidad amarilla de la administración.

El suelo es del color del barro claro. Volveré veintiún años después y no me sorprenderé al volver a encontrarme con las paredes amarillas y el suelo de pantano. Al lado de la puerta, la gruesa cañería que pasa por todos los pisos atraviesa mi celda de arriba abajo y silba su interminable melopea.

Al final, años después, lo tenía todo grabado en lo más hondo de mi modesta empresa biológica, apenas revestido de anécdotas que distrajeran del dolor. Cada minuto es un minuto vivido diez años atrás. Vuelvo a vivir los recuerdos. Fluyen en presente entre el estruendo de la cascada que cae del tejado. Ya había notado eso mismo una vez en que volví una temporada corta a Fleury.

Empezaba el verano y hacía bueno. No tenía ni libros, ni radio, ni televisión, nada. Y me pasaba los días asomado a la ventana. Los chopos se columpiaban al viento, las gaviotas chillonas volaban, una carnada de gatitos grises jugaba, dos obreros descargaban un camión, pasaban las horas y yo seguía allí. Quieto. De forma subrepticia, notaba la sensación vertiginosa de la memoria que se fundía con la espera presente. La intangible frontera entre lo pasado y la realidad, mi realidad, cabeceaba en los olores, en los tejados de cemento lívido, en las llamadas, en los gritos de los cuervos y en ese lamento que corría de piso en piso, colándose por debajo de las

puertas. A lo lejos, la ventana de una celda de aislamiento, aquella en la que pasé el invierno de 1981; a la derecha, dos plantas más arriba, la ventana de otro lugar en donde viví en 1989. Ese triángulo me recordó la película de Kubrick *2001: una odisea en el espacio*. El protagonista iba pasando de una habitación a otra y se veía cada vez más viejo. Yo hacía el recorrido al revés. Intentaba verme más joven detrás de los barrotes. Y ahora era esas tres miradas reunidas, que bajaban hacia el cuadrilátero de césped en que reñían los pájaros y los gatos por unos pocos restos de comida. Ni echaba nada de menos ni estaba triste; era el observador reducido al estado neutro de las cosas, igual que las paredes, la mesa, el tirador del armario.

Sigue lloviendo y, en decenas de recipientes de todo tipo, caídos al pie de la fachada, el agua que desborda de los canalones reventados interpreta una alegre sinfonía de percusiones. Chapoteos y tamborileos de anárquica armonía. Este homenaje a Xenakis[26], esta serenata inocente, me regocija. Todo va más bien mal y, sin embargo, me siento bien. Del veterano pellejo me rezuma incorregible optimismo habitual. Con los ojos clavados en el techo, me lanzo hacia mis nuevas páginas carcelarias.

Por la mañana, nada más salir al paseo, me entero por las charlas que llegan desde las plantas, de que en la tercera se ha ahorcado un muchacho. No ocupará ni dos líneas en los periódicos. Han levantado el cadáver antes de la apertura de las puertas. Limpiarán la celda enseguida y esta misma tarde ya habrá un nuevo inquilino.

Camino para entrar en calor. Voy y vengo, nada más: doce pasos a la ida y doce a la vuelta. El patio es tan exiguo y lo cubre un enrejado tan prieto que el sol solo entra en verano. En invierno, crece musgo en el suelo y en la parte de abajo de las paredes. Me paro ante los graffiti que recorren los viejos ladrillos rojos. Es un rito siempre que entro en un nuevo patio de Fresnes. La mayoría de las inscripciones se remontan a principios de siglo y me gusta leer los remotos mensajes de los apaches. En mayúsculas o en caligrafía epistolar, sus motes tienen el aroma del París antiguo de las fortificaciones y los bailes en los merenderos. Ti-Jean y Brise-Fer de Grenelle, Polo de la Chapelle, la Crémes du Sebasto, Tinguette de Saint-Denis, conocido por «Pata de pavo». Gros Léon y Casimir des Quatre-Moulins, Bobéche des Deux-Moulins, Félix de la Courtille.

Vuelvo a ver los altos de la Courtille en 1974 al regreso de Barcelona, la calle Piat y la quinta de Les Envierges. Conservaban el ambiente de convivencia amistosa que conoció ese Félix desconocido. Vino luego el cataclismo de las inmobiliarias y no queda ya nada, ni un farol. La historia de esos hombres la resumen ahora unos jeroglíficos indescifrables: M.BAA, BJAA, MAV. EX 945, 48 x 13. Otros en cambio dejaron constancia, no sin ufanía, de su especialidad. Un pececito para los macrós y dos llaves cruzadas para los ases del robo domiciliario.

En un ladrillo, Macaque de Saint-Denis me comunica su amor por Margot. Pero lo mandan a Cayena y concluye con un «adiós compañeros».

Cerca de la puerta, en el punto en que se puede charlar de un paseo a otro, me encuentro con una estrella de cinco puntas y una nota de Georges. Me invade una emoción tremenda. Y brota como un geiser la tragedia cotidiana de su camino hacia la locura. Oigo su voz quebrada y los gritos nocturnos de terror. Apoyo la frente en la pared. Ahora, tras pasar una temporada internado, sobrevive, sumido en su universo esquizofrénico, en el penal de Ensisheim.

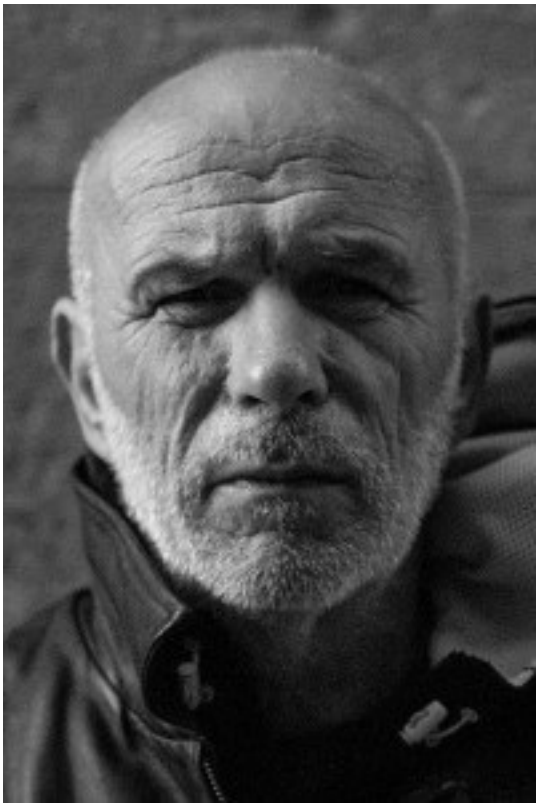
Me quedo ahí mucho rato, paralizado, con la cabeza apoyada en la pared y las manos metidas en los bolsillos. Me asaltan los recuerdos, los de la calle, los de nuestras luchas carcelarias. Noto un sufrimiento triste. Vuelvo a vernos en los muelles de Newport, comiendo fuentes de langostinos con los camaradas alemanes. La amistad y la ternura de los que luchan enlazados nos rebosaba de las risas y de las charlas desordenadas que duraban hasta que se hacía de día. Estábamos colmados de absoluto, de la libertad embriagadora de los rebeldes, por supuesto, pero también de la rigurosa certeza de estar defendiendo a toda costa una de las últimas barricadas antes de la ola de fondo. Y nos reíamos. Nos reíamos sin parar engrasando las armas hasta la despedida, junto a una estación a la orilla de un canal.

Y sigo leyendo; en cada ladrillo estoy preparado para cruzarme con mis propias palabras. Aquí estoy; la estrella de siempre y un antiguo grito de guerra: «Atreverse a luchar, atreverse a vencer».

Y estas palabras otra vez tienen sentido, porque otra vez he caído en el circuito infernal de la incomunicación. Voy a tener que empezar a luchar otra vez.

He hablado de mi derrotero en estos escritos y ahora sé que lo voy a repetir: las zonas de incomunicación, los traslados, el hambre de las huelgas, el hospital de Fresnes… quizá borre aquí mi nombre y la condena de vivir mi memoria.

20 de diciembre de 2000



JEAN-MARC ROUILLAN (Auch - 1952) también conocido por el nombre Jann-Marc Rouillan, es un militante de extrema izquierda y escritor francés, fundador y jefe del grupo armado *Action Directe*.

Durante los años 1970 Rouillan participó en España en la creación del Movimiento Ibérico de Liberación y de los Grupos de Acción Revolucionaria Internacionalista (GARI), organizaciones de agitación armada que formaron parte del movimiento obrero clandestino antifranquista en el área de Barcelona y en el sur de Francia.

En 1979 fue uno de los fundadores de *Action Directe* y fue arrestado por primera vez en 1980 en compañía de Nathalie Ménigon. Rouillan se benefició de una amnistía presidencial en 1981 y fue liberado junto con los otros militantes de Action Directe y de los GARI. Fue capturado de nuevo en 1987 y condenado a cadena perpetua junto a varios compañeros acusados de varios asesinatos. Le fue concedida la libertad condicional el 18 de mayo de 2012.

Es autor de diversos libros, sobre recuerdos de sus años de lucha con sus compañeros de los GARI, crónicas carcelarias y recopilación de textos en los que denuncia las condiciones de vida en las prisiones francesas. Durante su encarcelamiento escribió regularmente en el periódico francés mensual de crítica y experimentación social CQFD, abreviatura de *Ce Qu'il Faut Dire, Détruire, Développer* (Lo Que Es Necesario Decir, Destruir, Desarrollar).

Notas

[1] Detergente desinfectante para suelos y superficies, activo contra el virus VIH-1. <<

[2] Guülaume Apollinaire, Alcools. <<

[3] La Brigada Político-Social (BPS), cuyo nombre oficial era Brigada de Investigación Social (BSI), fue la policía secreta que existió en España durante la dictadura franquista, encargada de perseguir y reprimir a todos los movimientos de la oposición al franquismo. Orgánicamente constituía una sección del Cuerpo General de Policía (CGP). Tras la muerte de Francisco Franco, durante los años de la transición la brigada fue reestructurada y sustituida por la Brigada Central de Información (BCI). Entre la oposición antifranquista fue conocida comúnmente como «La Social», «La Secreta» o «La Brigada». [N. del E.D.]. <<

[4] Víctor Rabineau, *Les filies du hasard*, 1860. <<

[5] *Arbeit macht frei* es una frase alemana cuya traducción al español es «el trabajo libera». Aunque a veces pueda ser entendida como «el trabajo te libera» o «el trabajo os hace libres», la frase en cuestión ha sido formulada en la lengua teutona empleando un modo estrictamente impersonal. El lema fue emplazado sobre los accesos a numerosos campos de concentración y exterminio establecidos por el régimen nazi. <<

[6] Impecable. <<

[7] Juez de Aplicación de las Penas. <<

[8] Cannabis en la Isla Reunión. <<

[9] Francés de la metrópoli en Isla Reunión. <<

[10] Leo Ferré. Thank you Satán! Por las estrellas que siembras en los remordimientos de asesinos… Por las ideas que maquillas en la cabeza de los ciudadanos. Por la toma de la Bastilla aunque no valiera para nada. Thank you Satán! <<

[11] Titiriteros con osos amaestrados; muchos eran oriundos del Couserans y, en particular, del valle de Ercé. <<

[12] Sereno era el encargado nocturno de vigilar las calles y regular el alumbrado público y, en determinadas ciudades o barrios, de abrir las puertas. En algunas épocas y países, también solían anunciar la hora y las variaciones atmosféricas. Era habitual que fuesen armados con una garrota o chuzo, y usasen un silbato para dar la alarma en caso necesario. Como oficio, existió en España y en algunos países de Sudamérica desde el siglo XVIII. [N. del E.D.]. <<

[13] Familia Rocca-Serra, apellido del diputado bonapartista que tuteló la isla durante décadas. <<

[14] Película anti racista de Yves Boisset (1974). <<

[15] *Nunca más sin fusil*. Lema del otoño caliente italiano de 1969, premonitorio de las grandes luchas armadas de los años siguientes. <<

[16] Compañías Republicanas de Seguridad. <<

[17] Hoy le hemos dicho dos palabras a la muerte. <<

[18] Centro Nacional de Orientación. Los presos con condenas superiores a diez años pasan por ese centro que está al norte de la primera división de Fresnes. <<

[19] Extracto del reglamento interno del penal de Lannemezan, página 49. <<

[20] Leo Ferré, Paname. *Paname, deja un rato tus macarras, deja un rato tus tabernas, deja un rato tus titis, deja un rato tus pringados, deja un rato tu policía, deja un rato tus coches.* <<

[21] Ripa= Paris, en verlan, la jerga que da la vuelta a las palabras. <<

[22] *Paname, eres para mí algo más que un escalofrío, que una idea, que la chica de mi canción.* <<

[23] Henri Michaux, *Poteaux d’angle*. <<

[24] Ganja = marihuana - Jamal = nombre local del cannabis en la Isla Reunión. <<

[25] *Déténusparticuliérement sígnales* - Presos especialmente significados. <<

[26] Iannis Xenakis (también transliterado en francés como Yannis Xénakis) fue un compositor e ingeniero civil de ascendencia griega nacido el 29 de mayo de 1922 en Brăila, Rumania; se nacionalizó francés y pasó gran parte de su vida en París, donde murió el 4 de febrero de 2001. (https://es.wikipedia.org/wiki/Iannis_Xenakis). [N. del E.D.]. <<